



*Ranita*  
*busca príncipe*  
*No importa el color*

*Luz Maestre*

**D.J.57**

Ranita busca príncipe  
No importa el color

Luz Maestre

Copyright © 2017 Luz Maestre  
Todos los derechos reservados  
ISBN-13: 978-1973981664

ISBN-10: 1973981661

Queda prohibida cualquier copia, adaptación,  
reproducción parcial o total de la obra.

## DEDICATORIA

*La historia de mi adorada Dolores es muy especial para mí. Fue la primera vez que me senté a crear vida en papel, a enredar con los personajes y, sobre todo, mi primer intento de llegar al corazón de las personas por medio de sonrisas.*

*Se la dedico a todos los lectores que se tomaron el tiempo de leer y regalarme sus apreciaciones.*

*A esas lectoras que ganaron un lugar en mi vida y que se mantienen a mi lado animándome siempre.*

*Hernández Marín, sé cuánto amas a Dolores y tu esfuerzo por hacerla llegar a más personas, sin tus palabras no habría dado el paso.*

*Karla Márquez, porque sin nuestras charlas y tus intentos por conseguir spoiler, terminar las obras no sería lo mismo.*

*ArihsCorrea, por las casualidades y los descubrimientos, que una amistad puede nacer en cualquier lugar y espero esta sea para siempre.*

*A Esther Mor, Patricia Reverté Villar, porque las mosqueperras sigan librando batallas y salgan vencedoras.*

*A mi adorada Brissa, o como le gusta que la llamen: Loki, porque esta vida sin risas no merecería la pena y la tuya es contagiosa.*

*A mi familia, que con defectos y virtudes para mí no hay otra mejor. En especial a mi madre, mi padre y mi hijo. Ellos son la fuerza que me hacen seguir cada día.*

*Solo puedo decir, gracias.*

# ÍNDICE

Prefacio

Introducción

- 1 Capítulo 1: Un día más en mi desastrosa vida.
- 2 Capítulo 2: Los mejores amigos.
- 3 Capítulo 3: El príncipe prometido.
- 4 Capítulo 4: Sí, quiero.
- 5 Capítulo 5: Levantamiento de vidrio.
- 6 Capítulo 6: Confundiendo besos.
- 7 Capítulo 7: Un agujero negro.
- 8 Capítulo 8: Alucinaciones, celos y un viaje.
- 9 Capítulo 9: Odio las rubias.
- 10 Capítulo 10: Un borrego pervertido.
- 11 Capítulo 11: Soy una sirena.
- 12 Capítulo 12: Alcohol, pasión y unos ronquidos.
- 13 Capítulo 13: De regreso a la realidad.
- 14 Capítulo 14: Una borrachera y un muñeco Thor.
- 15 Capítulo 15: ¡Te vas a cagar!
- 16 Capítulo 16: Más celos y una cena.
- 17 Capítulo 17: La primera vez.
- 18 Capítulo 18: Sexorcíseme padre.
- 19 Capítulo 19: Huyendo.
- 20 Capítulo 20: El novio que mi madre me buscó.
- 21 Capítulo 21: Mi madre es una adúltera.
- 22 Capítulo 22: El último adiós.
- 23 Capítulo 23: Nunca sabremos cuando será la última vez.
- 24 Capítulo 24: El apocalipsis zombi.
- 25 Capítulo 25: La conejita del play pelos.
- 26 Capítulo 26: ¿Qué ocurrió ayer?
- 27 Capítulo 27: Mataré a mi madre.
- 28 Capítulo 28: Deja a mi mujer.
- 29 Epílogo.

## AGRADECIMIENTOS

A todos los lectores que me dieron una oportunidad, en especial a Raúl  
la primera persona que se dignó a leer mis escritos.

A mi profesor Manuel Amador Huerta por sus enseñanzas en el taller  
literario.

A Hernández Marín por ocupar su tiempo en hacerme portadas.

# Prefacio

---

Desde que era una niña me apasionaba la lectura. Prefería quedarme en mi habitación leyendo un libro. Puede que esa pasión me llegara heredada de mi madre, siempre se ocupó de poner un libro en mis manos.

Soñaba con ver llegar el día en que mi nombre apareciera en uno de ellos, ser capaz de crear vida y llenar de emociones a las personas; igual que esos autores hicieron conmigo.

Los libros regalan aventuras, sueños, una vida paralela. Leer te da el poder de viajar a espacios nunca antes explorados y ser el propio protagonista.

La tarde que me dispuse a crear a Dolores, estaba perdida. No tenía idea de cómo comenzar una historia, tan solo tenía claro que deseaba crear algo con lo que pudiesen identificarse. Creo que logré mi cometido.

Dolores es especial con todas sus imperfecciones. No es la belleza de cuento de hadas, ni el cuerpo perfecto que muchas mujeres sueñan. Ella es el producto de lo que decisiones y una vida crea en las personas. Espero que, al terminar la lectura, si eres de esas personas que no se siente feliz con la imagen que le regala el espejo, cambie la opinión hacia ti misma. Todos somos bellos con nuestras imperfecciones y la belleza, está en los ojos de quien se atreva a mirarnos.

# Introducción

---

Que puedo decir de mi vida sin provocar que la primera persona que comience a leer escape si mirar atrás.

No soy una chica normal. Con esto me refiero a que no soy como las mujeres que ven descritas en cualquier libro. Siempre dicen que son feas, pero sus descripciones son de modelos de alta costura. Tampoco como las que aparecen en las telenovelas. Esas en las que salen los bellos galanes que nos hacen babear tras sus músculos y que, a la mínima oportunidad, muestran en la pantalla haciéndonos desear ser la protagonista y decirles: Carlos Alberto de todos los santos, ¡mi amor! ¡Tómame aquí y ahora!

Acto seguido vuelves a recuperar las bragas que, de manera accidental se cayeron al piso, mientras te sorprendes haciendo el ridículo sacando morritos frente a tu peluche para besarlo. Soñando que ese muñeco peludo es tu galán y te va amar por siempre.

Esa sí era yo. Que les podría decir de mí: que soy rubia, ojos azules, un cabello de cine siempre brillante y sedoso, un cuerpo de infarto, unas piernas largas que hacen que los hombres babeen ante mí con solo dar dos pasos. ¡Pues no! Decir eso sería contar mis más íntimos sueños.

Dicen que todas las mujeres somos bellas. Que todo depende del espejo o el cristal con que se miren. En mi caso, deberían verme con un espejo trucado de la feria porque, aunque fuera con el cirujano plástico y dijera: “Por favor derrita este cuerpo serrano con forma de jamón de noventa kilos y vuelva a reconstruirme como una diosa griega”, eso no pasaría. Ya que el cirujano seguro es un profesional, pero para hacer eso conmigo debería necesitar un milagro y no creo que ellos trabajen con Dios.

Mi desdicha viene desde el día de mi nacimiento. No sé si mi madre era muy cruel o sacar cuatro kilos y medio de su cuerpo, le hizo tener un rencor grande hacia mí. El mayor de mis castigos para lo que me restara de vida me lo regaló ella. Dolores Diana Parto García, mi odiado nombre. No sería tan malo si no fuera porque mi santa madre se empeñaba en llamarme Dolores. Según ella, le hacía recordar lo mucho que sufrió las quince horas que estuvo intentando sacarme de su cuerpo. Como castigo divino mi segundo nombre había quedado reducido a una inicial. Ya os podéis imaginar las burlas crueles de los niños de la escuela. *Dolores D. Parto.*

Me hubiese pasado la vida pensando que era adoptada, sino fuera por el continuo recordatorio de mi progenitora nombrando mi pequeña obesidad a la hora de nacer. La crueldad que demostró al ponerme ese nombre no se le desea ni al peor de tus enemigos.

Que puedo decir esta soy yo, Dolores. Mi cabello es de color castaño y largo, no porque sea hermoso y sedoso. La verdad es que tengo alergia a entrar en una estética. Las peluqueras me miran como si intentasen descifrar el secreto del triángulo de las Bermudas. Como si poner las manos sobre mi cabeza fuera un sacrilegio, como si por más que pasaran siete horas haciendo algo con mi cabello, fuera a salir igual de fea que entré. Me hacían sentir que mi presencia arruinaría su reputación.

Mis ojos eran marrones, con un toque verdoso. Podría decir que eran algo bonito con lo que nació. Pero año tras año me di cuenta que para el resto del mundo mi lindo color, eran tan transparente como



el resto de mi misma. Así que los ocultaba detrás de mis gafas que, además de ayudarme a esconderme tras ellas, servían con la alta cantidad de miopía que sufría.

Me había planteado usar lentes de contacto, pero eso de andar metiendo alguno de los dedos dentro de mis ojos, no era algo a lo que estuviese dispuesta y menos por presumir. Porque si algo tenía claro es que, si alguien me iba a querer, me debía de aceptar por quien yo era; no por lo que tres capas de maquillaje o miles de arreglos pudieran hacer en mí.

Me sentía orgullosa de mi sonrisa, luchada y trabajada durante mis años de juventud en los cuales, tuve que sobrevivir en una selva de animales peligrosos; deseosos de atacarme a cada momento: como es el instituto.

Se puede estar pasadita de peso, tener un nombre por el que a cada rato los compañeros hacen bromas. No hay que decir que, a Dolores de parto le siguió Dolores de estreñimiento, Dolores menstruales. No importaba que, solo era la Dolores junto a cualquier palabra que quisieran poner junto a mi nombre para reírse de mí. Pero si eso no era suficiente, tenía la maldición de que mis dientes no estuvieran debidamente colocados. Así que durante un buen tiempo me gané el apodo cariñoso de: *el tiburón Dolores*.

No podía quejarme de su falta de ingenio, eran niños. Al cumplir quince años mi madre me llevó al dentista, para que arreglaran lo que debía ser una boca humana y no parecer salida del *National Geographic*. Aunque me encantaría decir que con la llegada de mi ortodoncia todo fue bonito y pasé de ser un tiburón a una sirena; sería lindo decirlo, pero estaría mintiendo. Tener la boca llena de hierros solo ayudó a que los comentarios hacia mí fueran más groseros. Como a la hora del almuerzo me estaba comiendo un *Hot Dog*, ¡qué! No me miren así. Ya tenía el trasero gordo no se iba a quitar porque comiera una ensalada de lechuga, las grasas saturadas ayudaban a que no cayera en depresión. "¡Vamos! No la dejaba acercarse a mí...", ya saben, no me hagan ser grosera, soy una mujer educada. "La sacaría de esa boca en carne viva, ¡sin piel!".

Pero dejando atrás esos malos recuerdos de juventud. Ya se pueden hacer a la idea que no hubo un gran amor para mí. Ni invitaciones a fiestas o bueno sí, pero siempre acababan conmigo en la puerta de casa esperando alguien que nunca llegaría. Me gustaría más que nada decir que todo acabó bien, que el patito terminó por ser un cisne, que encontró su príncipe azul y fueron felices, pero no.

Esta pobre chica miope, de cabello poco agraciado, con algo de unos *taitantos* kilos de sobrepeso. No me haréis entrar en los detalles de lo que sobra en mi cuerpo, ¿no? No sean crueles, tampoco es que *Greenpeace* me quiera rescatar como a ballena si me viesan en la playa con un bañador blanco y negro, ¿o sí? Por si acaso no haré la prueba.

No hay mucho más que agregar: tengo veintiocho años, nunca conocí mi príncipe azul, ni morado, ni rosa, ni siquiera conseguí el príncipe azul gay que me eligiera como su tapadera para no salir del armario. Eso me vino bien para dedicarme a estudiar y terminar la licenciatura como periodista con una buena calificación. Y si bien es cierto que quizás confundí mi vocación y estaba destinada a casarme con Dios. Dedicar mi vida a ser monja y aun podía hacerlo porque, aunque suena triste a mi edad, me había mantenido casta y pura y si seguía así sería algo perpetuo. Aun no me resignaba a que el único hombre de mi vida fuera el Altísimo. Así que eso de convertirme en monja lo mismo lo pensaba dentro de unos años, cuando me diera por vencida en las ilusiones de encontrar mi propio galán de telenovela.

Después de graduarme había entrado a trabajar en una empresa de cosméticos. ¡Qué ironía!, ya que no los usaba con regularidad. Pero en mi larga búsqueda de empleo y todas las contestaciones negativas, mi jefa Karen se apiadó de mí y me contrató como su secretaria. Porque eso que dicen que la preparación es lo más importante y el nivel de estudios que tengas, si no va acompañado de un cuerpo y una cara linda; con lo difícil que está el mercado laboral, estás perdida.

Puede sonar triste y no quiero que nadie se compadezca de mí. Estaba feliz en mi empleo. Sobre todo, por uno de mis compañeros de planta, Adán. Como quisiera ser su Eva y perderme con él en el paraíso, con una hoja de plátano tamaño metro cubriendo mis partes nobles. Ese adonis de cabello negro, de ojos verdes oscuros que te hacían babear solo con cruzarte con ellos; con ese cuerpo perfecto dejando mi imaginación virgen, pervertida. Soñando con su pecho y sus brazos bien definidos, ese trasero que daba igual que pantalón se pusiera siempre lucía bien y ¡qué decir de su sonrisa! «Creo que acabo de babear el suelo».

Tres años soñando con él. Viéndolo cada día, cruzándonos por los pasillos. Mirándolo desde mi escritorio observando cómo trabajaba en su oficina, que estaba tan bien situada frente a mí. Agradeciendo a Dios que la persona que la construyó, no dejara nada de privacidad y pusiera una puerta grande que podría ser de cualquier material; pero no. Era de cristal para que pudiera verlo en toda su extensión cada mañana y, perderme en mis sueños, aunque él no me viera ni en sus pesadillas.

## Capítulo 1: Un día más en mi desastrosa vida.

---

«¡No puede ser!, son las siete de la mañana, ¡llegaré tarde al trabajo!».

Un golpe sonó después de que viera la hora y me diese cuenta que el despertador no había sonado. Tras el susto y enredarme en las sabanas, acabé en el suelo de mi habitación tirando todo lo que encontré a mi paso.

—¡Ay mi espalda! —me quejé frotando donde me había dado el golpe.

—¿Diana estás bien? —la voz de Bruno se escuchó tras la puerta.

—Sí, tranquilo solo me caí.

«Y me rompí todos los huesos del cuerpo», pero eso no lo dije.

Desde la universidad él, junto con Virginia, compartíamos departamento. Eran mis dos mejores amigos, por no decir los únicos.

Bruno a sus veintinueve años seguía conservando ese brillo juvenil que me cautivó el día que lo conocí. Fue el primer hombre por el que mi corazón nada más verlo, se enloquecía como si estuviera corriendo un maratón. Su cabello rubio acompañado de unos ojos azul tan claros que, te hacían

transportarte al mar con solo mirarlos, me hechizó. Se podría decir que era guapo, ¿a quién engaño? A mis ojos siempre fue el espécimen masculino más hermoso en todo el universo. Era de las únicas personas que jamás me trató de manera diferente.

Virginia era todo lo contrario a mí, una belleza. Su cabello largo y negro junto a sus ojos oscuros, iban a juego con las facciones perfectas. Las visitas en nuestro departamento de origen masculino, siempre eran por su parte. En estos años nunca supe cuántos hombres habían pasado por su habitación, cada uno de ellos según ella, eran el amor de su vida. Era capaz de enamorarse en una sola noche y perder el amor por ellos al día siguiente. A veces quisiera ser como Vicky, quizás no en lo de enamorarme de una persona diferente cada noche, sino en lo de amar y ser correspondida. Aunque después de tanto tiempo ya casi perdí la esperanza.

Ellos dos son en la práctica, mi familia. No mantengo mucho contacto con la mía, ya que a cada visita que hago, mi madre se empeña en darme de comer lechuga como si fuera conejo. Se avergüenza de mí; así que, para ahorrarle el bochorno, no los visito muy seguido.

Quería mucho a Virginia, pero con el que mejor me llevaba era con Bruno. Mentiría si no dijera que cuando lo conocí me enamoré de él; aunque nunca se lo dije para no estropear la bonita amistad que teníamos. Esos sentimientos se evaporaron cuando conocí a Adán.

En nuestra época universitaria nos hicimos una estúpida promesa: si al cumplir treinta aún no habíamos encontrado a una persona que nos quisiera, él y yo nos casaríamos. Habría que señalar que estábamos ebrios. Bueno, él lo estaba y había terminado con su novia.

Esa noche fue un sueño hecho realidad. No estaba feliz por su ruptura. ¡Ah! A quien engaño, estaba pletórica. No por verlo sufrir, sino porque volvía a ser libre y si aguantaba así hasta los treinta, le haría cumplir nuestra promesa; porque si había un príncipe azul, debía ser él.

—¡Sal del baño! Tengo prisa, debo ducharme y voy tarde —grité tras la puerta.

—¡Entra! No hay nada que vayas a ver por lo que te asustes. —Abrí juntando las piernas al caminar.

—¡Joder me lo hago encima!

Mientras caminaba deseando un par de pañales, me emocioné ante la imagen de Bruno mojado con una toalla alrededor de la cintura. Perdí el camino y me resbalé con el agua que había en el suelo tras su ducha. Como pude intenté sujetarme de lo más próximo que encontré para no romperme la cara contra el suelo. Para mi desgracia, lo más cercano fue su toalla, que cayó dejándolo como Dios lo trajo al mundo. Lo siguiente que vi, además de toda su desnudez, fue el lavabo chocando contra mi frente y yo cayendo de rodillas frente a él. Su rostro detonaba que se debatía entre cubrirse o ayudarme a levantarme.

—Diana, ¿te encuentras bien?

Quería contestar que sí, pero estaba desconcertada por el golpe en la frente y por el hombre desnudo que me estaba sujetando, mientras mi boca daba justo frente a sus partes.

—¡Eh! Sí, solo fue un tonto golpe.

Cuando estuve en pie, con mi frente roja y las mejillas aún más, levantó la toalla y se tapó.

—Parece que nunca hayas visto un hombre desnudo. —Se reía de la situación o de mi cara, pero me hacía desear meterme bajo una piedra.

—¡Ya sabes que así es! —Iracunda lo empujé para que dejara el baño libre.

—Deberías ponerte algo de hielo en ese golpe —aconsejó a la vez que me robaba un beso en la mejilla y escapaba de mi furia.

Tardé varios minutos en darme cuenta que es lo que me había llevado a la situación embarazosa.

—¡Joder! Llegaré tarde al trabajo.

Ya no me daba tiempo a darme una ducha y sabiendo que lo más próximo a asearme sería, el lavado del gato; me dispuse a hacerlo. Mientras me enjabonaba la cara busqué entre los botes la crema para peinar y la extendí a lo largo del cabello. La dejé hacer su trabajo me enjuagué el rostro. Cuando por fin se liberaron mis ojos pude ver como un prominente bulto se esparcía rojo e hinchado por la frente. Llegaría tarde y encima tenía un alien creciendo en mi cara.

—¡No!, ¡¿por qué?! —grité al darme cuenta que la crema que había usado, no era para el cabello sino la corporal que usaba Virginia.

«¿Se puede comenzar mejor la mañana?».

Mi cabeza tenía una capa grasosa, ya no había tiempo de arreglarlo y la verdad, ¡qué más daba! Nunca volteaban a mirarme, nadie se fijó en mí o mi aspecto. Podría ir a trabajar vestida de vaca y no repararían en ello.

Salí corriendo, asalté el armario colocándome lo primero que encontré que se viera decente y no necesitara plancharse. Escapé de la casa chocando de nuevo con Bruno que no me quitaba ojo de encima, aunque ni me despidiera de él.



Eran las ocho en punto y aún estaba llegando a la parada de autobús que se encontraba junto a mi trabajo. Bajé corriendo. «¡Tengo que hacer más ejercicios!».

Corría y sentía como el aire le costaba entrar a los pulmones. Llegué a la recepción del edificio y caminé con paso rápido hacia el ascensor.

«¡Mierda! Fuera de servicio, ¿algo más?».

Miré al techo como si hablara con Dios. Salí corriendo de nuevo camino de la escalera. «Cuatro plantas Diana no son tantas, ¡ánimo!».

La primera la subí corriendo. La segunda mi lengua salía de mí boca para que no entorpeciera la entrada de oxígeno y mi espalda, se encorvaba como si tuviese joroba. La tercera me hizo convertirme en perrito y subirla a cuatro patas. Cuando por fin estaba llegando al final del trayecto,

mi mutación de persona a perro terminó haciendo que me convirtiera en serpiente: desparramada en el suelo, luchando por no abrir la boca; porque tenía el leve presentimiento que si la abría los pulmones saldrían por ella.

«Tengo que comenzar a hacer deporte, mañana me pongo a ello».

Moribunda, luchando por mantener el aliento, rezando para que nadie me viera en aquel mísero estado; escuché una voz. Esa tan masculina que me hacía estremecer y que mi mente se abriera paso a un camino de perversión.

—¿Te encuentras bien?

Frente a mí estaba Adán, mirándome con gesto extraño y tendiéndome una mano para ayudarme a incorporarme.

—Emm yo emm, sí.

—¿Te caíste?

Sentía el calor instalado en las mejillas, aunque más que mejillas lo apropiado era llamarlos cachetes.

—No, ¿por qué lo preguntas? «Disimula y haz tu mejor actuación, que no note que estás para lanzarte al cubo de basura».

—Por el golpe de la frente, deberías mirarlo no tiene buena pinta.

—¡Ay! Sí, gracias, discúlpame llego tarde. —Sin volver la vista atrás salí tan rápido que casi tropecé con mis propios pies—. ¡¿Dios, por qué me odias tanto?!

Volví a decir mirando al techo mientras me apresuraba a llegar al despacho de Karen y disculparme con ella, cuando choqué con algo duro y sentí un líquido caliente quemarme el pecho. Un grito escapó de mi boca seguido de un berrido.

—¡Estúpida!, ¡¿estás ciega?! Me tiraste todo el café. —Frente a mí estaba Sonia junto a su amiga Alicia.

Allí me veía con cara de asco, mientras Sonia si las miradas mataran estaría preparando mi entierro. Aunque si seguía accidentándome, mejor que me hiciera amiga del Conde Drácula para que me dejara compartir su sarcófago.

—Discúlpame. «Lo único que me falta es ponerme a llorar para terminar la humillación».

—¿Disculparte?, ¡no niña!, ¿sabes lo que cuesta esta camisa? Más de lo que tú ganas en un mes, me vas a pagar la lavandería.

—Sí claro, solo hazme llegar la factura yo lo cubriré —dije a la vez que me escabullía entre las dos arpias.

No hacía falta decir que no éramos amigas. Aquellas dos parecían que habían quedado estancadas en la época de la secundaria. Eran como esas niñas superficiales, todas lindas que se dedican a hacer la vida imposible al resto de la escuela. Un par de brujas que en vez de trabajar se dedicaban a hacerme la vida un poco más imposible.

Yo las llamaba Zipi y Zape. Sonia, la pelirroja natural con los ojos tan azules como los de Bruno, era el cerebro del mal de aquellas dos. Aunque dudaba que, aun juntándolas en un mismo cuerpo, llegarán a obtener ese nivel de inteligencia.

Alicia pretendía ser rubia, pero había decolorado tanto su cabello que estaba próximo al blanco. Presumía unos ojos verdes que de lejos se veía que eran lentes de color. Ambas lucían un par de protuberancias que salían de sus pechos. Estaba segura que el cirujano les hizo un dos por uno a la hora de operarlas y no tuvo que ser muy reconocido, porque no se veían muy naturales.

Siempre llevaban más escote del indicado para ir a trabajar y sus faldas por lo cortas que eran, deberían ser cinturones anchos. No era por ser mal hablada, ni criticar, pero «¡son un par de guarras!».

Llegué agotada, sudorosa y humillada al despacho de mi jefa.

—Karen discúlpame por llegar tarde —pronuncié después de llamar a la puerta y que me indicase que pasara.

—¡Por Dios!, ¿qué te ocurrió? —Se levantó dirigiéndose a mí—. No es por dar con el dedo en la herida, pero te ves horrible.

—Lo sé, no pude tener una mañana peor. —Me aguanté las lágrimas.

—Deberías mirarte el golpe de la frente.

Ahí estaba de nuevo alguien más que me recordara que me dolía la cabeza.

—Lo sé, tuve un pequeño accidente en casa, si me permites voy al baño a limpiarme y me pongo a trabajar.

—Sí cariño, ve y si necesitas algo solo dímelo.

Caminé hacia el sanitario mientras me debatía en mi siguiente paso a seguir. Me colgaría con los cordones de mis zapatos para acabar de forma rápida con la humillación. Una vez allí comencé a mojar mi cara y a limpiar con toallas de papel los restos de café que tenía pegado al cuerpo. Las lágrimas luchaban por salir y no lograba impedirlo.

Las voces que tanto odiaba y conocía se acercaban; no podía dejar que me vieran así o la vergüenza de ese día aun no habría terminado. Recogí con rapidez mis cosas y me metí dentro de un baño vacío. Me dejé caer al suelo intentando no hacer ruido con los sollozos.

La puerta exterior se abrió y por ella entraron Zipi y Zape riéndose tanto que, parecía que les faltaba el aliento, ¿quién sería la víctima a la cual estaban despellejando?

—¿Vistes a relamida Mobi Dick? —reía como una hiena la pelirroja.

—Sí, esta mañana la peinaría una vaca lamiéndole el cabello —la voz de la rubia acompañó los insultos.

—Y eso no era lo mejor, ¿quién la embarazaría? La bola tenía otra bola en la frente, va tener una pequeña bolita.

—Si no fuera porque te tiró el café encima, hoy hubiese sido una buena mañana.

—No te preocupes me vengare de esa bola, le haré que pague el costo de toda la ropa que tengo que mandar a la lavandería.

Si aún me quedaban dudas de quien era la victima de esa mañana, ahí estaba, era yo. ¡¿Quién más podría ser?! Me abracé a mis piernas durante largo rato, dejando que las lágrimas salieran sin control, recordando cada palabra de aquellas dos arpías. Intentaba que no me dañara lo que decían y después de tantos años escuchando cosas como esas hacia mí, debería estar acostumbrada, pero no era así. ¿Cómo se acostumbra una persona a ser la burla de todo el mundo?

## Capítulo 2: Los dos mejores amigos.

---

El día continuó entre los cuchicheos de Zipi y Zape y las miradas de lástima que me dirigía Karen cada vez que me acercaba a su despacho para entregarle los documentos. Durante la mañana quería que me sentara a hablar con ella y le explicara que me tenía con cara de perro abandonado.

—Siéntate Diana. —Obedecí y me senté en la silla que había frente a su escritorio—. Estás muy callada y tus ojos están como si hubieras llorado.

—No sé porque dices eso, estoy bien. —Sonreí simulando mi mal estado.

—A mí no me engañas, ¿acaso el dúo de las sintéticas Zipi y Zape te hicieron algo?

—¡Cuándo es que no me hacen algo!

—¿Quieres que hable con su jefe? No puede ser que siempre te estén maltratando y no hagas nada.

—No te molestes, solo moverán sus enormes protuberancias en la cara de Rubén y será como si nada hubiese pasado.

Rubén era el jefe pervertido de las sintéticas, poco le importaba el trabajo que aquellas dos hicieran mientras que de cuando en cuando, le pasearan alguna parte de su cuerpo por el rostro. Las malas lenguas decían que tenían una especie de trío aventura. Claro, solo eran cosas de chismes, ya que él estaba casado.

—Tienes razón —resopló—. Pero algo debería de hacerse, no es justo que te traten mal, no lo harían si se molestaran en conocerte mejor. —Esbozó una sonrisa de esas que una madre le dedica a su hija. Una buena madre, no la mía.

—No te preocupes estoy bien, solo tuve una mañana difícil y me afectó más de lo esperado sus comentarios, pero en cuanto salga de aquí me duche y este tranquila en casa, se me pasará.

—De acuerdo, te creeré; pero aún sigue en pie la oferta de echarlas de cabeza con su jefe. Ahora, para que te animes, toma estos documentos y llévaselos a Adán a su oficina. Me los pidió antes.

Cualquier otro día eso de ir a la oficina de Adán y encontrarme con él, sería mi sueño hecho realidad. Pero en esos momentos, con el cabello pegajoso, la ropa manchada y oliendo a café, más el dolor del hijo no nato bola en mi frente, no quería encontrármelo y que me mirara con lastima o peor aún, con asco. Sin embargo, no se lo iba a decir a Karen qué con tan buena voluntad me había enviado.

—Ahora mismo voy. —Intenté mostrar alegría y salí del despacho con los documentos.



En mitad del camino me debatía entre ir o no. Mirándolo a través de aquella puerta de cristal. «¡Qué guapo es! Se ve tan lindo con la mirada perdida en la pantalla de su ordenador mientras trabaja». ¡Vamos tú puedes! Me animé y caminé hacia su despacho. Llamé a la puerta. Levantó la mirada, me dedicó una sonrisa y con la mano me indicó que pasara.

—Me envía Karen para traerte los documentos que pediste —casi no llegué a oír mis propias palabras.

Me miró extrañado, parecía preguntarse qué me pasaba. Mientras me daba vuelta de forma rápida, tras dejar los documentos en su escritorio y dirigirme hacia la puerta.

—¡Diana! —escuché mi nombre antes de salir. Como me fascinaba que no me llamara Dolores.

—¿Sí, Adán? —Me di la vuelta dirigiendo la mirada al piso, como si no fuera lo suficiente fuerte para enfrentarlo.

—¿Ya desayunaste?

—¿Yo? No, la verdad. —Seguro quería mandarme a comprar su desayuno, no es que fuera mi trabajo, pero por él no me importaba ser su recadera.

—Entonces avisa a Karen y dile que vas a salir, vamos a la cafetería que hay frente al edificio. Si no te importa salir conmigo.

Tardé un poco en contestar. Aun no podía creer que esas palabras salieran de su boca y para que sonaran aún más hermosas, las decía dedicando una preciosa sonrisa de dientes perfectos y cuidados.

—Sí, ¡ahora mismo! —dije poniéndome tan nerviosa que mis piernas comenzaron a temblar y dejaron de responderme como debían. Haciendo que al intentar caminar tomaran rumbo propio.

A eso había que añadir que, si bien me había dado la vuelta para salir de la oficina, mi cabeza aún seguía volteada mirándolo con cara de ver la mejor obra de arte en un museo. A todo esto, le siguió un:

—¡Cuidado! —Y yo chocando con la pared en lugar de salir por la puerta.

—¡Joder! —me quejé intentando no perder el equilibrio.

—Necesitas ese desayuno urgente, estás mareada —afirmó saliendo de su escritorio tomando la chaqueta y acercándose a mí. Salí de la oficina y me ofreció su brazo para que me apoyara en él—. Vamos te acompaño a la oficina de Karen y salimos.

Estaba en el cielo, no me podía creer que fuera agarrada del brazo de ese hombre. Aquel adonis perfecto, un ángel caído del cielo.

Después de avisar, Adán y yo nos dispusimos a salir del edificio; no sin antes pasar por delante de

las miradas acusadoras de Zipi y Zape que, me observaban de una manera que no lograba definir. Era algo entre odio, asco y envidia. A lo que se les unió unos gritos de coraje cuando Adán colocó su brazo por encima de mis hombros y me acompañó casi abrazada. Por suerte el ascensor ya estaba en funcionamiento, no quería pasar de nuevo por lo mismo y más con el cuerpo temblándome como si fuera una gelatina de tocino.

Una vez en el interior y después que las puertas se cerraran, me soltó de su agarre y comenzó a reírse.

—¿Viste sus caras?

—Sí las vi. —A mi rostro asomó una sonrisa de niña tonta.

—Esos dos bichos te hicieron llorar, ¿verdad? Las vi salir del baño y detrás escapaste tú con los ojos rojos.

—¡Ah! Bueno, ya sabes, no es que se lleven bien conmigo.

—El numerito que hicimos frente a ellas va ser el chisme de toda la oficina. Perdóname, no pude evitarlo se merecen que alguien las haga callar.

—No, si no me importa, sabía que era por ellas.

Intenté que no se notara como acababa de caer de las nubes y en ese momento, estaba estrellada en el piso frío, debatiéndome entre la vida y la muerte. Sabía que él no se iba a fijar en mí, pero igual fue un detalle lindo por su parte hacer aquello. Aunque el corazón se rompía al saber que solo lo había hecho por animarme. Su mano acarició mi mejilla limpiando una lágrima que no sabía cómo había escapado, ¡maldita lágrima traidora!

—No quiero ser pesado —dijo mientras se abrían las puertas del ascensor y salíamos—, pero ¿de verdad te encuentras bien?

—No te preocupes, lo estoy. Solo que hoy nada me puede salir peor.

—Pues vamos a desayunar y me cuentas todo, ¿de acuerdo?



El día de trabajo terminó y a pesar de su pésimo comienzo, me marché a mi departamento con una sonrisa de felicidad. Así transcurrió mi camino a casa en el autobús lleno de gente. No había lugar donde sentarme, tampoco hubo ningún caballero de brillante armadura que se levantara de su asiento para cedérmelo, pero no me importó. Allí en aquel transporte lleno de gente que se pegaba y rozaba, entre algunos olores masculinos que salían del brazo levantado de uno de los hombres que venía a mi

lado. Ni aquella horrorosa transpiración fue capaz de arruinarme mi momento de felicidad, tuve glorioso desayuno junto a mi príncipe encantador.

Llegué a casa y encontré a Virginia en el sofá a medio vestir o mejor dicho a medio desvestir, encima de un cuerpo masculino al que le faltaba tanta ropa como a ella.

—¡Ah! Niña, ¿ya llegaste? —preguntó con los ojos abiertos como platos y con aparente vergüenza.

—No claro que no llegué, solo soy producto de tu imaginación. Hola a ti también Virginia, hola a ti hombre desnudo debajo de mi amiga.

—Perdí la noción del tiempo —contestó con una risilla mientras se levantaba y le indicaba al chico de turno que fuera a su habitación.

—Por mí no se corten, pretendía ver algo en la tele, pero si quieren agarro palomitas y veo la porno de hoy. —Me reí para avergonzarlos.

—¡Dolores! —gritó sabiendo cuanto odiaba mi nombre.

—¿Qué Virginia?!

—Eres grosera por eso no tienes novio. —Sacó la lengua burlándose, mientras se adentraba al pasillo siguiendo al hombre.

Aquella escena tampoco estropearía mi día, me daría un largo baño relajante para quitarme toda la mugre que arrastraba y me olvidaría del mundo. Supe cuando entré, pero después de llenar la bañera, estando sumergida el agua caliente; con los auriculares puestos escuchando música, me quedé dormida.

El frío me sacó del sueño, agarré mi mp3, abrí la cortina del baño y me levanté para salir. A mi visión llegó la cara de Bruno que, parecía sorprendido y gritando mientras me miraba acusador.

No lograba escuchar lo que decía por la música que aún retumbaba en los oídos. En cuanto me percaté de la escena: Bruno sentado en el váter con el pantalón bajado, tirando de su camisa para que no pudiera ver de nuevo las partes masculinas. Yo de pie en el interior de la bañera, como Dios me trajo al mundo. Enseñando todas mis gloriosas carnes. El mp3 cayó al agua, comencé a tirar de la cortina de la ducha para taparme y lograr salir con la poca dignidad que aún me quedaba; pero como siempre no lo logré.

¿Esperaban qué a mí algo me pudiera salir con clase y según mis planes? Pues si lo pensaban estaban equivocados.

Sentí como la cortina cedía ante la fuerza de mi tirón, se rompió provocando que cayera al suelo, desnuda. Dejando todas mis desproporcionadas nalgas al descubierto ante él, que se mantenía sentado con cara de querer evaporarse.

Quería levantarme y salir, pero la vergüenza que sentía me lo estaba impidiendo. Así que me quedé tirada en el suelo boca abajo, con la mitad del cuerpo tapado por la tela de plástico y dejando al descubierto mis partes traseras.

—Diana —su voz se escuchaba atragantada, como si intentara reprimir una carcajada—. Cariño no es que me importe pasarme el día aquí, observando tus nalgas desnudas, créeme me encanta la vista. Pero si no te has hecho daño al caer, ¿podrías darme un poco de intimidad?

—¿Intimidad?! —Me recompuse sentándome en el suelo y tapándome—. ¡Eso debería decirte yo, me estaba bañando!

—Cariño —articuló sus palabras con lentitud—, llamé varias veces y nadie contestó por eso entré, no me había dado cuenta que estabas ahí.

—Sí, perdona; es que me quedé dormida con la música. —Sentía la cara arder.

—Luego arreglaremos el desastre, ahora que ya estamos a mano en este día de exhibicionismo, ¿podrías salir? —Se reía mientras hablaba—. Te ayudaría a levantarte, pero es que me pillaste algo ocupado, ¿podrías?, ya sabes.

—¡Ah, sí! Joder que día, perdona ya me voy. —Me envolví como pude en la cortina y escapé, rezando por no encontrarme con la visita de Virginia camino de mi habitación.

Mientras me recuperaba de la reciente humillación, metí mi cuerpo en un pijama rosa, uno muy infantil; pero así era yo. Nada de camisones lindos para dormir, nada de ropa interior sexy, ¿de que servía? No es que fuera a seducir a nadie. Me miré al espejo admirándome, viéndome lucir como un algodón de azúcar. Comencé a peinar mi cabello antes que se enredara y evitar pensar más. Se escuchó como llamaban a la puerta.

—¡Pasa! —grité sin saber quién era.

La imagen de Bruno apareció. Entró como si fuera su propio dormitorio, quitó sus zapatos y se acostó en mi cama. Estaba tan avergonzada, tanto que no podía verlo a los ojos.

—Diana mírame.

—No puedo. —Seguí peinándome queriendo arrancar cada uno de los pelos de mi cabeza de tanta vergüenza contenida.

—Vamos cariño somos nosotros, ¿ahora vas a sentir vergüenza de mí?

—¡Claro qué voy a sentir vergüenza!

—¿Desde hace cuánto nos conocemos? —Mostró esa sonrisa que hacía que me olvidara de todo. Me di la vuelta y lo miré mientras me hacía una trenza en el cabello.

—Somos unos exhibicionistas.

—Te encantó lo que viste esta mañana, guarrilla. —Me tiró la toalla mojada y me golpeó el rostro.

—No vas a olvidar mi enorme trasero, te perseguirá en tus pesadillas para toda la eternidad. —Me abracé a mí misma intentando borrar la escena en el baño de mis pensamientos.

—Me va perseguir en todos mis sueños húmedos, quizás hasta me toque pensándolo. —Volvió a reírse hasta casi atragantarse.

—¡Cochino! No tienes remedio.

—Anda ven aquí mi algodoncito de azúcar —dijo mientras me hacía sitio en la cama para que me acostara junto a él. Acepté su invitación, dejando que colocara el brazo bajo mi cabeza, sirviéndome de almohada.

»No sientas vergüenza Dianita. —Me dio un beso en la mejilla y me miró a los ojos—. Eres preciosa. No dejes que nadie te convenza de lo contrario.

Sin poderlo evitar y después de todas las emociones del día me abracé a Bruno y me puse a llorar, era una jodida llorona. Si había un mejor amigo, el mejor que se pudiera tener y desear, ese era él. Quizás no tendría suerte en el amor, pero con Virginia y él lo tenía todo.

Pasamos la tarde comiendo palomitas, golosinas, helado y viendo películas en la televisión. Subiendo el volumen para amortiguar los sonidos que Vicky y su amigo del día, hacían en su habitación.

—Quítate la ropa que te voy hacer gritar así —interrumpió tirándome una palomita a la cara. Sabía que lo decía de broma, pero aun así no podía evitar avergonzarme.

—¡Cállate! —Tiré otra palomita hacia él.

—Anda no seas monja, sé que esta mañana desde que me viste en todo mi esplendor masculino, se te anda antojando. —Esta vez metió su mano haciendo un puño de palomitas y me las lanzó.

—No fue para tanto, no es que hubiera mucho que tapar, ¡eres un perverso! —Me tapé la cara con un cojín.

—¡¿Con qué no es para tanto?!, ¡me ofendes! —gritó tirándose encima de mí haciéndome cosquillas —. ¡Te voy a enseñar a respetar las partes íntimas de tu futuro marido!

Mi día junto a él podía cambiar de un momento a otro. De estar abatida me encontraba riendo a gritos por las sensaciones que me provocaban sus manos.

—¿Parejita interrumpo? —se escuchó la voz de Virginia, salía de la habitación con su conquista y caminaba hacia la puerta despidiéndose de él.

—Tú nunca interrumpes —contesté librándome de las cosquillas del pulpo.

—Sí lo haces, estaba a punto de hacerla gritar más de lo que tú lo estabas haciendo. —Mi amiga hizo una mueca de asco.

—¡Váyanse a un hotel! —Se sentó entre nosotros—. Si van hacer cochinas no me dejen fuera, podemos hacer un trío.

—¡Por Dios! Vivo con dos degenerados, así nunca me van a aceptar en el convento.

—Anda nena, te vi la cara cuando entraste, sé que me deseas.

—¡Sois insufribles! No se puede estar tranquila con vosotros, me voy a mudar.

—No sabes vivir sin nuestras carnes —dijeron al unísono como si lo hubieran ensayado y se echaron a reír.

—Los dejo solos ya es tarde, estoy llena de tanta comida basura y mañana tengo que trabajar. Me voy a mi inmensa cama matrimonial como siempre, sola. —Me levanté del sofá, les di un beso en la mejilla a ambos y me marché a mi habitación.

Destapé la cama, apagué la luz y me acosté tapándome. No habían pasado ni cinco minutos cuando la puerta se abrió, miré en la oscuridad y distinguí a mis dos amigos.

—¿Nos haces sitio en tu enorme cama? —preguntó Vicky saltando por encima de mí colocándose en el lado de la pared.

—A mí no me dejen fuera. —Bruno se acostó a mi lado, dejándome en medio—. Voy a tocarme imaginando este momento toda mi vida, yo en la cama con dos preciosas mujeres.

—¡Pervertido!

—Anda no sean mojigatas, ¿seguro qué no quieren trío? Mira que hago el esfuerzo.

—¡Calla! Mañana tengo que trabajar si vais a dormir aquí, mantenerse en silencio.

No supe cuándo o en qué momento, poco después nos habíamos quedado dormidos.

# Capítulo 3: El príncipe prometido.

---

Un odioso sonido interrumpió el apacible momento.

—¡Maldito despertador! —escuché a mi amigo apagarlo de un golpe y dejarlo caer al suelo.

Me encontraba en mitad de la cama dándole la espalda a Bruno, con Virginia frente a mí, parecíamos un trenecito. Su brazo cubría mi cintura.

—Oye, espero que eso que siento sea que te has dormido con el teléfono en tu pantalón. —Había algo duro y con vida en mi zona trasera. Su risa resonó en mi oído.

—¡Ay mamita! Te dije que iba soñar con tu trasero, ¡mira cómo me tienes! —Escapó de la cama corriendo, intentando esquivar la almohada que le estaba tirando.

—¡Puerco!, ¡violador!, ¡aprovechado! —gritaba riéndome, aquello era una casa de locos.

—Así me amas Diana, ¡lo sabes! —su voz desapareció al entrar al baño.

—¡No, claro que no! Aún me pregunto dónde se metió aquel chico tímido que conocí en la universidad. —Lo alcancé mientras balbuceaba detrás de la puerta.

—Sigo siéndolo, pero no contigo.

—Date prisa no quiero llegar tarde como ayer.

Agarré la ropa que me iba a poner ese día y dejé a Vicky dormir en mi cama, ella trabajaba de noche. Nunca llegó a terminar sus estudios, le gustaba demasiado salir de fiesta y acabó trabajando en uno de los lugares donde más le gustaba ir, un club nocturno.

Bruno salió del baño, tenía por costumbre exhibirse en toalla mientras yo, no podía evitar hacer que mis ojos lo persiguieran por todo el camino que recorría hacia su habitación. Juro que no me daba cuenta de lo que hacía, mis orbes tenían vida propia. No les ordenaba mirar, eran unos desobedientes yo no quería, pero allí estaban ellos empeñados en no apartar la vista de su cuerpo mojado, con la toalla alrededor de la cintura y el cabello escurriendo agua en el piso. A veces pensaba que el líquido que iba dejando era mi charco de babas.

Bajé la mirada al pasar a su lado, sintiendo de nuevo arder mi rostro. Algún día tendría la suerte de controlar ese calor en las mejillas y que, mis propias hormonas dejaran de ponerme en evidencia.

—¡Me deseas! —lo escuché decir mientras se daba la vuelta y me guiñaba un ojo—. La oferta de hacerte gritar sigue en pie.

—¡Ah, maldito!, ¡un día te tomaré la palabra y llorarás por tener que cumplir como un hombre! —

Di un portazo cerrando la puerta del baño tras de mí.

Esa mañana puse todo mi empeño en verme bonita. Sequé mi desaliñado cabello, robé un poco de maquillaje a Vicky. Estaba segura que no se enfadaría por eso. Siempre me estaba intentando convencer para que me arreglara y pareciera más femenina. Si no estuviera dormida, ella misma estaría encantada de hacer un experimento en mi cara y maquillarme como a cualquier mujer que hace la calle.

Una vez que hice mi torpe intento de maquillarme: quitármelo, volvérmelo a poner, volvérmelo a quitar y de nuevo hacer el intento. A la tercera ya mi cara había quedado roja de tantos refregones, pero no parecía un payaso.

Busqué entre la ropa algo que no me hiciera lucir como una ancianita. Me puse unos pantalones vaqueros, una camisa blanca y en mi atrevimiento del día busqué unos tacones que tenía todo polvorientos, guardados en un rincón del armario. Apenas llevaba cinco minutos con ellos y ya sentía que me dolía cada parte de los pies, pero recordé lo que tantas veces me decía mi madre cuando me ponía un plato de lechuga.

«¡Para presumir hay que sufrir Dolores!».

¡Bruja! Pensé de nuevo pero esa vez lo dije en voz alta, haciendo que Vicky se revoliera en la cama y me mirara.

—¿Por qué me insultas Dolores?

—No te lo decía a ti y no me llames de esa forma, sabes que lo odio.

—Lo sé —dijo riendo—, por eso te lo digo, me llamaste bruja.

—No era a ti, recordaba a mi madre. —La vi salir de la cama y colocarse frente a mí.

—Te ves... distinta, ¿por qué no me avisaste para que te maquillara?

—No quería molestarte mientras dormías.

—¡Estás preciosa! —Me abrazó con fuerza—. Ahora me voy a mi habitación a seguir durmiendo otro rato que esta noche trabajo, espero que luego me cuentes para quien te arreglaste tanto.

—Para mí, solo para mí. —Sonreí y salí de la habitación con ella detrás.

Me crucé de nuevo con Bruno, ya vestido y arreglado para su trabajo. Siempre se le veía tan elegante, guapo, hermoso, con esos ojos, esa boca, ¿ya dije que se veía guapo?

Él era arquitecto. No necesita vivir en este departamento al que llamábamos hogar. Podría permitirse una casa mucho más bonita y adecuada a su posición; aunque siempre decíamos que no alcanzaba el dinero. En mi caso y de Vicky era cierto, nuestros sueldos no daban para otra cosa. Algún día encontraría una mujer que lo quisiera y acabaría por marcharse, eso siempre me ponía triste. No es que lo quisiera mantener junto a mí de por vida. Quería que fuera feliz, pero no podía



hacerme a la idea de vivir en el departamento sin las peleas por el baño como cada mañana, o las groserías ofreciéndome su cuerpo.

—¡Guau! —La mirada de Bruno recorrió mi cuerpo—. Te ves radiante. —Agarró mi mano y me avergonzó haciéndome dar una vuelta para verme al completo.

—¡Cállate!

—Tienes una hermosa retaguardia. —Sonrió de medio lado sin despegar sus ojos de mí.

—¿Alguna vez dejarás de ser tan adulator y mentiroso? Me miro al espejo a diario.

—Sí, te miras. Pero nunca te ves de forma en que yo te veo, cariño. —Hizo un guiño, me dio un beso en la mejilla y me abrazó susurrándome al oído—. Pasa un buen día, preciosa.

—Gracias, tú también. —Escapé de la casa feliz.



—¡Qué horror, qué horror! —Me repetía una y otra vez camino de la parada del autobús—. ¡Ya debo tener sangre en los pies!

Hablaba sola mientras caminaba por la calle intentando dar pasos cortos en tacones, sufriendo en cada uno de ellos. Me estaban levantando la piel y no solo eso, apenas había comenzado la mañana y me quedaba un largo día de trabajo. No sería capaz de soportar aquella masacre. Agradecía que trabajaba detrás de un escritorio y pasaba la mayoría del tiempo sentada. Antes de volver a usarlos, debería probar a andar en casa con ellos para acostumbrarme.

Subí al autobús como cada día. Bueno, no como siempre. Esa mañana lo hice sufriendo en silencio como las hemorroides. Agradecí a todos los santos existentes y por inventar que hubiera un asiento libre.

A pesar del dolor, iba con la esperanza de tener un gran día, quizás corría con la misma suerte y volvía a disfrutar de un desayuno en compañía de mi hombre perfecto. Abducida en mis pensamientos de historias de amor que no se iban a cumplir, llegué al edificio donde trabajaba. De nuevo agradecí haberme perdido en mis sueños, porque mientras pensaba en Adán no recordaba el dolor que recorría mis piernas, todo por un intento de verme guapa para él.

Llamé el ascensor y entré. Para mi mala suerte las sintéticas venían detrás de mí y me adelantaron en el último momento, por más que peleé con el botón para que cerrara, acabé en su odiosa compañía. Sentí sus ojos acusadores recorriéndome de arriba abajo. No quise ojearlas de frente, pero sentía las miraditas entre ellas y las risitas.

—Alicia creo que hoy tenemos convención de payasos —dijo Sonia señalándome.

—Ya lo creo, ¿desde cuándo las ballenas en peligro de extinción se maquillan?

Las carcajadas de las dos brujas taladraban mis oídos, mientras me arrepentía del momento en que se me ocurrió la genial idea de querer verme bonita. Eso no estaba hecho para mí.

—Hay que llamar al circo —continuó la rubia—, ¡se les escapó una foca en tacones!

Y ahí de nuevo la risa, mientras mis ojos se cristalizaban y luchaba por no derramar ni una lágrima delante de las arpías. Como hubiese querido tener el ingenio de Bruno para soltarle alguna gracia de esas que él, siempre tenía para quedar bien. Pero ni eso era capaz de hacer, quería defenderme. Sin embargo, mi única defensa era aguantarme la humillación que estaba sintiendo y no ponerme a llorar.

Las puertas se abrieron, intenté salir con la dignidad intacta. Pero al hacerlo con rapidez, uno de los tacones quedó atascado en el quicio haciendo que tropezara. A la vez que se rompía quedando clavado, mientras lo que quedaba del zapato salía volando. Para completar el cuadro mi orondo cuerpo cayó al suelo.

—¡Joder!

Sin duda era mi palabra preferida en cada torpeza. Todo podría quedar en una simple caída, un elevador estropeado gracias a mi tacón metido entre sus puertas, un chisme continuo de toda la oficina hacia mí cada vez que tuvieran que subir o bajar la escalera. Pero no, aún tenía que pasar más cosas. Mi zapato volador no pudo ir a parar a otro lado, debía chocar con la cabeza de Adán que, en ese momento pasaba por ahí y sin ser culpable de nada, se ganó un tremendo taconazo en el ojo que le hizo dar un grito de dolor.

—¡Ay Dolores! ¿Cuándo aprenderás que las focas no saben andar en tacones? —dijo una de las arpías, ni siquiera tuve ánimos de fijarme cuál de las brujas hablaba. Pasaron por encima de mí, golpeándome.

De nuevo y como era costumbre, guardé lo poco que quedaba de mi dignidad y me levanté sacudiendo de la ropa la suciedad del suelo. Cojeando con un estilo de andar único en el mundo, una mezcla entre pingüino y proyecto de ser humano. Me acerqué a donde se encontraba Adán que, estaba con un zapato mío en una mano y con la otra tapándose el ojo.

—Discúlpame —En mi mente pedía al cielo que mandara un terremoto que abriera la tierra y me dejara meterme dentro.

—Ya sé que lo sientes, pero ¿alguna vez dejarás de caerte por todos los rincones?

—Yo-yo-yo —tartamudeaba, luchando por no hacer el ridículo y ponerme a llorar—. De verdad lo siento.

Salí de allí llevándome conmigo el orgullo herido y manteniendo un pie descalzo y el otro en el tacón. Me metí al cuarto de las penas —de los ruegos y llantos—, o sea al cuarto de baño. Escondida en uno de los cubículos comencé a llorar. ¿Cuándo acabaría la humillación? Cambiaría de trabajo sino fuera porque me resultaba demasiado difícil encontrar un nuevo empleo.

Y aunque cambiara, ¿quién me aseguraba que fuera a estar mejor en otro lado? Allí tenía una jefa que me trataba bien. Unos compañeros que eran pésimos conmigo, pero ella era casi como una madre para mí.

Después de llorar, moquear, maldecir, volver a llorar, quejarme de las heridas de los pies, seguir maldiciendo la hora que me fui a poner tacones. Moquear de nuevo, seguir llorando y así durante un largo rato en un círculo vicioso de mocos, lágrimas y maldiciones, salí con dignidad. Aunque eso estaba a discusión conmigo misma y mi reflejo en el espejo.

Tenía todo el rímel corrido por la cara y el maquillaje de payaso, estropeado. Me estaba bien empleado por intentar ser quien no era. ¿Cuándo aprendería que, aunque la mona se vista de seda mona se queda?

Limpié como pude mi rostro, para después salir del baño intentando pasar desapercibida. Sabía bien que, aunque intentara agachar la cabeza y ser invisible como siempre, era el centro de los cotilleos, a mi paso reían y susurraban.

Seguí caminando con la cojera hasta llegar al escritorio, sobre él se encontraba mi zapato con el tacón pegado. Sin poderlo evitar se escaparon un par de lágrimas, hasta que escuché una voz que conocía detrás de mí.

—No te lo pongas aún, recién lo acabo de arreglar. Espero que te lo puedas volver a poner al final del día. —Adán me sonrió, su ojo estaba rojo.

—Lo siento mucho.

Sin pensarlo lo abracé rodeando su cintura y me puse a llorar de nuevo, ¡¿Ah cuándo dejaría de ser una llorona?! Me iba a apartar cuándo sentí que colocaba una mano en mi espalda y otra en la cabeza, mientras acariciaba mi cabello.

—Diana no debes dejarte humillar por las dos esqueléticas. No te disculpes, no sé qué paso en el elevador, pero tengo cierta idea que ellas son las culpables de tu situación. —Me aparté de él sin poder creer como aquel hombre podía ser tan maravilloso.

—Algo parecido, espero que no quede marca en tu ojo por culpa de mi torpeza.

—¡Espero que no! —Comenzó a reír—. Imagínate, esta noche tengo una cena con mi novia y le voy a pedir que se case conmigo, no quiero que me recuerde pidiéndole matrimonio con un ojo morado.

Intentaría describir mi cara en esos momentos, pero ni yo sabía cómo estaría mi rostro tras la noticia. Lo que sí podría describir era la sensación. Como si me mirara a un espejo roto, así me sentía. Cada parte de mí se iba rompiendo. En tres años trabajando allí nunca supe que tuviese pareja, pero era lógico, ¿cómo no iba a tenerla? ¡Era hermoso! Y yo, solo había que verme, ¿cómo

pude siquiera plantearme que él se fijara en mí?

—¿Estás bien? —preguntó extrañado al ver la falta de color en mi rostro.

—¡Felicidades! —Me recompuse e intenté lucir feliz—. No sabía que tenías novia.

—La tengo. Llevo diez años con ella, ya es hora que deje de hacerme el tonto y de el paso. No me va esperar siempre. Intenta que tus zapatos aguanten hasta el garaje, te llevo a casa hoy. No puedo dejarte ir así y que tengas otro accidente.

—Muchas gracias, no tienes que molestarme —susurré para mí.

Lo vi marcharse después de guiñarme un ojo y dejarme temblando. En cualquier otro momento la felicidad y la emoción me llenaría. Mi príncipe azul me iba llevar a casa, rescatándome de los dragones malvados que eran mis dos zapatos. Pero lo que en ningún cuento de hadas relata es que: el príncipe esté prometido y con otra mujer.

# Capítulo 4: Sí, quiero.

---

Estaba sumergida en mis pensamientos. Nada me importaba esa mañana. Ni las críticas a mi espalda, ni las burlas. Se hizo la hora de regresar a casa y aún estaba con la cabeza metida entre los papeles, ni me había parado a mirar el reloj hasta que tuve frente a mí a mi compañero.

—¿Ya estás lista?

—¿Lista? «Para meterme bajo una piedra siempre lo estoy».

—¿Terminaste? Para acercarte a tu casa —me recordó.

—¡Ah! Sí, lo había olvidado. «Como no olvidarlo si tengo el corazón roto».

Me levanté con cuidado. Intentaba olvidar el dolor que tenía en las heridas de los pies, gracias a aquellos maravillosos zapatos que me habían hecho ganar un viaje gratis en el coche de Adán. Recogí mis pertenencias y salí de la oficina junto a mi príncipe azul. En cualquier otro momento andaría flotando en una nube, pero no ese día. Al llegar al garaje me abrió la puerta de su coche y entré, no sin antes golpearme la cabeza. «¡Joder!, ¡si busco torpe en el diccionario aparece mi foto!».

—¿Te encuentras bien? —Miré hacia su rostro preocupado.

—Sí, sí, soy como Airon man que diga Airon women; bueno, ya sabes que no me duelen los golpes.

Hizo una mueca y entró a su auto sentándose en el asiento del conductor.

—Me tendrás que decir dónde vives porque ahora que lo pienso, no sé dónde es.

—Tienes razón, no es muy lejos de aquí.

Durante todo el trayecto que no duro mucho, apenas unos diez minutos, no hablé y él tampoco. La tensión en el ambiente era incomoda, no sé si él la sentía, pero yo sí. Quería hablar, decir algo que hiciera el camino agradable, pero cada palabra que intentaba se atoraba en mi garganta. Nunca más querría volver a llevarme y, era mejor así. Desde ese momento tenía que centrar todos mis pensamientos en olvidarme de él. Así lo haría, era una promesa a mí misma.

«Lo juraré ante todos los santos, ante la foto del Papa, ante todas las vírgenes incluida yo misma. Lo juraré por snoopy y las bragas de Mafalda; ante los Avenger y, sobre todo, ante el buenorro de Thor con su martillote, ¡sí ante él y sus magníficos pectorales lo juraré! ¡No volveré a pensar en este hombre!».

—Estuviste muy callada todo el viaje —la voz de Adán interrumpió mis falsas promesas, aparcó el auto frente a mi edificio.

—¿Sí? No lo note. «¡Miente Diana!» Será que estoy cansada.

Lo vi buscar algo en el bolsillo de su pantalón. A su mano asomó una cajita roja, era como esas que contienen un anillo.

«¡Ay mi madre!, ¡se me va declarar! ¡Ahora sí, es mío!

No estaba de rodillas, pero ¡qué importaba!, era perfecto. Sus manos abrían aquella cajita apuntando en mi dirección, dejando ver un precioso anillo de compromiso.

—Dolores Diana, ¿me harías el honor de ser mi esposa? —Las lágrimas salían sin intención de parar, si no tuviera un cinturón puesto en el pantalón mis bragas estarían por el suelo gritando como yo.

—¡Sí! ¡Adán sí!, ¡hazme tuya! —Agarré el anillo y me lo llevé al dedo.

—¿Diana?, ¿te encuentras bien? —Una mano moviendo mi hombro logró sacarme de mis ilusiones».

Miré hacia mi mano, había sacado el anillo y lo estaba intentando meter en mi dedo como una loca poseída por el espíritu de cupido, pero eran algo más rechonchos que los de la persona que lo iba a recibir. «¡Trágame tierra!, ¡trágame! ¡Ahora Dios, manda un terremoto y sepúltame!, ¡juro hacerme monja si lo haces!».

—¡Uy! Está hermoso —me reí nerviosa intentando desencajar el anillo, pero con las ganas que lo había puesto la circulación de la sangre comenzaba a cortarse.

«¡Dios lo que faltaba, no me mandas un terremoto, pero si una amputación! No puedo sacarlo, me lo van a tener que cortar, ¡mi dedo!».

—¿Qué pasa? —El nerviosismo en su rostro era palpable.

—No lo puedo sacar. —El color rojizo adornaba mis mejillas.

—Espera, te ayudo. —Comenzó a tirar del dedo, pero el anillo no cedía.

Sentía el dolor a cada tirón que daba, el coche se tambaleaba a cada movimiento para recuperar su preciado anillo de compromiso.

En uno de los tirones, la puerta de la zona del conductor se abrió, haciendo que Adán cayera y saliera despedida sobre él; dando justo con mi cara en la zona sensible de su pantalón. Sentí la boca chocar contra su cremallera, en ese instante no reparé en el sabor metálico, del golpe me había herido el labio. No pude pensar en eso porque me distraje con el gruñido de dolor de él ante el impacto.

«¿Algo más? Déjalo sin anillo y encima impotente».

—¡¿Qué haces?! —gritó recomponiéndose del golpe y mirando a la persona que había abierto la puerta.

Allí estaba Bruno, por su expresión iracunda diría que su intención era romperle todos los huesos

del cuerpo.

—¿Qué hago? ¡¿Qué le estabas haciendo?! No te atrevas a tocarla.

—¡Qué dices demente! —gritó Adán—. No le estoy haciendo daño, solo intentaba sacar de su dedo el anillo. —Mostró mi mano.

La expresión de furia de Bruno se tornó pálida.

—Eh, yo, disculparme —susurró dándose la vuelta y entró con rapidez al edificio.

Nos miramos sin saber que decir, aquello había sido muy extraño. Quería llorar de nuevo —pueden llamarme llorona—, ¡¿cómo fui tan demente de intentar ponerme el anillo?! Y, peor aún, pensar que me estaba proponiendo matrimonio. Las manos comenzaron a sudarme por los nervios y la joya cedió.

—Aquí está. —Lo entregué con las lágrimas cayendo.

—No llores, está bien, ojalá mi novia lo reciba con tanta euforia como tú cuando se lo muestre. —Se reía con esa sonrisa encantadora que siempre tenía.

—De verdad lo siento, soy torpe. Solo quise saber cómo se vería puesto. «Si me cree esa explicación es que es más ingenuo que yo».

—No te preocupes —dijo mientras me daba un abrazo—. Ahora voy a mi casa a arreglarme para la cena, mañana te cuento que respondió.

—Lo estoy deseando. —Mi sonrisa fue tan falsa como una moneda de quinientos euros.

Saqué lo poco o mejor dicho la nada que quedaba de mi dignidad del auto, lo vi arrancar y marcharse. Entré al edificio, cerré la puerta y me dejé caer al suelo como una muñeca llorona. Me recompuse del llanto y saqué una foto de Thor de la cartera. Sin apartar mi vista de la imagen recé.

«¡Juro ante tus pectorales perfectos! Ante esa cara de dios sin imperfecciones, ¡ante tu poderoso martillo!, ¡qué se me rallen todas tus películas y se descomponga internet cuando descargo tus fotos! No volveré a mirar a Adán con lujuria, con pensamientos perversos y desde este momento solo lo ojearé como si fuera la mejor de sus amigas».

La luz del bloque se encendió y el sonido de unos pasos hicieron eco. Me levanté lo más rápido que pude.

—¿Qué haces? —Apareció Bruno. Sus manos estaban metidas en los bolsillos del pantalón y bajaba la mirada sin atreverse a observarme. Sin decir nada, cojeando, sufriendo cada paso sin aguantarme; me acerqué a él y me tiré a sus brazos llorando a moco tendido—. ¿Qué pasa pequeña? —Me estrujó entre sus brazos y me acarició el cabello.

»¿Tengo la culpa de que estés así? —Moví la cabeza negando sin que la voz saliera—. Anda vamos a casa, Vicky está teniendo uno de sus momentos sexuales con Dios sabe quién, no me puedes dejar solo. Puedo tener tentación de tocarme. —Levantó una de sus cejas y sacó la lengua.

—No tienes remedio, ni tú ni Vicky. —Intenté caminar abrazada a él hacia la escalera.

—¿Te duelen los pies?

—¡Ni me lo menciones! —Se agachó y me quitó los zapatos.

—¿Mejor así?

—Sí, ahora solo pareceré hippie con la planta de los pies negras de caminar descalza.

—¡No me digas!, ¿quieres que te cargue? —Su rostro mostró sinceridad en el ofrecimiento y también una sentencia de muerte.

—¿Lo harías por mí? —Mostré mi mejor cara de perro atropellado.

—No por nada voy al gimnasio, vamos princesa sube a la espalda, me vas a pedir matrimonio después de ver mis músculos. —Presumió subiendo la manga de su camisa y dejándola por los codos.

Me colgué de su cuello, encorvó su cuerpo hacia delante y me levantó como quien levanta un costal de papas.

—Agárrate bien. —La voz sonaba atragantada. Sus manos se agarraron a la barandilla y como quien está trepando por una cuerda, luchaba por subir cada escalón con todas sus fuerzas, impulsándose con los brazos—. ¡Qué te rías sin parar no ayuda!

No dejaba de revolverme en su espalda sin parar de reírme. Cuando por fin llegamos al último escalón se dejó caer al suelo conmigo encima.

—¡Qué buen viaje!

—¡Soo-coor-roo! —Escuché una voz luchando por salir debajo de mí.

—¡Ah! Perdona. —Me tiré hacia un lado quitándome de encima.

Su cara volvía a estar roja como un tomate, luchaba por mantener su respiración mientras se reía.

—Esto me lo voy a cobrar.

—¡No haces nada gratis! Eres una mala persona.

Colocó las rodillas en el piso. Yo seguía desparramada en el suelo; con rapidez se acercó a mí, puso una mano en mi mejilla y antes que pudiese darme cuenta unió sus labios a los míos dándome un beso. Me tembló hasta los cabellos de la nuca, no quería imaginar la cara de tonta que tendría cuando



se detuvo, porque al ver mi expresión se echó a reír.

—Te dije que me lo cobraría.

—¡Eres un aprovechado! —grité intentando levantarme mientras rodaba un poco antes de conseguir ponerme en pie.

—Pero te saqué una sonrisa. —Guiñó un ojo a la vez que me abrazaba entrando al departamento—. Pedí comida china —dijo sentándose en el sofá.

—Me muero de hambre. —Caí a su lado—. Y no tengo ganas de cocinar.

—Lo imaginé al verte salir esta mañana toda arreglada para impresionar a tu galán. —Puso cara de asco al pronuncia la última palabra.

—Que pasa, ¿tan horrible me veía?

—No, tú estabas preciosa. Ese hombre tuyo se ve que es tonto, me quedé con las ganas de romperle la cara.

—¡Qué dices! No es nada mío.

—¡Sí claro! Por eso tenías el enorme pedrusco en el dedo, a ver enseñámelo.

—No era para mí. —Bajé la mirada avergonzada—. Era el anillo de compromiso para su novia, yo solo quería ver como quedaba puesto y se me atoró, no quería salir, ¡no quiero hablar de eso!

—¡Ah! Lo siento, exageré entonces, pensé que te estaba haciendo daño. Aunque pasó por mi mente mandaros a un hotel.

—Cállate, ¡estúpido! —Las lágrimas comenzaron a caer por mis mejillas, recordando que esa noche mi Adán, no volvería a ser mío.

Aunque nunca lo fue, pero ya no lo sería ni en mis sueños.

—¿Por qué lloras princesa? —Se acercó a mí colocando su cabeza en mi hombro.

—No me llames así, no llego ni a categoría rana.

—No seas tonta, si ese hombre prefiere poner ese anillo en el dedo de otra, es que no sabe lo que hace.

—Gracias. —Sabía que solo lo decía por el increíble cariño que nos teníamos, por una amistad de tantos años.

—Es la pura verdad.

La conversación fue interrumpida por unos alaridos que provenían de la habitación de Vicky:

—¡Ay!, ¡sí!, ¡sí!, ¡Dios!, ¡sigue!, ¡Ahí, ahí!

Bruno y yo nos miramos estallando en risas.

—Te puedo hacer gritar así, solo pídemelo Diana y mañana parecerá que estuviste toda la tarde montando a caballo.

—¡Puerco! ¡Salido!, ¡pervertido, odio a los hombres! —Me levanté haciéndome la ofendida. Aunque por dentro estaba aguantando la risa.

Le tiré un cojín a la cara y me adentré al baño para meterme en la bañera y olvidarme un rato de aquel largo día. No sin antes escuchar de nuevo la voz de mi amigo detrás de la puerta.

—Oye preciosa, si necesitas que te enjabone solo grita mi nombre y correré al rescate.

—¡Sigue soñando!

Abrí la llave del agua llenando la bañera para después caer dentro. Queriendo que todos mis pensamientos y las humillaciones sufridas ese día, más todas las de mi vida cayeran al agua desprendiéndose de mi mente tal como lo hacían las gotas de mi cuerpo.

# Capítulo 5: Levantamiento de vidrio.

---

No logré dormir, estaba en pie antes que sonara el despertador. Gracias a la noche de insomnio me sentía destrozada. Me dolía los pies, el corazón, el cuerpo de tantos golpes, la cabeza. No sabía si tenía tantos dolores o no quería ir a trabajar y encontrarme a un feliz Adán, dispuesto a contarme como su novia le dio el sí quiero. Me miré al espejo y me asusté. La tarde anterior después de dejarme arrugar en la bañera, me encerré en la habitación a llorar. Pasé toda la noche así y en esos momentos vivía las consecuencias, parecía salida de una película de zombis.

Era viernes, el último día de trabajo antes de la llegada del fin de semana. No podía andar faltando por mi estado de ánimo. Salí de la habitación temprano, no dormir tenía sus ventajas, no tenía que pelear por el baño con Bruno. Me di una ducha, arreglé lo que ni arreglo tenía a no ser que me hicieran un trasplante de cara. Al salir del baño me encontré con mi amigo que me miraba serio.

—Buenos días. —Mostró una media sonrisa.

—Para quien sean buenos —gruñí.

Sin decir más agarré el bolso y salí del departamento. No deseaba estar cuando llegara Vicky y me hiciera algún comentario sobre mi aspecto. No quería encontrarme con Adán, no quería que me contara nada, por una vez deseaba ser invisible. Llegué a mi lugar de trabajo, por suerte al estar allí de las primeras no tenía que cruzarme con nadie camino del escritorio.

«Tendré que hacer esto de madrugar más veces, no ver a Zipi y Zape nada más entrar por la puerta es lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo». Me senté y sin darle más vueltas a los asuntos de mi cabeza me puse a trabajar. Minutos después llegó Karen.

—Buenos días Diana. —Su rostro se tornó preocupado en el mismo momento que se cruzó con el mío.

—Hola Karen —murmuré sin levantar la mirada.

—¿Qué te ocurre? Tienes unas ojeras que te llegan al suelo.

—Nada, solo no dormí bien anoche.

—Pues espero que la noticia que tengo te alegre el día.

—¿Así? ¡Dime!

Estaba deseando saber que tenía que decir, ¿me trasladarían a la luna para no tener que cruzarme con nadie?, ¿ni ver a nadie?, ¿quizás encontrarme con un bello extraterrestre que me diera un anillo de compromiso a mí? Eso sería fantástico.

—No te lo quise comentar antes para no ilusionarte, pero hace un par de meses se habló de una convención de ventas. Aún no habían dado fecha, pero ya está confirmado, ¡los que viajarán seréis Adán y tú! Cuatro días fuera de aquí los dos solos, ¡un hotel y en la playa!

Como siempre ese tipo de noticias llegaban a mi vida fuera de tiempo. Antes de saber lo del compromiso o de hacer el ridículo delante de él, estaría feliz. Pero en ese instante, sabiendo que se iba a casar y que lo que más deseaba era olvidarme de su hermoso rostro. La noticia me cayó como un jarro de agua con hielo en pleno polo norte.

—¿No puede ir otra persona?

—¡¿Cómo?! Claro que no. Yo no puedo ir tengo demasiado trabajo aquí y tú irás en mi representación, pensé que te encantaría la idea.

—Ayer Adán me llevó a mi casa y me contó que iba a proponer matrimonio a su novia. —Resumí lo que pasó sin contarle la vergonzosa escena. Sería difícil explicar mi nueva mutación a Gollur queriendo robarme el anillo de poder.

—¡Ah!, ya entiendo. Lo siento Diana quisiera poder ayudarte, pero está planeado desde hace tiempo y no puedo mandar a otra persona. Las reservas están listas y ya no se puede cambiar; el domingo en la tarde tomareis un avión a Barcelona y regresarán el jueves. Espero me entiendas y hoy dejes todo listo para que no haya problemas en tu ausencia.

—Lo entiendo no te preocupes, es trabajo y tengo que hacerlo. Si hace falta haré horas extras para no dejar ningún pendiente.

Con un nudo en el estómago volví a meter mi cabeza tras la pantalla de mi ordenador. Miré de reojo a la oficina de Adán, ya estaba allí. Me preguntaba si sabría del viaje y si así era, ¿qué le parecería?

Pasé la mañana escondiéndome para no cruzarme con él ni con Zipi y Zape, no necesitaba sus burlas. No me levanté de la silla ni para ir a desayunar. De vez en cuando lo miraba de reojo y su semblante era serio, ¿le habría dicho que no, su novia? O quizás ya sabía del viaje conmigo y estaba horrorizado. Al terminar con todos los pendientes sin necesidad de horas extras, me adentré a la oficina de mi jefa.

—Pasa un buen fin de semana Karen ya me marcho a casa, creo que ya no nos veremos hasta el viernes de la semana que viene. —La vi levantar la cabeza y mirarme con cariño.

—Así es, habla con Adán para que te confirme la hora de salida del avión el domingo.

«¡Ah! Sí, hablar con él es lo que más quiero».

—¡Eso haré!

Cerré la puerta y me dirigí a la oficina del príncipe prometido y toqué antes de entrar, vi cómo me indicó que pasara con una mano; sin dedicarme una sonrisa.

—Buenas tardes, Karen me pidió que me confirmes la hora del vuelo el domingo. —Se giró hacia uno de sus cajones sacó un sobre y me lo dio.

—Ahí tienes los detalles, se puntual. Nos vemos en el aeropuerto, que pases buen fin de semana. —Volvió a fijar su mirada en la pantalla de su ordenador y me ignoró.

Salí aguantando las lágrimas porque otra cosa no, pero a llorona nadie me ganaba. Camino de casa llené mi cabeza de posibles motivos para su comportamiento, y la balanza se decantaban por: odiar viajar en mi compañía.



—¿Te vas cuatro días?! —Vicky puso el grito en el cielo en cuanto le conté sobre el viaje.

—Sí, pero no quiero ir.

—¿Por qué? Tenemos que comprarte lencería para seducirlo. Así vas a su habitación y le muestras lo que puede tener. —Levantó una ceja.

—¡No!, ¿estás loca?, no voy a eso. Voy a trabajar, además tiene novia.

Eso y que en el arte amatorio y de seducción, lo máximo que conseguí era que me tocaran un pecho y fue en una mamografía.

—Los noviazgos no son para siempre puede cambiar de opinión y quedarse contigo, pero no lo hará si no lo intentas.

Vicky era un amor, aunque un poquito..., no quería hablar mal sobre mi mejor amiga.

—¡No voy a intentarlo!, solo quiero que pasen los días rápido. Ni me habla, ayer hice tanto el ridículo que hoy casi ni me miró.

—¿Quién no te miró? —interrumpió Bruno entrando al departamento despeinado y con ropa de deporte.

—Nadie. —Hice una señal a Vicky para que no dijera nada.

—¿Qué andan escondiendo?

—Diana se va cuatro días a Barcelona a trabajar —su tono de voz era como si dijera que iba a pasar cuatro días de perversión en una cama.

—¿Y vas sola? —interrogó Bruno.

—No, tengo que ir con Adán. —Por alguna razón desconocida, me molestaba que él supiera lo del viaje.

La cara de mi amigo pasó de curiosa a seria.

—Bien, te llevaré al aeropuerto. Solo dime el día y hora. —Sin decir más se adentró en el baño dando un portazo.

—¿Y ahora a éste que le picó? —preguntó Vicky.

—No sé, creo que Adán no le cae bien, ayer casi pelean.

—¿Así? ¡¿Por qué me tengo que perder todo lo interesante que pasa?!

—No hubo mucho que ver, no te perdiste nada. «Solo mí humillación».

—Hoy tengo que trabajar, pero podrías pasarte por allí esta noche y te invito un par de copas así te animas, que traes una cara.

—Lo pensaré, pero no te prometo nada. Estoy cansada y tengo mucho que preparar.



Pasé la tarde sentada en el sofá viendo televisión. Vi salir del baño a Bruno recién duchado como siempre enseñando abdominales.

«¡Cómo le encanta lucirse después de llegar del gimnasio! Y como adoro mirarlo y comérmelo con los ojos».

Rato después Vicky se marchó a trabajar, se despidió de mí recordándome que pasara a verla. Me quedé sola, Bruno se había encerrado en su cuarto así que aproveché para ducharme y colocarme el pijama. Con el estómago rugiendo decidí prepararme una hamburguesa. Odiaba cocinar; de hecho, aborrecía todo lo que tuviera que ver con la cocina, pero amaba comer. Y ese enorme pan lleno de grasa me iba a levantar mucho el ánimo. Una vez allí a mis ojos llegó una botella de ron.

«No voy a salir, pero nadie dice que no puedo beber en casa, necesito un trago o dos, quizás media botella».

Después de llenar mi estómago me senté en el sofá y me serví la primera copa. Casi me hizo

vomitarse el primer licuado de lechuga que me preparaba mi madre. La segunda me hizo arder la garganta, después de la tercera comencé a ver dos botellas en vez de una. Tenía que practicar más ese ejercicio; comencé a entender porque para el mal de amores, el levantamiento de vidrio era el deporte que todos practicaban, ya ni me acordaba de Adán.

«¡Joder Adán, para que lo pensé!, ¡¿por qué no me quieres, por qué?!».

A la cuarta copa la botella y yo manteníamos una conversación muy interesante, a la quinta no podía ni levantarme, a la sexta...

# Capítulo 6: Confundiendo besos.

---

Estaba flotando, mi cerebro no respondía a las órdenes que le daba. Sentía las mejillas húmedas por el llanto, pero era como si una parte de mí estuviese fuera del cuerpo. Soñaba, ¿en qué otro momento una persona no podía controlar sus movimientos? Sí, eso era.

—Diana, ¿qué ocurre? —La suavidad de unas manos rozaron mis mejillas.

Intenté ver quien era, pero sin gafas y con el dolor que me recorría el alma no podía. «Ni en un puñetero sueño puedo ser guapa, alta y sin miopía». Era mi ensoñación y nadie iba a joderme, quería seguir bebiendo. Me incorporé para llenar el vaso.

—No más, creo que por esta noche bebiste demasiado.

«Lo que me faltaba, ahora mi padre se cuele en mis sueños».

Un olor a fragancia masculina invadió mis sentidos. A mi santo padre no lo sacaban de la colonia del supermercado. ¡Por fin mi fantasía se tornaba interesante! «Espero que sea de esos eróticos, siquiera practique en algún lugar de mi mente». Este hombre no es mi progenitor.

—¿Ya m-me ha-hablas? «Se me atrofió la lengua, ¡mierda de sueño! Gorda, fea, ciega y tartamuda».

—Claro que te hablo, ¿cuándo dejé de hacerlo?

—¡Y-yo n-no quería!, ¡l-lo s-siento! —grité y me abracé a su cuello llorando—. N-no qui-qui-se p-ponerme el a-anillo per-perdóname. «¡Qué bien huele! Adán ha venido a mis sueños, que duro pecho y brazos. Si sigo así voy a sufrir bipolaridad uterina».

—¿De qué hablas cariño?

«¡Cariño!, vaya que sí soy tu cariño y lo que quieras».

En la vida fuera de mi mente nunca sería tan atrevida, pero era mi ilusión. Una alegría para mi cuerpo. Mis curvas de jamón serrano tenían derecho a una satisfacción así fuera ficticia. Restregué mi pecho contra el suyo, no parecía negarse. Así que saqué valor y con toda la torpeza que siempre me acompañaba comencé a rozar mis labios por su cuello. Bajé los brazos hasta sostener el agarre en la cintura, no fuera que se desvaneciera. Cuando me correspondió me elevé al cielo. ¡Bendito alcohol! Más ensoñaciones como esas es lo que necesitaba.

—Tranquila, ya pasó. Ahora estás conmigo.

«¿Algo pasó? ¿No sentí nada? ¡Mierda de sueño!».

Me agarró la barbilla y levantó mi rostro. Quería verlo, saber con quién soñaba, pero mis



párpados o quizás el estado ebrio, me tenían la vista borrosa. Me reí. Intenté fijarme en un punto para no marearme y descubrí una hermosa boca. Perdí el control y me acerqué, era tan real. Podía sentir su respiración entrelazándose con la mía. El roce de sus labios, suave, dulce. Una parte de mí recordaba parte de fantasías anteriores con mi mejor amigo.

«Bruno no, es Adán. Deja de hacer mezclas y no seas una guarra».

Para no confundirme y seguir negando a mi mente que Bruno, no me era tan indiferente como quería pensar, coloqué con suavidad mis labios sobre los del hombre de mi fantasía. Sentí la fuerza, la pasión. Ese espectro sabía besar. Me fundí en él, lo pegué a mi cuerpo. Me dejé llevar con todas las consecuencias. Podía entregarle mi posesión más preciada. Cuando despertara nada habría ocurrido. Entreabrí los labios y su lengua tomó mi boca. Sentí sus poderosas manos sobre mis caderas, apretándome. Gemí y no me avergoncé, agarré su camiseta y tiré de él hacia mí. Su cuerpo cayó sobre el mío, debía estar muerta. Estaba en la gloria.

Quería quitarme la ropa, hacerla desaparecer, pero mi cuerpo no respondía. El beso se detuvo y gruñí. Su frente se pegó a la mía, observé su rostro borroso. Estaba perdiendo la cordura.

«Te amo tanto, Bruno». Mi mente parecía saber que necesitaba, pero mis labios se negaron a la evidencia.

—Te quiero Adán. «Sí, Adán es un puerto más seguro».

Mi príncipe lujurioso se apartó, lo escuché soltar un par de maldiciones y marcharse. No importaba, nadie me iba a quitar aquel maravilloso sueño. En algún momento perdí el sentido. Hasta que volví a escuchar su voz mientras sus manos me sujetaban en un abrazo.

—Vamos, te ayudo a llegar a tu cama.

Me aferré a su cuello y me dejé llevar si hacía falta, al fin del mundo. Ese hombre sabía tocarme. Caí sobre algo suave y cómodo, no quise soltarlo, así que supliqué.

—Te quiero, no me dejes.

—No me iré a ningún lado. —Besó mi mejilla.

Me sentía en paz, cerré los ojos y rogué porque no se desvaneciera.

# Capítulo 7: Un agujero negro.

---

«¡Qué me corten la cabeza! Dios, me pasó un tren por encima y no lo recuerdo».

Me sentía destrozada, no quería abrir los ojos. Lo último que lograba recordar era ponerme a beber como una loca deshidratada. Pero después todo era borroso, mi mente se había convertido en un agujero negro. Me encontraba tumbada en la cama, sentía unos brazos alrededor de mi cuerpo. Era una prisión que no me dejaba moverme.

«¿Qué paso ayer?, ¿tuve sexo desenfrenado con un desconocido guapo que llamó a mi puerta y se aprovechó de mi estado!, o ¿yo me aproveché de él?».

Con cuidado para no incomodar a la persona que yacía a mi lado, comencé a mover las manos sobre mi anatomía. Comprobé que estaba en pijama, no me había aprovechado de nadie. Esa era mi triste vida, nunca había una noche loca para mí.

«Si no hice nada extraño anoche, ¿quién me tiene aprisionada? Pero que bien se siente estar así». Me armé de valor y abrí los ojos, me encontré a Bruno a mi lado; vestido.

No era la primera vez que dormíamos juntos, estaba acostumbrada a su presencia, pero en esos momentos me dio mucha tristeza verlo con tanta ropa. Durante unos minutos lo observé mientras dormía, se veía lindo. La boca entreabierta y sus largas pestañas, parecía relajado. Mi visión se detuvo en sus labios, me sentí pervertida por los deseos poco apropiados que tenía. Quería besarlo.

«¿Qué haces?!, ¿cómo qué lindo?!, ya lo superé. Bruno es mi mejor amigo, será mejor que lo recuerde, porque si se da cuenta nada volverá a ser igual».

Mi estómago comenzó a rugir, siempre era inoportuno. ¿Querría comida o comérmelo a él?, tal como estaban mis hormonas no dudé que es lo que pedía.

—Parece que tienes hambre —su voz adormilada me hizo dar un brinco en la cama.

—Eso parece. —Intenté sonreír, pero rezaba porque mis cachetes no se pusieran tan rojos que iluminaran la habitación.

No entendía que me ocurría, estaba avergonzada y eso no era algo normal en mí. Debía ser como cualquier otro día después de quedarnos dormidos en la misma cama, teníamos una confianza casi de hermanos, para mi desgracia.

«A la familia no se le mira la boca como si quisieras usarla de caramelo y no dejar nada de ella. Ni sufres porque lleva el pantalón puesto».

Sin mediar palabra se levantó y salió de la cama, se acomodó la ropa y antes que lograra preguntar, escapó. No me dedicó la sonrisa que alegraba mis mañanas, parecía preocupado, nervioso. Incluso creía que huía de mí.

«¿Qué hice ayer para que se marche sin hacer alguna de sus bromas?».

Me quedé en la cama a pesar del hambre y las ganas de ir al baño. Intenté recordar que había ocurrido, pero era como si una parte de la noche la hubiese eliminado de mi mente. «¿Tendré un trauma y sufro amnesia selectiva?».

El olor del desayuno me hizo levantarme. Nada como la comida recién hecha para aminorar mi mala conciencia. Me detuve en el baño intentando sacar valor, buscando respuestas en el espejo. Era una tonta, me sentía extraña porque había bebido de más y me dolía hasta las pestañas. Con ese

pensamiento fui a la cocina a encontrarme con Bruno. Se había quitado la camisa y andaba solo con un pantalón mientras cocinaba.

«¡Qué imagen más hermosa! Así da gusto levantarse de la cama, ¡qué hombre!, ¡qué guapo!, ¡qué torso desnudo! Si yo pudiera y él se dejara».

Intenté no hacer ruido para poder babear más tiempo, pero como si sintiera mi presencia alzó el rostro. Me observó, no estaba risueño. Con esa sonrisa que me provocaba temblores. Parecía un tempano de hielo. «¿Qué hice para que esté así?».

Me acerqué y abracé su cintura. No sabía qué había hecho, pero no quería estar distante con él. Me daba miedo preguntar qué ocurría. Al primer contacto se puso tenso y no correspondió al abrazo. Tenía ganas de llorar, ¿qué le ocurría a mi amigo? Estaba a punto de darme por vencida y salir a correr como la buena llorona que era, encerrarme en mi habitación y odiar al mundo, soltó la cuchara y me apretó contra su cuerpo.

Comenzaba a creer que estaba necesitaba de su contacto. La piel se erizó, mi respiración era caótica, me temblaban las piernas y lo peor, estaba a punto de frotarme contra su pecho desnudo y ronronear. Levanté la mirada para enfrentarlo y me encontré con su rostro junto al mío, sus ojos me veían con intensidad. Me perdí en el contorno de su nariz y me detuve en los labios. La necesidad de besarlo era casi una obsesión. Si no me apartaba, no podría controlarme. Lo que mi cuerpo y mi mente pedían, iba más allá del sentido común. Antes de hacer algo de lo que pudiese arrepentirme y ganarme una nueva humillación, me alejé.

—¿Hice algo por lo que puedas estar enfadado? —mi voz sonó segura, aunque por dentro luchaba por no derrumbarme.

—¿No te acuerdas de nada?

—Solo que bebí, nada más. ¿debería acordarme de algo?

—Bebiste —provocó un silencio incómodo—. Te encontré en el sofá con muchas copas de más. Te llevé a la habitación, me quedé ahí hasta que te rendiste al sueño y acabé por hacer lo mismo. Siento si te molestó que durmiera en tu cama.

—¡No!, ¿crees que me molesto? No es la primera vez que dormimos juntos. «Despertarme y verte a mi lado como un ángel caído del cielo al que quiero violar, no es algo que me moleste».

—Lo sé, pero te veías confundida esta mañana. —Agarró la cuchara de nuevo y prosiguió con su tarea.

—Es que no recordaba, tuve miedo de hacer algo que hiciera que nos enfadáramos, solo eso. Me daba miedo que por culpa del alcohol hiciera algo de lo que tuviese que arrepentirme. —Frunció el ceño, parecía molesto.

—Tranquila, no hiciste nada de lo que arrepentirte —sus palabras eran calmadas, pero cargadas de sarcasmo—. Toma, debes tener hambre, desayunemos.

—Gracias. —Agarré el plato que me ofrecía y me senté en uno de los taburetes de la cocina.

Decidí callar, parecía que solo empeoraba la situación y sin saber que ocurría, no podía arreglarlo. Desayunamos en silencio, ninguno levantó la mirada del plato. ¿Cómo podía cambiar todo en tan solo una noche? Entre nosotros nunca hubo momentos incómodos, siempre sabíamos que decirnos o como hacernos reír. Cada vez que compartíamos momentos siempre había algún comentario gracioso o perverso, así era su forma de ser y me encantaba.

Intenté evadirme recordando una de las noches que decidimos salir a divertirnos. Virginia al poco tiempo de entrar al bar ya estaba bailando con uno de sus amores nocturnos, pero él, a pesar que las mujeres no le quitaban la vista de encima; se mantenía ajeno a ellas. Siempre estaba al pendiente de mí. Le hacía ver que había muchas interesadas, pero se limitaba a decir que había salido con sus amigas no con ellas.

Al día siguiente nos levantamos hambrientos, pero no había más que pan para desayunar. Colocó uno abierto en un plato y se limitó a decir: "Diana, es comida equilibrada. Tú pones el pan, yo pongo la salchicha". Comencé a reírme.

—¿En qué piensas? —Alzó una ceja.

—Me gustaba cuando salíamos los tres a divertirnos.

—Hace tiempo que no lo hacemos —murmuró.

—Deberíamos hacerlo... ¡Salir!, no hacer otra cosa. Puede que estemos viejos.

—¿Ya compraste todo lo que necesitas para tu viaje? —Tenía una capacidad innata para cambiar de conversación.

—Pues no, ¿qué debería comprar?

—No sé, lencería nueva, pijamas provocativos. Ya sabes, esas cosas que las mujeres suelen ponerse para llamar la atención del sexo masculino. —Su mirada me atravesó, su boca sonreía, pero sus ojos parecían estar cometiendo un homicidio.

—¿Cómo?, ¿para qué necesito eso?! Ni que lo vayan a ver. Me gusta mis bragas desgastadas.

—Tú sabrás. Te vas con tu amado unos días, supongo que aprovechará para seducirte y meterte en su cama, sería tonto si no lo hiciera.

«Pero ¿qué le ocurre? Juraría que hasta parece triste».

—Bruno, no quiero ir a ese viaje. —No entendía porque debía dar explicaciones, pero quería que él lo supiera—. Es solo trabajo, no me queda otro remedio que ir.

—Está bien, te creo. Si necesitas algo, que te lleve a comprar o que te acerque mañana al aeropuerto, solo dímelo.

—Supongo que tendré que prepararme para el viaje, mañana a las seis tengo que estar allí, por si

quieres llevarme.

—Bien, lo haré. —Se levantó llevándose los platos y se marchó para encerrarse en el baño.

Nada me salía bien, pero Bruno era mi ancla. Aunque todo saliera mal él siempre estaba ahí para alegrarme. Esperaba que la situación fuera temporal, que hubiera pasado una mala noche y al día siguiente volviera a ser el mismo de siempre.

# Capítulo 8: Alucinaciones, celos y un viaje

---

Me sentía sola, Bruno se encontraba encerrado en su habitación. Debía preparar todo para el viaje, pero moría por llamar a su puerta y arreglar lo que sea que estuviese mal. Sin embargo, acabé por desistir y dejarlo tranquilo. Escuché la puerta de la casa abrirse; era Vicky, la miré y parecía cansada.

—Buenos días, tienes mala cara.

—Hola guapa, estoy muerta. —Se quitó los zapatos y se acostó en el sofá—. ¿Y esa cara? Estás ojerosa.

—Lo sé, no dormí bien anoche y tengo una resaca tremenda.

—¿Resaca?, ¡serás perra! Saliste y no pasaste a saludarme.

«Lo que me faltaba, sus regaños».

—No es lo que piensas, me quedé en casa y aquí bebí como foca deshidratada en mitad del desierto.

—¿Por qué?, ¿estás bien?

—No sé, la verdad es que aún me arrepiento.

—No te tortures. No es la primera vez que bebes, ¿o es que apareciste en la cama con un desconocido? —Sus ojos se iluminaron, parecía tener obsesión con mi poca vida sexual. Mi expresión le dio más datos que mis palabras—. ¿Qué hiciste? ¡Dejaste de ser una monja!, ¡cuéntame!, con muchos detalles, ¡guarra!

—¡Estás loca! No pasó nada, con el único que amanecí es con Bruno y estaba vestido. «Para mi mala suerte».

—¡Ay! Ese Bruno tan amable, conociéndolo no te tocó. Con la falta que te hace un buen meneo.

—¡No tengo falta de nada!

—Claro y yo soy monja. Debes tener la empanada a punto de derretirse. —Guiñó un ojo—. Te voy a traer un hombre que te quite el mal humor, aunque lo mejor será que violes a tu compañero. ¿Cómo se llamaba? Adán.

—¡Calla! No voy para eso al viaje, voy a trabajar.

—Sí, sí, sigue con ese pensamiento y morirás virgen, el amor no va llamar a tu puerta si tú no lo buscas.

Escuchar la verdad me enfadaba, la dejé con la palabra en la boca y me marché a mi habitación. Dejé pasar el día arreglando la maleta, cuando tuve todo listo salí de la habitación distraída y choqué con algo duro.

—¿Qué haces en mi puerta, Bruno? —murmuré con el rostro pegado en su pecho.

—Quería saber si estabas bien, no has salido en todo el día.

—Estaba preparando mi equipaje, y tú... ¿lo estás?

—Sí cariño, estoy bien. —Sonrió como si nada hubiese pasado y me estrechó entre sus brazos.

De nuevo mis hormonas reaccionaron. Quizás Virginia tenía razón y lo del revolcón comenzaba a ser necesario. Acarició mi mejilla y prosiguió su camino hasta enredar los dedos en el interior de mi cabello. Acercó su rostro al mío, rozó los labios sobre la frente deteniéndose más tiempo del que era preciso. En el momento que creía que se separaría y cada uno seguiría con sus quehaceres, recorrió el contorno de mi cara con besos. Bajando por la nariz, apenas eran roces de sus labios. Bajó hacia la mejilla, la barbilla. Su aliento rozó mi boca, era el siguiente el paso, lo sabía. Temblé, apreté las manos en su espalda y se detuvo. Me asusté, rompí el abrazo y coloqué ambas manos en su pecho. Intentando que el aire volviese a entrar en los pulmones. Estaba a punto de disculparme y saltar sobre él, cuando lo vi sonreír con burla. Se acercó y me susurró al oído.

—Pensé que esta vez me pedirías que te hiciera gritar.

Me había engañado, ¿acaso no veía mi estado? Si seguía así le iba tomar la palabra.

—¡Te mato! ¡Te pasaste pervertido!

Escapó antes que lograra golpearlo. A pesar de la situación, comencé a reír. Volvía a ser la misma persona. Pero lo que no podía negar era que, me había dejado con las bragas diciendo: ¡tómame!

De mala gana me dirigí a la cocina y me puse a hacer la cena, estaba tan entretenida en hacer las maletas que me olvidé que, lo último que había comido, fue el desayuno. Mientras cocinaba la imagen de él vino a mi mente.

«Unas manos se agarraban a mi cadera, me obligaron a darme la vuelta. Apartó la distancia que había entre nuestros cuerpos y pegó su pecho al mío. Me empujó contra él. Bruno no emitió palabras, solo me miró como un animal hambriento ante su presa, sin pedir permiso su boca tomó la mía.

Sentí su caricia subiendo por mi espalda hasta acariciar la nuca, jadeé presa de una pasión a la que no estaba acostumbrada. Mi reacción parecía provocarlo y de un modo salvaje se apretó contra mí, haciéndonos chocar con el fregadero.

Sus manos acariciaron mi cuerpo hasta colarse bajo la camiseta, continuó los besos recorriendo el contorno de la mandíbula hasta llegar a la curva del cuello. Estaba perdida, nada importaba, necesitaba lo que ocurría entre nosotros casi como respirar. Busqué los botones de su camisa, quería

despojarlo de la ropa y acariciar ese pecho que tanto me gustaba. Arrancó la parte superior de mi ropa y hundió su boca en el escote, jugó con el broche del sostén hasta quitarlo. Besaba mi piel quemando con su contacto, provocando reacciones que no conocía, él provocaba calor. Uno en el que podría arder».

—¡Diana vas a salir ardiendo!

—¡Sí! Me quemo —jadeé.

—¡Diana! ¡Está ardiendo!

—¡Lo sé!, ¿crees que no lo siento?

Mis ojos despertaron a la realidad, Bruno no estaba junto a mí. Tampoco me estaba besando y tocando con lujuria. Me gritaba desde el otro lado de la cocina asustado, la sartén en la que cocinaba estaba en llamas. Se acercó con rapidez, la agarró colocándola bajo el agua mientras intentaba recuperarme.

—¡¿Qué te pasa?! ¡¿Querías quemarte?!

—Y-yo y-yo —tartamudee nerviosa. No sabía que decir, era vergonzoso lo que había provocado.

—¿Tú qué?, ¿dónde estabas? Porque está claro que tu mente se mudó a otro planeta.

—Lo siento —alcancé a decir antes que las lágrimas cayeran por mis mejillas.

Agarró la camiseta y tiró de mí hacia él para abrazarme con fuerza.

—No vuelvas a hacer eso, pareces una niña pequeña. No sabes el susto que me diste.

«Ay Dios, si tú supieras en lo que estaba pensando cuando casi hago arder el apartamento».

—No sé qué me pasó, de verdad discúlpame. —Salí de entre sus brazos y me fui corriendo a mi habitación cerrando con el pestillo, para que ninguno de mis amigos entrara.

No quería hablar con nadie, ¿qué les iba a decir?, ¿qué mis hormonas estaban tan fuera de control que tenía pensamientos eróticos y no me daba cuenta de lo que pasaba a mi alrededor? Unos golpes se escucharon en la puerta, Bruno exigía que le abriera.

—¡Vete! No quiero hablar.

—Vamos cariño, déjame pasar, necesito saber que estás bien.

—Estoy bien déjame sola, por favor.

No quería ver su cara, ¿se daría cuenta?, ¿desde cuándo estaba allí? Me estaba volviendo loca,



¿qué estaba mal conmigo?

—Diana por favor déjame entrar.

—¿Qué pasó? —Vicky apareció—. ¿Y ese olor a humo?

—Nada, un pequeño accidente doméstico, ya sabes soy así de torpe en la cocina.

Bruno se culpaba por lo que había ocurrido, eso me hacía querer salir para colgarme de su cuello y abrazarlo.

—Si querías carbonizarnos para luego comernos, déjame decirte que estamos más buenas sin cocinar —de nuevo interrumpió Vicky.

—Lo tendré en cuenta para la próxima, doña entrometida.

Los pasos de una persona alejándose se escucharon y de nuevo silencio. Fui hacia la puerta pensando que se habían marchado, pero para mí mala suerte él seguía allí; mirándome preocupado. Antes que lograra articular palabra le di un portazo en la cara.

—¡Joder! Me vas a romper la nariz.

—¡Pues deja de perseguirme!

—¡Acosador! —gritó Vicky—. Déjala tranquila, ¿no ves que no te quiere entre sus piernas?, va estar cuatro días con otro papito entre ellas.

—¡Mierda!, ¡cállate! —gritó iracundo.

Me quedé recostada en la puerta escuchando sus pasos alejarse, seguido de otro portazo.

«¿Cuándo mi casa se volvió este drama?».

Las ganas de cenar se marcharon, me servía para perder un par de kilos. Me tiré sobre la cama y sin retirar las mantas acabé quedándome dormida.

Amaneció, por fin era domingo. Tendría que estar nerviosa, pero todo lo ocurrido el día anterior no me dejaba ni pensar en el viaje. Había sido un fin de semana de locos. Mis sentimientos estaban desbocados. Tenía que apartar todos los pensamientos sobre Bruno, si quería volver a vivir tranquila en mi propia casa. Con decisión salí de la habitación sin miedo de encontrármelo, iba a portarme como siempre.

La casa se encontraba en silencio. Fui a su habitación para disculparme, pero su puerta estaba abierta y no había nadie en el interior. Me dirigí al baño, llamé, pero igual estaba vacío. Vicky debía de estar por volver del trabajo y Bruno parecía que había salido. Me dije a mí misma que era lo mejor.

Después de darme un baño de más de una hora y salir hecha una anciana de noventa años, salí

para comprobar que seguía estando sola. Me fui a la cocina envuelta en una toalla aprovechando la tranquilidad del departamento, ocasiones así no siempre se daban. Esa vez comencé a hacer el desayuno intentando no quemar la casa. Cuando terminé me senté a comer, estaba muerta de hambre. Estaba por terminar, cuando escuché unas llaves hurgando en la cerradura. Bruno apareció despeinado, su camisa llevaba varios botones desabrochados y por su manera de caminar parecía ebrio.

Sin percatarme de mi atuendo me puse de pie sujetando la toalla con las manos. Por curiosidad me asomé y a su lado apareció una mujer vestida de forma provocativa, dejando casi nada a la imaginación. Se abrazaba a él jugueteando con su ropa. No parecía molestarle. Apreté los puños con intención de agarrar de las greñas a aquella rubia de bote, rabiosa acabé soltando la toalla que, bajó por mi cuerpo para terminar tirada en los pies. Bruno levantó la mirada hacia mí. Abrió los ojos con asombro.

—¡Joder! —grité al darme cuenta de mi atuendo.

Levanté con rapidez la toalla y me tapé. Intenté escapar para ocultar la rabia y la humillación que sentía, pero choqué con la silla dañándome el pie.

—¡Mierda! —me quejé a la vez que caía al suelo.

Quería desaparecer y no vi mejor opción que correr a cuatro patas, mostrándoles una visión de mi enorme trasero desnudo.

—¿Tu casa es de exhibicionistas? —escuché a la odiosa mujer.

—Sí, deberías quitarte la ropa también. —No podía verle el rostro, pero podía imaginar esa mirada provocativa pronunciando aquellas palabras.

Las lágrimas comenzaron a caer, me encerré en la habitación. En esos momentos lo odiaba. Pero ¿por qué me comportaba así? No era su costumbre traer mujeres a casa. Ella era una chica hermosa, tanto que me dolía sentirme tan poca cosa a su lado. Sabía que tenía necesidades. Hace mucho asumí que tenía una vida fuera de nuestra casa, pero saberlo, ¿por qué me dolía tanto?

Encendí el equipo de música, no quería escuchar gemidos o ruidos de lo que estuviera pasando mientras me arreglaba. Cuando llegó la hora de salir hacia el aeropuerto llamé a un taxi y con la maleta, salí de la habitación esperando no ser vista. Pero como siempre las cosas no me salían bien, en la sala sentado en un sillón estaba él; con la misma ropa que lo había visto entrar. Su mirada parecía perdida, sin pronunciar palabra pasé caminando con orgullo. Cuando se percató de mi presencia se levantó.

—¿Ya tienes que salir? Espérame te llevo. —Buscó las llaves de su coche.

—No gracias, ya pedí un taxi. —Le dediqué una mirada de reproche, a la cual no tenía derecho. Él me miró mortificado, intentó cortarme el paso.

—Diana. —Colocó una mano sobre mi cintura para detenerme.

—Adiós Bruno. —Lo aparté con rudeza.

Caminé hacia la puerta casi atropellándolo con mi equipaje. Tuve que esperar unos diez minutos a que apareciera el taxi, puse toda mi fuerza de voluntad en quedarme quieta esperando y, no volver a subir a gritarle como si fuera una novia celosa. Ya estaba bien de dramas y celos sin fundamentos.

Tenía que mantener la cabeza fría, me esperaban cuatros días duros. No era un viaje de placer. El taxi llegó y le indiqué que me llevara al aeropuerto. Una vez allí busqué donde tenía que ir a registrarme y mi mirada se cruzó con la de Adán, me hizo una señal para que me dirigiera a donde estaba él. Seguía tan serio como hacía dos días, aquello sería una tortura.

# Capítulo 9: Odio las rubias

---

Me encontraba dispuesta a viajar a Barcelona con el hombre que, hasta el momento, había considerado el príncipe de mis sueños. Aquél que días antes me había puesto un anillo de compromiso en el dedo. Bueno, eso me lo había imaginado, como todo lo romántico en mi vida. No dejaba de imaginar cosas y tener problemas por ello, ¿cuándo aceptaría la verdad por las buenas y me dejaría de hacer tantos dramas? Mi destino era ser monja. Quizás sería una buena opción si mi amado Thor fuera el dios al que rendir tributo, pero para mi mala suerte no era creyente. Además, con los pensamientos poco apropiados que me acosaban, acabaría pervirtiendo a algún sacerdote.

—Hola adán —saludé con gesto enfadado.

—¿Ya estás lista? —Me miraba como si fuera un grano en el trasero.

—Sí, no me queda otro remedio.

—No será para tanto, esperemos que pase rápido. —Me dieron ganas de patearle sus bien proporcionadas nalgas. No disimulaba lo molesto que le resultaba viajar conmigo.

—Tranquilo, ya sé que hubieras preferido estar con alguien más, pero no estoy aquí por gusto.

Estaba molesta con él, con Bruno, con el mundo. Pero, sobre todo, con las rubias. Adán dejó escapar un suspiro para después mostrar una sonrisa.

—No es eso, no prefiero viajar con alguien más. Solo que no estoy pasando un buen momento y lo que menos me apetecía, era este viaje.

—Imagino que estás muy ocupado con los preparativos de la boda. —Sentí su mirada adentrarse a través de mis órganos y apretarlos con la intención de darme muerte. Jamás lo había visto tan furioso.

—Sabes Diana, será mejor que nos mantengamos callados.

—¡Per-fec-to! —alargué cada sílaba.

Me sentía poseída, tenía un demonio en el cuerpo. Yo, la tímida y buena Diana; estaba rabiosa. Su sola presencia me molestaba, pero no era algo que se hubiese formado al llegar al aeropuerto. No sacaba de mi mente a la rubia de bote con la que apareció Bruno.

Después de dejar las maletas y pasar por el control, nos dirigimos a la puerta de embarque en absoluto silencio. La verdad no me importaba, cualquier cosa que saliera de mi boca provocaría un enfrentamiento. Tras media hora esperando en asientos separados, nos llamaron para embarcar. Todas las azafatas nos recibían con sus desproporcionadas sonrisas.

«¡No sonreirás tanto si te doy con el bolso en la cara y te hago caer los dientes!». Pensé al ver a una azafata de cabello dorado que me daba la bienvenida al vuelo.

Había declarado la guerra a las rubias. No importaba si era natural, de bote, con mechas, cabello rizado o liso. Todas recibirían mi mal estar, mi frustración y, sobre todo, mis tremendos celos. Era un hecho, las odiaba, aborrecía a las muñecas Barbie, hasta las Wendolin que eran un fiel recuerdo de mi infancia. Pasé junto a la azafata no sin antes darle un bolsazo, alegando que no tenía suficiente espacio. Por unos momentos la sonrisa se borró de su rostro, pero al momento lucía radiante.

«¡Maldita, tenías que ser perfecta!». Ella no me había hecho nada, pero necesitaba alguien a quien culpar. Cuando llegamos a los asientos descubrí con felicidad que me había tocado ventanilla.

—¿Me lo podrías cambiar? —el tono de voz de Adán resultaba seductor.

—¿El qué?, ¿el cerebro?

—Diana, pareces la niña del exorcista, ¿qué ocurre contigo?

—Tengo un mal día, ¿vale? —Fruncí el ceño.

—Bueno, entiendo. Todos tenemos malos días, ¿me dejas la ventanilla? —Me miró haciendo ojitos de cachorro desvalido para que me compadeciera.

—Va ser que, ¡no! —Me adentré lo más rápido que pude hasta llegar a mi lugar.

A él le había tocado en medio y en el asiento de pasillo minutos después, llegó una mujer a acomodarse.

—¡Rubia! —grité al verla.

Él me observó extrañado y siguió mi mirada hasta la chica que se había sentado a su lado. Lancé unas maldiciones por lo bajo intentando que nadie escuchara, pero por la risa que contuvo Adán; pude darme cuenta que había entendido cada una de mis palabras.

La señal de abrocharse los cinturones apareció y el avión se dispuso a despegar. No era la primera vez que volaba y el trayecto no iba ser largo, pero aun así entre mi mal humor y los nervios, clavaba las uñas en el asiento con tanta fuerza que llegué a creer que se quedarían incrustadas. Mi acompañante se percató del nerviosismo y colocó una de sus manos sobre la mía. A su detalle correspondí lanzándole una mirada cargada de odio que lo dejó sorprendido, esa no era yo. Tenía razón a decir que parecía la niña del exorcista, el diablo se había apoderado de mi cuerpo y estaba a punto de darme vueltas la cabeza.

—Diana tranquila.

—Estoy muy tranquila. —Apretaba la mandíbula con fuerza.

Una vez que el avión se estabilizó en el aire y la señal de ponerse los cinturones desapareció, volví a mi expresión serena. Cerré los ojos para intentar calmarme.

—¿Viajas con tu novia? —La mujer sentada junto a Adán intentaba darle conversación.  
—No. Viajamos por trabajo.

Una sonrisa coqueta asomó al rostro de la vulgar guarrilla al conseguir la información que tanto le interesaba. Su conversación siguió entre coqueteos por parte de ambos y sonrisitas que me provocaban arcadas.

«Lo que me faltaba tendré que soportar esto todo el vuelo».

—Arrastrada —murmuré.

—¡¿Cómo?! —reprochó la roba novios imaginarios.

—Hmm nada. «¡Mierda me escucharon!».

Me dirigió una mirada de odio y siguió con su conversación. Comencé a llamar a la azafata. En unos minutos estuvo allí.

«¡Joder!, ¿tenía que venir la rubia?, ¿otra vez?, ¿es qué mi peor pesadilla se va dar en este vuelo?».

—¿En qué puedo ayudarlos? —preguntó la mujer mirando a Adán.

—Eh, eh. —Chasquéé los dedos—. Te llamé yo.

—Ah sí, disculpe señorita, ¿en qué puedo ayudarla?

«¡Manteniendo tus hormonas y las bragas en su sitio! ¿Crees que no te veo las miradas que le andas echando?».

—¿Me podría traer algo con mucho alcohol?, no llevo bien los nervios.

—¿Qué desea?

—Lo que sea que me deje inconsciente. —No aparté la vista de ella, casi la retaba.

—Ahora mismo se lo traigo. —Adán me enfrentó.

—Es la primera vez que te veo pedir algo con alcohol.

—Hay mucho que no sabes de mí, no es que te cuente mi vida —contesté molesta—. Tuve una mala noche necesito relajarme.

La azafata regresó trayendo lo que le pedí y por supuesto, me lo bebí de un trago. Seguí molestando a la mujer para que me siguiera sirviendo hasta que acabó por negarse, según la odiosa rubia ya había bebido demasiado.

«Maldita, ¿ahora eres mi madre?, ¡odio volar, no te dejan hacer nada!».

El alcohol que había ingerido comenzó a hacer efecto, necesitaba ir al baño o acabaría por

provocar una catástrofe en mi pantalón. Como pude me levanté, al mantenerme sobre mis piernas noté un leve mareo. Me agarré al asiento que tenía frente a mí, tenía que pasar por delante de Adán y de aquella odiosa mujer. Había escuchado que se llamaba Cindy, ¿qué clase de nombre era aquel? La odiaba aún más por tener nombre de modelo y yo, de un momento traumático.

«¡Joder!, ¿por qué no le di el asiento junto a la ventana?, ahora estaría más cerca de correr al baño».

Apreté los muslos con fuerza. Como pude comencé a arrastrarme entre las piernas de mi acompañante. Una turbulencia provocó que todo se moviera, o quizás estaba solo en mi cabeza, porque todo lo veía doble. Me tambaleé y acabé encima de Adán dándole un cabezazo. Se escuchó un gruñido y un par de manos se agarraron a mi cintura.

—¿Estás cómoda? —Su cálido aliento cerca de mi oído me estremeció. Una risa tonta escapó de mi garganta.

—Uy sí, estoy comodísima. —Disfruté el improvisado asiento. Olía tan bien.

—Ya te veo. —Una de sus manos bajó a mis piernas y la acarició de un modo libidinoso—. ¿Te ayudo?

«Ayúdame con lo que quieras hombretón. Todo lo que siento ahí, ¿es tuyo?».

La mirada de reproche de Cindy me atravesó. En esos momentos no me importaba, el mareo que tenía era tan gratificante que había olvidado todos mis problemas.

—Diana, me estás estrujando.

—Te voy a estrujar tanto que se te va olvidar hasta tu nombre, machote. —Intenté levantarme de nuevo, para después pasar frente a la roba novios y pisarle los pies.

—¡Ay! ¿Podrías tener más cuidado?

—Uy perdón, no te vi. «Lo hice queriendo, pedazo de perra».

Sujetándome de cada asiento, fui caminando hasta llegar al baño y me encerré en su interior. El lugar no podía ser más reducido y el mareo no me ayudaba. No se encontraba sucio, pero el olor que había, era como si hubiesen metido un basurero en aquel pequeño cubículo. Cerré la puerta y coloqué el pestillo. En mi estado y el poco espacio, bajarme el pantalón fue una tarea complicada. Justo en ese momento —porque no podía ser minutos antes—, la voz del piloto resonó en el avión:

*Buenas noches, en breves momentos vamos a pasar por una zona de turbulencias. Permanezcan en sus asientos con el cinturón de seguridad abrochado.*

¡Bien! El único asiento que tenía no disponía de cinturón, pero ya estaba a la mitad de mi esperada liberación. El primer movimiento no se hizo esperar y mis piernas no lograron mantener el cuerpo, acabé chocando contra la puerta.

«¡Mierda! eso dolió».

Seguí maldiciendo mientras aguantaba las ganas de hacérmelo encima. Proseguí con la ardua

tarea; cuando por fin los tenía por las rodillas, vi la tremenda bragota faja que me había puesto para verme más delgada.

«¡Joder!, ¡la tengo pegada al cuerpo!».

Como pude la despegué de mi redonda figura, la bajé junto con el pantalón. «¡No!, ¡¿por qué?!».

Me quejé al darme cuenta que el suelo estaba mojado, «¡espero que no sea lo que estoy pensando!».

Intenté recogerlos, pero ya era tarde y habían ido a parar al piso, mojándose.

No pensaba sentarme en aquel váter ni por todo el oro del mundo, así que luché contra el mareo y logré sacar el trasero intentando quedar por encima sin acomodarme. «¡Dios!, ¡esto es la gloria!».

Otra turbulencia movió el avión y en mitad de mi momento íntimo, perdí el equilibrio cayendo hacia delante.

«¡No!, ¡esto solo me podía pasar a mí!».

Me sentí manguera de bombero salpicándome. Con la caída, mi ropa terminó de mancharse con el agua pipí del suelo, mas todo lo que se había escapado de mi propiedad.

«¡Ay no! ¡¿Ahora cómo voy a salir de aquí?!».

Por el efecto del alcohol comencé a reírme, eso era mejor que ponerse a llorar. Bastante tenía con la vergüenza que pasaría cuando saliera. Mis risas eran tan fuertes que no tardó en aparecer una azafata llamando a la puerta.

—¿Se encuentra bien?

—¡Sí! —grité sin dejar de carcajearme.

—Disculpe, pero estamos pasando una zona de turbulencias, debería estar en su asiento.

—¡Ya me di cuenta!

Me levanté del suelo, limpié lo más que pude la ropa y subí las enormes bragas de abuela. Estaban mojadas y no por haber vivido una escena sexual en mi mente perversa.

«¡Esto es asqueroso!».

Subí el pantalón y al intentar cerrar la cremallera se enganchó con la ropa interior.

—¡¿Algo más?!, ¡¿me quieres castigar?! Esto no me puede estar pasando —grité mirando al techo —. ¡Si quieres una nueva monja en tus filas así no vas a conseguirlo!

Despotriqué a todos los santos y al supremo. Intenté quitar la cremallera atorada pero solo conseguí romperla y hacer un agujero en la faja. Me acababa de convertir en un proyecto de ser humano. La azafata volvió a llamar a la puerta.

—Señorita, ¿sigue ahí?

«No, me tiré en paracaídas por el agujero del inodoro».

—¡Joder!, ¡ya salgo! —grité con la educación que me permitía el momento.

«Es ahora o nunca; no queda otro remedio, pasaste por situaciones peores».

Me mentía a mí misma. Eso era lo más humillante que me había ocurrido. Alcé la cabeza y orgullosa, abrí la puerta del baño. Le dirigí una mirada de, aquí no ha pasado nada y escapé con dignidad. Cada paso era incomodo, sentía el pantalón mojado ceñirse al cuerpo. Caminé por el pasillo ante la contemplación



de la gente que se había percatado de mi estado. Siempre era invisible, pero ese día robaba miradas y no porque estuviera hermosa. Casi llegaba a mi asiento, Adán se mantenía entretenido con Cindy; ni siquiera había extrañado mi ausencia. Eso era bueno, pero ¿cómo iba a pasar delante de él en ese estado?

Otra turbulencia hizo que el piso se moviera provocando que diera un mal paso y cayera de espaldas.

«¡Me acabo de romper el culo! ¡Ah Dios me voy a quedar en silla de ruedas!». Un amable señor de unos cincuenta años se levantó de su asiento para ayudarme.

—¿Se encuentra bien? —una necesidad de hablar con sinceridad se apoderó de mi garganta en el momento menos adecuado.

—No señor, me acabo de dejar las nalgas pegadas al piso, mañana las voy a tener moradas; estoy algo borracha, y ¡me hice pipí en el pantalón! —Al darme cuenta de lo que había dicho me puse a llorar.

Vi la cara del hombre debatiéndose entre ayudarme a levantarme o dejarme en el suelo, al final su lado de buena persona pudo más que asco de tocar a una meona ebria y me agarró de las manos. Me ardían las mejillas, todo el mundo me miraba y ahogaban risas.

«¡Joder!, ¡soy la payasa del avión!, ¡ahora si me van a tirar sin paracaídas!». El señor que me ayudaba a mantenerme de pie me hizo una señal para que mirara hacia mi ropa. Cuando dirigí mi vista hacia la zona baja de mi cuerpo me di cuenta que no los había abrochado bien, con la cremallera rota los tenía por las rodillas enseñando mis vergüenzas. Recordé a Bruno cuando me dijo que me comprara lencería y pijamas provocativos, «¿¿por qué no le hice caso, por qué?!».

Una azafata se acercó con rapidez hacia donde estaba.

—¡Señorita! —Me miró con reproche.

—¡Ayúdeme! —supliqué con los ojos llenos de lágrimas, mientras me subía el pantalón—. ¡No quiero ir a mi asiento!

No podía enfrentar a Adán, quizás estaría muy entretenido con su nueva amiguita como para darse cuenta del espectáculo que estaba dando. Pero eso sería demasiado bonito para ser verdad. Dirigí la mirada hacia él y allí estaban sus ojos, abiertos como platos; observándome.

«¿Habrás visto mi lencería sexy?».

La azafata se compadeció de mí y me pidió que la acompañara, me llevó hasta el fondo del avión a un espacio que tenían reservado para ellas, dejándome tomar asiento en uno de sus lugares.

—Puede quedarse aquí hasta que finalice el vuelo, pero por favor manténgase quieta y calmada, le traeré una infusión.

La misma azafata rubia que me había emborrachado y yo había odiado por su coqueteo con Adán, era la que me estaba salvando ahora; quizás mi obsesión con las de cabello dorado eran puros prejuicios.

«¡Cómo quisiera tener mi bolso aquí para sacar la foto de Thor y poder hacerle la promesa de no

volver a beber!».

Lo poco que faltaba del vuelo se mantuvo sin más complicaciones. La voz del piloto volvió a sonar por megafonía anunciando que en unos minutos estaríamos aterrizando en el aeropuerto de Barcelona. Ya no podía seguir escondiéndome, el vuelo había finalizado, tendría que enfrentarme a Adán. Solo esperaba que, aunque fuera por ese día, mis humillaciones acabaran.

# Capítulo 10: Un borrego pervertido

---

Las piernas me temblaban. No sabía si por lo mojado del pantalón o por los nervios, pero aquel aterrizaje lo estaba viviendo en cámara lenta. Vi como Adán permanecía sentado en el asiento sin moverse, mientras todas las personas se iban marchando. Cuando estaba casi vacío, se dirigió hacia mí.

—Diana, creo que deberíamos bajar.

Sin mediar palabra me levanté y lo seguí para tomar el equipaje de mano. Mi madre siempre decía que en silencio estaba más guapa; aunque claro, lo decía porque así no enseñaba los dientes. Abandonamos el avión acompañados de las miradas de reproche de las azafatas.

“Gracias por volar con nosotros, que pasen buena estancia”. Escuché a algunas de ellas despedirse mientras otras ponían sus poses más coquetas llamando la atención de Adán, no había duda que el chico era atractivo.

Mientras esperábamos las maletas, intenté permanecer en silencio.

—No voy a nombrarte lo que ocurrió en el avión.

«¡Menos mal que no va nombrarlo!».

—¡Ya lo estás haciendo!

—Sí bueno, me refiero que no preguntaré por qué te comportaste de ese modo, sabes que podríamos haber tenido problemas por eso, ¿no? —reprochó molesto.

—¿Quieres que te pida disculpas así te quedas más tranquilo?, ¡pues disculpa señor perfecto!

—No quiero que te disculpes, solo espero que no sigas con la misma mala suerte todo el viaje. — Comenzó a reírse a carcajadas.

—¡No veo la gracia! ¡Me largo de aquí! —grité agarrando las pertenencias y llevándome mi cuerpo sucio fuera de su vista.

—¡Diana, espera! —lo escuché detrás de mí—. Ya no me reiré lo prometo.

—Más te vale, no estoy de humor.

Después del trayecto en taxi llegamos al hotel donde nos hospedaríamos. Se ocupó de conseguir las habitaciones que la empresa nos había reservado mientras me quedaba sentada en la recepción, intentando no seguir dando el espectáculo.

—Tenemos un problema —me informó cuando por fin terminó con el recepcionista.

—¿Más? No puedo con más, ¿qué ocurrió?, ¿no están reservadas las habitaciones?

—Sí lo están, había una reserva, pero solo una. Tenemos una para los dos...

—Eso no puede ser, Karen me dijo que todo estaba listo.

—Lo mismo me dijo a mí, pero parece que por algún error solo reservaron una. Intenté conseguir otra, pero el hotel está lleno por la convención. Podemos compartirla seguro tiene dos camas, vamos Diana soy un caballero.

—Eso lo sé, solo que... hmm yo, uf —las palabras no salían. De nuevo el recuerdo de Bruno llegó a mi mente. «Comprar pijamas y ropa interior sexy».

¿Qué más podría pasar? Mejor era no pensarlo porque ese viaje iba de mal en peor. En esa época del año Barcelona era un lugar bastante frío. Con mucha precaución empaqué el mejor de mis pijamas. Uno de borreguito muy infantil, pero tan calentito que no pude desaprovechar la oportunidad de llevarlo y estrenarlo. Con lo que no contaba es con que tendría compañía, pero estaba tan mono. Con su gorrito, enterizo y las orejas de borrego.

—Voy a llamar a Karen habrá algo que se pueda hacer. —Una, dos, tres, cuatro llamadas—. Maldita sea Karen, ¡contesta!

—¿Sí?, ¿Diana?

—Buenas noches, perdona que te moleste.

—¿Ya llegaste a Barcelona? —preguntó entusiasmada.

—Sí lo hice y de eso quería hablarte.

—¡No me digas!, ¿ya están en el hotel? Te tengo una sorpresa.

—Solo hay una habitación para los dos —contesté bajando la voz y alejándome de Adán.

—¡Lo sé!, ¿te gustó mi idea? Creo que necesitáis un empujoncito para tener algo más. Aprovecha, un hotel junto a la playa, cuatro días.

—Pero Karen yo, yo, yo.

—Ni Karen ni nada, ¡disfrútalo y quiero todos los detalles cuando regreses! —Sin más colgó.

Me quedé con cara de estúpida hablando sola, simulé un rato más como si tuviera una conversación hasta que decidí terminar despidiéndome de mí misma.

—Pues parece que hubo un error, pero que ya no hay manera de solucionarlo.

—Lo sé, es lo que te decía. Así que de nada sirven las lamentaciones; estoy cansado del viaje y muero de hambre, vamos a la habitación a soltar todo y creo que tú querrás darte una ducha.

—¿Tú crees? «Será desgraciado, aún se ríe de mí».

Al abrir la puerta de nuestra habitación descubrimos que solo había una cama de matrimonio. Si en algún momento se había ilusionado con dormir separados, los sueños se evaporaron. No dijo nada, solo se limitó a entrar, abrir su maleta y sacar las cosas.

Yo hice lo mismo. Una vez que ya tenía a la mano lo que necesitaba para ducharme, entré al baño. Escuché a Adán tras puerta.

—Diana, bajo al bar del hotel. Te espero allí.

—De acuerdo, no me tardo.

Ya no podía echarme atrás y arrepentirme. Estaba mentalizada. Planificaba cada detalle de cómo comportarme, mientras me dejaba la piel roja de tanto refregarme con el jabón. Cuando ya estaba envuelta en la toalla mi teléfono se escuchó, salí del baño con cuidado. Adán me dijo que estaría fuera, pero por si acaso le hubiese dado por volver, no quería enseñar de más. Ya le había enseñado todo a Bruno en varios errores míos. Y pensando en mi amigo justo él me estaba llamando. Una sonrisa de tonta se mostró en mi rostro, pero cuando la rubia vino a mi mente, se borró de un golpe.

—Ni creas que voy a contestar.

Lo dejé seguir sonando mientras me arreglaba para bajar a cenar. Siempre atendía sus llamadas y me encantaba hablar con él, pero me sentía molesta. Por aquella maldita rubia me pasó todo lo del avión, «¡No pienso culparme!».

La culpa siempre es de otro. Una vez lista salí de la habitación y me fui a buscar el bar. No me costó llegar, tal como dijo se encontraba esperándome.

—Hola... ya estoy lista —dije con timidez, volvía a ser la misma de siempre.

—Ya te veo, luces mejor ahora. —Sonrió.

—Tú también luces mejor sonriendo y no como un ogro, pero gracias por el cumplido. —Mostró cara de asombro y volvió a mostrar una sonrisa que desbordaba seducción.

—Perdóname, la verdad si estuve de muy mal humor estos días; siento si lo pagué contigo. Siéntate, tomemos algo antes de ir a cenar.

«¡Beber no, eso no!».

—Sí claro. —Sonreí. «¡Eres muy facilona!».

Una vez que estuvimos bien acomodados y con nuestras respectivas copas, me dije que no haría daño marearse un poco.

«Que rico está esto, soy toda una borracha. Debo presentarme en alcohólicos anónimos cuando regrese».

—Veras, sé que me porté como un idiota estos días.

—¡Camarero! Otra por favor —grité mostrándole mi vaso vacío.

No me juzguen, tenía que dormir con él y un pijama de borrego. Eso era una emergencia, mi cuerpo necesitaba estar ebrio para soportar la humillación.

«Thor perdóname, sé que te lo prometí muchas veces, ¡pero dame otra oportunidad! ¡Hazlo por nuestro amor platónico!, ¡te juro que cuando regrese no volveré a beber!».

El camarero llegó a donde estábamos trayendo con él mi segundo vaso de aquel elixir mágico que, borraba cualquier rastro de malos momentos en mí.

—Mi novia rechazó el anillo, por eso me comporté así. A la única que le había contado mis planes era a ti y me avergonzaba que me preguntaras sobre eso, me pidió tiempo para pensarlo. — Agachó la cabeza.

No es que me alegrara, ni mucho menos. ¡Claro que no! Verlo así de triste no es lo que quería, pero saber que ahora volvía a estar libre en mi mente que estaba dopada con extra de alcohol; la imagen de seducirlo vestida de borrego no se hacía tan loca.

«¡Ay sí!, ¡Adán está libre para mí!, ¡y yo me siento sexy!, ¡quiero bailar!, ¡quiero subirme a la barra como si fuera el bar Coyote y cautivarlo! Estoy tan emocionada que podría mover el trasero con la música del telediario».

—¿Me escuchaste?

—¡Sí papucho! —balbuceé con una sonrisa tonta y con los ojos caídos por mi poca resistencia al alcohol.

—¿Cómo?

—Nada, nada, ya sabes, no quiero seguir.

—¿Seguir con qué? —preguntó burlón—. ¿Ya se te pasaron las copas de nuevo?

—Puede ser.

—Anda vamos a comer, ya lo hablaremos cuando estés mejor.

No quería comer, necesitaba seguir bebiendo y seducirlo. Acabar con él en la cama sin necesidad de ponerme mi pijama y, sobre todo, molestar a Bruno con mi conquista, porque él me pasó esa rubia por la cara.

«¡Aggg! Estoy con Adán, ¿por qué apareces tú en mi mente Bruno?, ¡sal de ahí fuera!».

—¡Fuera!, ¡fuera!

—Diana, ¿a quién gritas?!, ¿quieres que me vaya?

—¡Ah!, ¡no! No era a ti hablaba... por teléfono.

—No veo ningún teléfono.

—Amm sí. —Busqué en mis manos. Maldita sea me había olvidado el móvil en la habitación—. Hablaba con Dios, soy muy creyente.

—De acuerdo, esto es raro.

«¡Deja de meter la pata y de pensar en voz alta!, ¡va creer qué estás loca!».

Me limité a sonreír y esperar si así se olvidaba de mi comportamiento. Llegamos al elegante restaurante del hotel, la verdad era un lugar muy bonito. No podíamos estar en un sitio mejor, hasta desde mi vista de ebria era una maravilla. Le agradecería a Karen por darme la oportunidad de pasar cuatro días en ese sitio. Intenté caminar con paso decidido y, sobre todo, en línea recta, aunque me estaba costando bastante.

«Un paso, otro, vamos otro más. Movimiento de cadera, tú puedes caminar como toda una súper modelo en una pasarela».

—¿Qué tienes?, ¿por qué caminas así?

—¿Yo? Nada, no sé porque lo dices.

¡Mierda! ¿Es qué nada me podía salir bien?

Seguí caminando con toda la elegancia que podía transmitir mi cuerpo y me dirigí a tomar la comida. Una vez logrado me senté en la mesa y me dispuse a comer. No dije una sola palabra en casi toda la cena, me limité a engullir todo lo que había puesto en el plato. Aquello no era comer, devoraba sin parar. Si fuera una vaca estaría rumiando la comida.

—¡Vaya! Da gusto verte comer con tantas ganas.

—Esto está demasiado rico.

Después de tener alimento en el estómago la sensación de mareo se hacía más llevadera.

—Mi novia es modelo. —Su rostro se tornó triste—. Bueno la que era mi novia, cada vez que salíamos a cenar contaba cada caloría que metía en su cuerpo.

—Yo no tengo ese problema, coma lo que coma no va cambiar lo que ya se ve; así que no pienso matarme de hambre.

—Tienes razón, solo que es raro para mi cenar con alguien que casi haya comido más que yo.

—Me alegro que te agrade, por eso mismo voy a repetir. —En otro momento me habría dado un poco de vergüenza, pero ese día todo me daba igual.

—Adelante come, tenemos cuatro días de trabajo por delante y tienes que reponer fuerzas.

Terminé de tragar todo lo que me puse por delante, además del postre. No podía dejar de probar ninguna de las delicias de aquel sitio, no sabría cuando se me presentaría otra oportunidad de pisar un lugar así. Había decidido que nada me amargaría ese viaje, pensaba disfrutarlo, comenzando con los sagrados alimentos.

—¿Quieres tomar otra copa en el bar?, ¿o nos vamos a descansar?

—Bueno... —Adán se quedó pensativo por un momento.

—Creo que mejor descansar, ¿no? Tenemos que madrugar.

—Será dormir entonces.

La verdad necesitaba otra copa, casi se me había pasado el efecto y recordaba que tenía que compartir habitación con él. Los nervios y el miedo regresaron a mi cuerpo mientras subíamos en el ascensor hacia la tercera planta. Adán abrió la puerta y los dos entramos.

—Ya estamos aquí. —Se veía incómodo—. Creo que ahora me daré una ducha antes de ir a dormir.

Entró en el baño y aproveché para buscar entre la ropa algo que ponerme que no fuera tan vergonzoso. No podía dormir vestida y menos en ropa interior, no sé qué era peor: ponerme mis bragas y sujetadores salidos del convento o el famoso pijama.

«¡Vamos, tú puedes! Está precioso, ¡delante de Bruno te lo pondrías sin pensarlo! Y él te diría algo pervertido como: ¿quieres qué te haga balar a gritos?».

Me reí ante ese pensamiento y saqué valor para ponérmelo. Hacia bastante frío así que puse la calefacción de la habitación. Me metí bajo las sábanas y me tapé con las mantas casi hasta la cabeza. Adán salió del baño envuelto con una toalla por la cintura.

«¡Dios!, ¡qué cuerpo! No mires, ay mi borrego se mojó. ¡Borrego pervertido!, ¡¿por qué piensas en lo que tendrá bajo la toalla?! ¡Deja de mirar!, ¡te lo ordeno! Pero míralo, ¡qué pecho, qué brazos, qué abdomen!, ¡ay Dios mío dame fuerzas!, ¿será qué podré tocarlo cuando duerma?».

Lo vi agarrar un bóxer y adentrarse de nuevo al baño. Dejé escapar el aire contenido, no debía mirar, pero lo hice. Lo observé y mucho, más bien no le quité la vista de encima. Si él se viera en el espejo se daría cuenta que llevaba un par de ojos pegados a su cuerpo. El corazón se descontroló de nuevo al verlo salir sin toalla. Solo llevaba un bóxer negro que se ajustaba a su cuerpo, a todo su enorme cuerpo. Porque lo que sea que ocultara bajo la ropa interior debía ser gigante.

«¡Es un calcetín, eso es! No es real, seguro se colocó algo ahí para aparentar tener más. Quiere provocarme, ¡no le hace falta! Ya estoy provocada. ¡Ay, ay, ay! Quiero una ducha de agua fría, pero no puedo salir de aquí con mi pijama».



—Espero que no te importe que duerma así, puedo ponerme alguna camiseta si te incomoda, pero es que soy bastante caluroso.

—No... no te preocupes —dije con un hilo de voz.  
«Quédate así mi amor, estás hermoso».

—De acuerdo. —Me miró como si no estuviera seguro de mi respuesta. Se acostó junto a mí y colocó la sabana por la mitad de su cuerpo, dejando cubierto lo que había provocado mucho de mis pensamientos—. Puse el despertador mañana tenemos que madrugar, espero tengas sueño.

—Sí, muchísimo sueño. Voy a caer muy rápido.

Adán apagó la luz y a pesar que la cama no era demasiado grande, logré mantener una distancia prudencial. No porque no quisiera rozarme con él, sino porque no confiaba en mis hormonas.

«—No puedo controlarme si te pones ese pijama —susurró a la vez que sus manos tocaban mi cuerpo bajo las mantas.

—¡No te controles! —Tiré todas las colchas fuera de la cama mostrando en todo su esplendor, la sensual imagen mía embutida en el pijama de borrego.

—¡Si sigues así te voy a comer entera!

—¡Cómeme! —exigí tirándome sobre él, apoderándome de sus labios como si ya fueran míos.

Sus manos fueron hacia mi cuerpo despojándome de aquellas ropas que lo habían seducido.  
¿Ves Bruno?, no necesitaba ningún camisón, ¡toda yo le pongo!  
Me derretí al sentir sus besos recorriendo cada parte que iba quedando expuesta.

—¡Ay!, ¡sigue!, ahí me gusta».

—¡Joder! ¡¿quién encendió la luz?! —grité al ser interrumpida.

—Yo, tenías una pesadilla. Estabas quejándote: ay, ay, ay, algo así decías.

Dos fuegos se instalaron en mis mejillas, «ahora sí, tierra trágame».  
Tras el bochorno logramos volver a dormir y pasar la noche sin más interrupciones.

# Capítulo 11: Soy una sirena

---

El sonido de la alarma interrumpió el silencio de la habitación. «No quiero levantarme, se está tan bien aquí». Había olvidado todo lo ocurrido el día anterior. Mi mente estaba en mi cama, en mi casa, en un día normal. Sentía otro cuerpo junto a mí; de hecho, estaba sobre el intruso.

—Que bien hueles —balbucee adormilada sin abrir los ojos.

—¿Estás cómoda? —En ese instante regresé a la realidad. No estaba en mi casa, ni en mi cama y el otro cuerpo que estaba allí, no era otro que el de mi compañero de trabajo.

—¡Adán!

—El mismo al que estás estrujando. —Sonrió—. Ya es hora de salir de la cama, tenemos una cita importante con varios inversionistas interesados.

Como si me hubiesen colocado un muelle en el trasero, me aparté de su cuerpo

—Ya toca levantarse. —Sin recordar mi vergonzoso atuendo, quité las mantas y me levanté camino del baño ante la mirada de Adán.

—Bonito pijama —dijo mordiendo sus mejillas para no estallar en una carcajada.

—Es que no soporto el frío. «¡Joder!». —Tanto que lo había querido ocultar y ahí estaba mostrándome en todo mi esplendor—. Si no te importa, ¿puedo entrar primero al baño?

—Sí, adelante. Solo no te tardes que se nos pegó las sábanas.

Agarré mi ropa y corrí para ocultarme. Estaba nerviosa, solo esperaba que mis hormonas no me siguieran traicionando. Escuché mi teléfono sonar en la habitación, pero no me preocupé. Cuando saliera vería quien me llamaba. Una vez estuve lista, escapé del baño.

—Llamaron a tu teléfono, era un hombre.

—Lo escuché, ¿cómo que era un hombre?, ¿acaso contestaste?

Estaba segura que era Bruno, no había otro hombre que me llamara, él o mi padre; y no lo hacía muy a menudo. Estaba molesta por el atrevimiento de mi compañero. Tomé el teléfono para comprobar de quien era la llamada y vi que había sido mi amigo. Un mal estar me recorrió. Me dolía que pensara que estaba con Adán en algo más que un viaje de trabajo. Aunque no creía que eso le importara. Lo recordé llevando a esa chica a casa y el enfado contra mi acompañante se disipó.

—¿Hice mal en contestar?

—No debiste, eso puede dar pie a que la gente piense mal.

—Lo siento, no lo pensé de esa forma. Tienes razón, discúlpame. Si quieres puedo aclararle a tu... ¿novio?

—No es mi novio, es mi amigo. —No entendía porque esa afirmación me provocaba tristeza, ¿acaso quería que Bruno fuera más que mi amigo?

Me encontraba en un hotel maravilloso, compartiendo habitación y cama con un hombre guapísimo y mi cabeza en lugar de estar ahí, estaba con mi compañero de piso.

—No te preocupes, así está bien. La próxima vez pregúntame antes de contestar.

—De acuerdo así lo haré y de nuevo, lo siento.



La mañana transcurrió con rapidez, entre bajar a desayunar y la cita que teníamos con los futuros accionistas nos mantuvo ocupados. Adán era un profesional en su trabajo. Yo a pesar de poder aspirar a ser más que una secretaria, hacía mi cometido con gusto. El día había estado soleado para la época del año, conforme pasaban las horas me ilusioné con ver el mar. No había tenido muchas posibilidades de visitarlo viviendo en Madrid, a eso había que agregar que, me daba vergüenza ponerme bañador, la playa no era de mis lugares más visitados. Amaba el mar, tanto que quisiera perder el miedo a mostrar mi cuerpo. Cuando terminamos de trabajar él decidió retirarse a descansar y yo aproveché para irme a caminar por la arena.

El paseo marítimo se encontraba poco transcurrido a pesar del sol que lo había adornado durante el día. Pasé la tarde dejando que la suave arena se deslizara por mis pies desnudos, disfrutando el aroma a salitre, escuchando a las olas arrullarme. Mi mente daba vuelta a todo lo pasado y siempre llegaba a la misma conclusión, Bruno y mil veces Bruno.

«¿Por qué no dejo de pensar en él?».

En algún momento de mi trayecto decidí sentarme, me sentía tan relajada que no me percaté que se había hecho de noche. Mi única compañía era el aire nocturno, no había un alma en toda la playa. A mi espalda se encontraba el hotel, pero aun así el lugar parecía desierto. El ansía por sentir en la piel el mar, nadar en sus frías aguas sin temor a lucir mi cuerpo, me provocó hacer una locura.

«Ya me ocuparé del resfriado después».

Observé mi alrededor asegurándome de no ser vista, comencé a desvestirme hasta quedarme en ropa interior. El frío comenzaba a calar hasta los huesos, pero nada importaba, necesitaba saltar al agua y sentirme libre. Observé mis curvas y decidí que lo mejor sería nadar desnuda para no regresar con la ropa mojada. «Vamos todo fuera, no hay nadie. ¡Cómo Dios me trajo al mundo!, ¡me siento la sirenita

Ariel!».

Me lancé al agua sin importar nada, después de varios días horribles por fin me sentía feliz. Nada me estropearía el momento. La voz de un hombre llamándome me sacó de mi transformación en la sirenita de Disney. Eso no me podía estar pasando, lo peor es que solo distinguía el bulto, había dejado mis gafas con toda mi ropa en la arena.

«¡Qué no sea Adán!, ¡qué todo sea una alucinación!».

Pero para mí mala suerte reconocía aquella voz, era él. Estaba llamándome, por puro instinto de supervivencia o más bien suicida, decidí nadar en sentido contrario a la orilla e irme cada vez más profundo.

«¡Prefiero ahogarme!».

Era una pésima nadadora. Entre el frío, los nervios, las olas y que ya no lograba tocar con los pies el fondo; acabó por darme un tirón en la pierna. Me dolía tanto que no lograba mantenerme a flote y ahí, me di cuenta que no deseaba perecer.

—¡Socorro! ¡Aquí! ¡Me ahogo! —gritaba cada vez que lograba sacar la cabeza del agua.

Estaba desesperada, ya no me importaba que me viese desnuda. ¡Qué más daba!, si ya me había exhibido sin querer demasiadas veces, por uno más que me viera no haría la diferencia. Quería ver a mi Bruno. Sentí como tiraban de mí y me sacaban del agua, pero me sentía agotada. Había tragado más agua de la debida y solo podía dejarme llevar.

«Es mi padre el rey del mar que me lleva de nuevo al fondo para que no vea a mi príncipe Erik». Sentí la arena y una boca sobre mis labios. «¡Sí! ¡Mi Erik! Ahora es cuando me pongo a cantar con mi maravillosa voz de sirena para dejarlo enamorado».

Y aunque al final no fuera un príncipe, ni aquello un beso de amor sino de oxígeno y, la canción fue el sonido de las arcadas escupiendo el agua; al abrir los ojos un hermoso hombre empapado con su ropa pegada al cuerpo, me miraba con preocupación. Veía mover sus labios como si hablara, pero no escuchaba lo que decía.

—¡Mi héroe! —Lo observé con cara de idiota sin percatarme que estaba desnuda, hasta que su vista bajó del rostro a mi cuerpo.

«¡Dios, estoy con Adán en el paraíso y la hoja de plátano de tamaño metro que debía cubrir mis partes, desapareció!».

Al percatarme de mi situación intenté taparme; aunque mis dos manos no eran suficiente, no sabía dónde comenzar a cubrirme. Al darse cuenta de mi vergüenza, se incorporó y caminó hacia el montón de ropa que había dejado en el suelo y trajo consigo lo primero que agarró. Nervioso estiró su mano hacia a mí sin darse cuenta lo que me estaba dando.

—Toma tu camiseta —dijo casi sin mirarme.

Mis ojos se abrieron con asombro. Frente a mí, en sus manos no estaba mi camisa, ¡sino mis enormes bragas! Al ver que estaba en shock, miró lo que sostenía sin percatarse aún de lo que era. La agarró con ambas manos estirándolas para ver porque permanecía quieta sin tomarla para cubrirme. En ese

momento reaccionó. Sin pensarlo me levanté y salí corriendo desnuda hacia donde estaba mi ropa. Logré cubrirme con la camiseta. Después de un silencio incomodo, ambos quedamos tirados en la arena riéndonos de la situación.

—Creo que ahora necesitamos un trago. —Se llevó las manos al estómago sin poder parar de reír.

—¡Yo me pido una botella entera!

Su mano agarró la mía y me ayudó a ponerme en pie, dándome mis maravillosas bragas que aún sostenía en sus manos.

—Venga Diana, termina de vestirme y vamos al hotel. Quiero quitarme esta ropa y celebrar que seguimos vivos.

# Capítulo 12: Alcohol, pasión y unos ronquidos

---

Tras el susto de mi casi muerte ahogada, nos dirigimos al hotel. No podía evitar mirarlo y quedarme embobada ante la imagen del hombre que me había salvado la vida. Una vez en la habitación aprovechamos para darnos una ducha rápida, para mi desgracia, por separado.

—¿Estás lista? Si te sientes mal podemos quedarnos.

—No, para nada. Necesito evadirme, lo que no sé si será buena idea, mañana tenemos que trabajar.

—Sonreí de un modo angelical.

—Tienes razón, pero no todos los días estamos en un hotel así, ¿no?

—¡¿A qué esperamos?!, ¡vamos a quemar el bar!

Dolores D. parto, la Dolores de la que todo el mundo se reía la iba a dejar ahogándose en el mar. Ya era hora de rebelarme contra mi propio yo. Toda la vida estudiando, metida en mi burbuja de buena niña. Tenía derecho a hacer locuras y cometer errores, comenzando por amanecer con resaca un día laborable.



*El bar del hotel media botella después.*

—La que decía que no le gustaba el whisky. —Ladeó su cuerpo sentado en el taburete de la barra para mirarme con burla.

—Y no me gusta, ¡camarero! —Hice la señal para que volviera a llenar mi vaso.

—No quiero verte bebiendo algo que te guste, acabarías con todo el bar solita.

Mi aguante alcohólico era mucho menor al de él. Mientras yo estaba en un estado penoso, a Adán apenas se le notaba un poco en los ojos que estaba afectado por la bebida. Algo había cambiado en su manera de mirarme. Desde la escena de la playa se había mostrado cariñoso, me observaba a cada oportunidad. Parecía que quería comerme con los ojos. «Tendrá hambre y la bebida le estará haciendo imaginarme en traje de filete».

—¿Qué te parece si bailamos?

—¿Bailar?, ¿yo?, ¿conmigo? —Estaba deseando mostrar mis movimientos de borracha que tenía

reservados.

Sin esperar y de una manera fuera de lo usual, me acercó una de sus manos, casi haciendo una reverencia. Como quien invita a bailar a una princesa. Miré a mi alrededor buscando a la afortunada que rozaría su cuerpo con él. A mi alrededor en esos momentos solo se encontraba el camarero que, era demasiado masculino para el gusto de mi acompañante.

«Uy tiene su punto, ¡no me había fijado! ¡Después le pediré su número de teléfono!».

—¿Yo? —Sonreí mostrando hasta el último arreglo de mi ortodoncia, no podía creer que quisiera bailar conmigo.

No contestó, solo me dedicó una mirada coqueta y un guiño de ojo.

«¡Quiero un hijo tuyo!».

Me tomó por la cintura y me acercó a su cuerpo.

—¡Ay! —suspiré provocando una extraña exhalación al sentirlo tan cerca.

Me emocioné al sentir el fibroso pecho junto al mío y su cara rozándose con mis mejillas. Por instinto coloqué mi rostro en la curva de su cuello. Intentaba recobrar la compostura y que mis piernas lograran mantenerse en pie.

—¡Qué olor! ¡Ay! —era vergonzoso no lograr callarme.

—¿Decías? —susurró en tono seductor junto a mi oído.

La música que sonaba no era para bailar abrazados; sin embargo, se empeñaba en fusionar su cuerpo con el mío. Sus manos comenzaron a trazar el camino de mi columna, hasta llegar a la espalda baja. Si no fuera porque el alcohol me tenía anestesiada varias partes del cuerpo, hubiese pensado que ejercía un fuerte agarre en mi trasero.

—¡Ah, qué rico! —era vergonzoso los sonidos lujuriosos que escapaban de mi garganta.

Las hormonas me traicionaban, era la primera vez que sentía que un hombre me tocaba de un modo casi indebido. «¡Qué no lo haya escuchado por favor! ¡Dios!, ¡ni Dios ni nada, Lucifer! Esta noche quiero quemarme en las llamas del infierno, ¡Vicky tiene razón, es hora de revolcarme con alguien!».

Adán al ver la reacción de mi cuerpo no dudó. Comenzó a tocar con descaro, subió hasta mi barbilla obligándome a mirarlo. En un gesto cariñoso su nariz chocó con la mía. Sonreía de tal modo que parecía un rito de seducción. Su boca entró en contacto con mis labios, primero fue solo fricción, probando hasta qué punto estaba dispuesta a llegar. Me dejé llevar por el momento y entreabrí los labios. Su insaciable lengua recorrió cada recoveco de mi cavidad, entrelazándose con la mía que, entre el alcohol y la inexperiencia, luchaba por seguir el ritmo.

«¡Mis bragas!, ¡¿dónde están?! La última vez que las vi salían de mi cuerpo alborotadas y se iban volando fuera de aquí, esto debe ser un sueño».

Estaba ebria. Sabía que al día siguiente me arrepentiría, pero no en ese momento. Como siempre mi mala suerte no se hizo esperar, sin previo aviso tuve que separarme y correr hacia los baños.

«¡Joder!, ¡voy a echar hasta la primera papilla que me dio mi madre!».

Me adentré en el primer cubículo y expulsé todo lo ingerido, hasta el poco sentido común que me quedaba.

Alguien tocó la puerta.

—¿Diana te encuentras bien?

«No puede ser, me siguió hasta aquí».

—¡Sí! —grité espantada—. Ya voy a salir.

Me limpié antes de mostrarme ante él. No quería mirarlo, si no hubiera logrado quitarme de su agarre, estaría ante una escena lamentable.

—Ven, vamos a la habitación. —Colocó su brazo por encima de mis hombros y me sacó de allí.

En el interior del ascensor comencé a sentir pánico. Me observaba con rostro risueño. Intentaba acomodar mi cabello, como si ese milagro fuera posible en mis greñas. Con descaro introdujo la mano en él y lo soltó dejándolo libre cayendo sobre mi espalda. Mordió su labio inferior y paseó la lengua por la comisura de su boca, como si mi imagen le provocara pensamientos obscenos. Mi piel se erizó, temblé, además de sufrir otras reacciones como la de necesitar una llamada a los bomberos porque tenía un fuego entre las piernas.

«¡Necesito una manguera!».

—¡Ay! —gemí nerviosa viendo como la distancia que quedaba entre los dos se acortaba.

Nunca un viaje en ascensor se me había hecho tan largo, sentía que las paredes de aquella caja de metal iban cerrándose dejándome atrapada. La claustrofobia entre otras tantas sensaciones, me hacían querer saltar sobre él. Me acarició la mejilla, bajó a mi cuello y con uno de sus dedos comenzó a tocar el escote de la camisa. Sin detenerse desabrochó algunos botones dejando a la vista parte del pecho. Me salvé por el elevador llegando a su destino. Las puertas se abrieron y él agarró mi mano para sacarme de allí, con una mirada lujuriosa. Abrió la puerta de nuestra habitación y sentí que tenía que escapar o me daría un infarto.

—¡Tengo que ir al baño! —Corrí a encerrarme, aunque fuera unos minutos a controlar mis nervios.

«Venga, esto alguna vez tenía que pasar. Ya tardaste mucho, ¡míralo! ¡Qué hombre! ¡¿Cuándo en tus años de vida te imaginarias con semejante macho?!».

Me di fuerzas, mentalizándome que así tenía que pasar. Aproveché para lavarme los dientes y observar mi imagen en el espejo. No entendía que podía ver en mí. Bruno llegó a mis pensamientos, hasta en aquellos momentos su torturador recuerdo se aferraba a mi mente. ¡Pijamas y ropa interior nueva! No podía imaginarme que algo así a estas alturas de mi vida me fuera a pasar. Ya me había resignado a vivir con telaraña entre las piernas. Porque del poco uso que le di a esa parte, como mínimo ahí debería vivir una viuda negra.

—¡Ahora o nunca! —Llenándome de valor y casi en zigzag, salí del baño—. ¡Dios mío! —alcancé a decir antes que la mandíbula cayera al suelo ante la imagen que tenía frente a mí.



Adán estaba desnudo, esperándome junto a la puerta. Evitando que escapara y, sobre todo, mostrando que lo que la noche anterior escondía bajo el bóxer, no eran calcetines.

«¡¿Ay por qué?! ¿Es qué no hay compasión? ¡Pedí un bombero no un caballo! Me va dejar sin poder sentarme una semana o peor aún, después de esta noche voy acabar en silla de ruedas».

Como león ante su indefensa presa, con una mirada de prepotencia a ser consciente de su atractivo y, del poder que cargaba en su cuerpo, se acercó a mí. Quedé aprisionada entre sus fuertes brazos. Su boca alcanzó la mía y cualquier duda o miedo que pude tener segundos atrás, se fue ante aquel contacto. De nuevo las hormonas traicioneras lograron ponerme en ebullición. Enredé mis brazos alrededor de su cuello y sentí apretándose contra mi vientre, la alegría que mi reacción le provocaba. Cerré los ojos sintiendo cada caricia de sus labios, imaginando en cada beso a Bruno. Se separó de mi boca que se resistía a prescindir de ese contacto, queriendo seguir en aquella ensoñación con mi mejor amigo. Con rapidez abrió mi camisa y me despojó de ella. Aún no me había hecho a la idea de estar solo en sostén, lo desabrochó de un solo movimiento. Llenó sus manos con mis pechos, recorriendo un camino de besos hasta llegar a ellos y tomarlos con su boca. Sin dejar un solo rincón libre de su asalto. Dejé escapar un gemido ahogado.

«¡Eres una fácil!».

Me gritaba a mí misma, pero como no serlo. La Diana de los cuentos de hadas esperando por el príncipe azul, se cansó. No iba mantenerme casta y pura por siempre. Quizás ese hombre que esa noche parecía de la realeza, en la mañana se convertiría en tremendo sapo con verrugas. Seguro me dejaría el corazón roto, pero ya estaba decidido. Su boca seguía ocupada haciendo que me perdiera en el borde de la locura, sus manos abrieron mi pantalón y, junto con lo que quedaba de la ropa interior, las bajo por mis piernas. Había llegado la hora de la verdad, volvía a estar desnuda ante él. Un gruñido escapó de su garganta. Como un depredador me empujó sobre la cama, asustándome. Antes que reaccionara, sus manos separaban mis rodillas y me hizo sentir el cielo. Quería escapar y, a la vez quedarme en el delicioso éxtasis de tener su boca poseyendo una parte de mi cuerpo, jamás expuesta a otro hombre. Me dejé llevar por todo lo nuevo que me estaba ofreciendo y por las sensaciones que me proporcionaba. No entendía el funcionamiento de mi mente, ni porque mi cuerpo reaccionaba de ese modo. Al cerrar los ojos solo una persona estaba en mi cabeza.

«Bruno, Bruno, Bruno».

Si con alguien quería estar viviendo aquello, era con él. Si había soñado mi primera vez era con mi amigo y aunque él no me correspondía, lo amaba. Sabía que no podía esperar hasta que fuera una anciana a las puertas de la muerte. Aun así, había una sola cosa que me quedó clara, no estaba preparada para dar ese paso con Adán. Porque obsesionarme con él no era más que un espejismo, para así no sufrir día tras día sabiendo que mi amistad con Bruno no sería más que eso.

Quizás por eso elegí un inalcanzable, un hombre demasiado hermoso para ser verdad. Alguien que cualquier mujer desearía a su lado y solo ir con él paseando, levantaría la envidia de cualquiera que mirara. Eso era, un imposible, un amor platónico como el que sentía a mi superhéroe favorito. Adán era mi Thor cercano. Babeaba por él, pero no lo amaba. Eso siempre le perteneció a Bruno y sabía que debía olvidarlo, quizás la hermosura de hombre que estaba llevando al borde de la locura, me ayudara con eso. Pero si debía entregarme, tendría que ser cuando sacara de mi mente a mi amigo.

Había aclarado mi mente, pero no sabía cómo poner fin a lo que estaba ocurriendo en aquella habitación. Se veía decidido y no parecía aceptar un no estoy preparada como respuesta. Sentí los besos subiendo desde el nido de la viuda negra hacia mis pechos. Sus rodillas separaron más mis piernas, colocando su cuerpo entre ellas haciéndome sentir que aquella parte desproporcionada, estaba latiendo con ganas de hacerme gritar. Así que hice lo que debía, tomé la decisión más valiente, inteligente y que me dejó orgullosa de mí en el estado ebrio, me hice la dormida.

Sabía que su ego quedaría arrastrado, también imaginaba que sería la primera vez que su boca jugaba con una mujer y la reacción de ella era dormirse. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? Tomé el camino fácil y, en la mejor actuación de la historia de mi vida, hasta dejé escapar de mi garganta algunos ronquidos.

# Capítulo 13: De regreso a la realidad

---

De nuevo, para no perder la costumbre, despertaba acordándome de toda mi familia al escuchar el sonido del despertador. Tenía una resaca tremenda, una que amenazaba con dejar inútil mi cerebro. Adán se quejaba mientras le daba un manotazo a su teléfono para apagar ese sonido infernal. Al escucharlo y, sobre todo, sentirlo; porque estaba pegado a mí y por lo que llegué a notar era de despertar feliz. Las pocas neuronas que hicieron contacto tras mi noche loca, me hicieron recordar todos y cada uno de los detalles del día anterior.

«¡Estoy desnuda y él también!». Su mirada se cruzó con la mía mientras su mano parecía estar pegada a uno de mis pechos.

—Buenos días Dianita, ¿descansó bien la bella durmiente?

«Juraría que lo dijo con sarcasmo».

—Sí, eso creo. —Bajé la mirada hacia donde se encontraba su mano a la vez que intentaba taparme.

—No hace falta que te cubras, si ya nos vimos todo. No vas a sentir vergüenza ahora de mí, ¿no? De hecho, creo que podríamos acabar lo que anoche se nos quedó a medias, ¿te parece? —La mano que tenía en mi pecho bajó hasta colarse entre mis piernas, provocando que las cerrara con rapidez.

—¡No! —grité—. No estoy preparada.

—¿Cómo?!, ¿te arrepientes de lo que paso?

—No es eso, es que yo... «¡Cómo le digo que soy virgen!». Es que nunca estuve con un hombre.

—¡Ah! ¿Eres lesbiana? Ayer no lo parecías. —Por su expresión, parecía que esa era la única explicación que su ego herido soportaba tras mis ronquidos nocturnos.

—¡No! Otro como mi padre. No es que no quiera estar con un hombre, ¡sí quiero! Pero no tuve oportunidad.

—Espera entonces... ¿a tu edad? ¡No puede ser!

—¡Pues sí que puede ser! —Estaba molesta, ¿por qué no podían comprender que esperaba algo especial?

—Tranquila, digamos que eres como un diamante único, algo muy difícil de encontrar en estos tiempos.

—¿Un diamante? O sea que si me vendo por kilos me hago millonaria. «Ya venden de todo por internet. Tendré que plantearme llevar mi redondo cuerpo con el carnicero, para que me descuartice y me venda como carne única e irrepetible».

—Bueno; creo que, si no estuvieras interesada en mí, no habría pasado lo de anoche. Así que puedo esperar hasta que estés preparada. —Abrí los ojos con asombro.

—¿Eso quiere decir que tú no te arrepientes?

—Justo eso intento decir. Si quieres podemos ver hasta dónde logramos llegar, ¿no?

La emoción recorrió mi cuerpo. Tanto, que hasta me olvidé que estaba mostrando las vergüenzas ante aquel adonis. No solo estaba dispuesto a esperarme, sino que también quería ver hasta donde podíamos llegar. El anillo de poder y una proposición de matrimonio vinieron a mi mente. Me dejé poseer por el espíritu de cupido y me lo imaginé sacando una nueva joya, esta vez dirigida a mí y claro, al tamaño de mis dedos.

—¿Te encuentras bien? —preguntó al ver que no contestaba.

—¡Ah! ¡Sí, de maravilla! —Salté de la cama de felicidad y me dirigí al baño sin importar mi desnudez—. Me parece perfecto.

Me dedicó una sonrisa seductora antes que desapareciera en el interior del sanitario.



A partir de ese día se comportó como todo un caballero, bueno casi. Porque aprovechaba la mínima oportunidad para no dejar ni una parte de mi cuerpo sin tocar. Hasta que comprendió que ese viaje y esa habitación de hotel, no se llevaría lo que tantos años había estado guardando para el hombre de mis sueños. Antes tenía que organizar mi mente y tener claro que es lo que me estaba pasando con Bruno.

Los días pasaron y después de un viaje en avión mucho más tranquilo que el anterior, donde me limité a beber agua y a no levantarme al baño así estuviera a punto de hacérmelo encima, llegamos de nuevo a nuestro destino. De vuelta a nuestra vida normal. Al llegar al aeropuerto no había nadie esperándome y, aunque, en cierto modo era lógico; deseaba ver el rostro de mi amigo. Desde aquella mañana que Bruno llamó no recibí más ni una sola llamada ni mensaje suyo. Me quedaba la esperanza que él estuviera esperándome a mi vuelta, pero no fue así.

—Vamos, volvamos juntos en un taxi. Primero que te pase a dejar a ti.

—Está bien —dije sonriendo a pesar que el no ver allí a Bruno me había afectado más de lo que esperaba.

Tal como dijo Adán el taxi me dejó en la puerta de casa. Para mi sorpresa me pidió que esperara y salió del auto para abrirme la puerta. Jamás habría pensado que aquel hombre fuera tan detallista, pero le seguía faltando algo.

—¿Quieres que te ayude a subir el equipaje? —Negué con la cabeza.

—No te preocupes, mis amigos estarán en casa seguro me ayudarán.

—Está bien, entonces nos vemos mañana en la oficina.

Tomándome por sorpresa me besó como si quisiera quitarme la ropa en plena calle. Después de dejarme con las piernas temblando, cuarenta de fiebre y una sonrisa de tonta, volvió a subir al taxi y se marchó.

Entré con la maleta y miré la escalera. Me arrepentí de no aceptar su ayuda, odié aquel edificio sin ascensor. Tomé mi teléfono y marqué a Bruno, nadie contestó. Después marqué a Vicky que al saber que estaba esperando, salió medio desnuda y descalza corriendo para recibirme.

—¡Amiga! —gritó antes de saltarme encima.

—¡Vicky! Me vas a tirar, vengo cansada.

—Vamos niña, te ayudo a subir los bultos. Ahora me cuentas con detalle todo.

La palabra detalles hizo que dos tomates se colaran en mis mejillas. Acordándome de lo que había pasado con Adán y de todos los besos que me estuvo robando después de ese día.

—Créeme, tengo demasiado que contarte —murmuré.

Llegamos al departamento con la lengua fuera. Algún día tendríamos que buscar un lugar con ascensor. Aunque contando que el único ejercicio que hacía era el bajar y subir, tenía que agradecer que no pusieran uno para no aumentar más mi pasividad.

—¡Cuéntame todo! —dijo agarrándome del brazo y tirándome en el sofá—. Soy toda oídos.

Comencé a relatarle desde el comienzo. Quizás omitiendo algunos detalles, como el que terminé el vuelo manchada de pipí o que me llevé un pijama de borrego para dormir con Adán. Si ella supiera eso estaría medio año riéndose. Así que fui directa a la parte importante y le expliqué cómo mi príncipe exprometido me sacó del agua, como fuimos a divertirnos y lo que ocurrió después.

—¡Ah! ¡No me lo puedo creer! ¡Sexo!, ¡mi monjita tuvo sexo!

Intenté detenerla antes que lo publicara en todas las redes sociales, lo mandara como cadena en el WhatsApp, fuera puerta por puerta a todos los vecinos. Pero, sobre todo, antes que se lo contara a Bruno.

—¿Quién dijo sexo? —se escuchó la voz del que no quería nombrar.

«¡Joder no! Él no se tiene que enterar».

—¡Nuestra Dianita, Bruno! Pasó toda una noche de lujuria y pasión con un hombre muy dotado y desnudo, pero lo mejor es que ahora son algo así, ¡como novios! —gritaba eufórica contando mi intimidad sin ningún reparo.

—¡Vicky! —Me horroricé—. No hubo sexo, no al completo. Y no dije que fuéramos novios, solo que...

—Nada, ahora no te hagas la decente, ¡eres toda una guarrilla!

Miré a Bruno para intentar ver sus pensamientos a través de su expresión. ¿Qué podría estar pasando por su mente? Pero, aunque por un momento pude ver tristeza en su rostro, se recompuso con rapidez. Dio una media sonrisa y solo dijo:

—Me alegro por ti. —Sin más agarró sus llaves y se marchó.

—Está de un rancio desde que te fuiste, ha estado insoportable. No eres la única que ahora se anda viéndose con alguien, ayer trajo a casa a una rubia. Sam se llamaba, creo que Samanta era su nombre completo. —«¡Volvió a traer a esa rubia! Y yo sin acostarme con Adán por pensar en él y mientras, ¡él revolcándose con esa mujer!»—. ¿Estás bien? Parece que fueras a echar rallos laser por los ojos.

—¡Ah! —Agarré un jarrón y lo tiré contra la pared a modo de desahogo.

Estaba celosa, rabiosa. Si seguía así mi piel se iba a teñir de verde y me iba a convertir en Hulk.

—¡Ay dios! —Vicky se tapó con un cojín—. Voy a llamar a la perrera, tengo una perra con rabia en casa.

Tras eso, escapó corriendo camino de su habitación.

—¡No tengo rabia! —Aunque no estaba del todo segura si de la ira que contenía, me pudiese salir espuma por la boca.

Quería romper todo lo que había en la casa, pero ¿por qué? Me odiaba a mí misma. Yo podía estar pasándolo bien con Adán, pero Bruno ¿no podía estar con otra mujer? Desde cuándo me había vuelto tan egoísta. Tenía claro que él no quería más que una amistad conmigo. Por eso mismo me atreví a intentarlo con Adán. ¿Por qué aun así me molestaba tanto el saber que estaba con otra?

# Capítulo 14: Una borrachera y un muñeco Thor

---

Pataleé hasta el cansancio. Lloré de rabia. Le hice la cera a mis peluches para que ellos vivieran el sufrimiento de lo que es ser mujer. Practiqué boxeo con ellos. Hasta que caí rendida de tanto hacer berrinches por la noticia de que Bruno, seguía viéndose con esa mujer. Me sentí una niña pequeña, sin posibilidades. Porque podría luchar, podría meterme por sus ojos como vulgar guarrilla, pero ¿quién me enseñaría a comportarme así?

«¿Será que Vicky me daría clases?, quizás si le pregunto se ofende».

Estaba falta de experiencia y sin ideas. La felicidad que había sentido esos días como adolescente pre enamorada se había marchado, como se va el agua por el desagüe cuando quitas el tapón. Nunca fue mío, pero hasta ese instante, él no había tenido nada serio como para restregármelo por la cara. Esa Samanta hasta conocía nuestra casa. Seguro también conocía su cama y eso me mataba de celos.

Y en esos momentos, cuando necesitaba una amiga con la cual despotricar de los hombres. La única que tenía, se metía en su habitación para no enfrentarme en ese estado. Aunque la verdad con ella podía hablar de muchas cosas, pero no de lo que sentía por Bruno. Porque si se enterara, sería capaz de amarrarme desnuda a la cama de él. No podía seguir así. Tenía que deshacer la maleta y descansar para trabajar al día siguiente. En eso debía pensar, seguro cuando viera a Adán de nuevo esa pataleta desaparecía.

«¡Pero ahora duele! Quiero meterme la mano en el pecho y darle mi corazón a comer a los perros callejeros».

Siempre fui una persona racional, responsable. Que afrontaba los problemas y salía adelante. Así que me iría a descansar y al día siguiente me levantaría temprano con las ideas claras. Pero nada es tan fácil como se pensaba o más bien resultaba fácil pensarlo, pero no llevarlo a cabo. Ya no era la misma chica de años atrás, para bien o mal mi forma de ser estaba pasando un extraño proceso. Y el cambio comenzaba con el alcohol, me llamaba como cantos de sirena a los marineros. Una voz angelical que llegaba desde la cocina llamaba a mis oídos. Como si estuviera hechizada por la botella, me acerqué y la tomé entre mis manos. La observé, la destapé, paseé por mis fosas nasales aquel líquido. Recordé todos y cada uno de los ridículos provocados por mi estado ebrio, sopesé los pros y los contras de la situación. Al final acabé rendida por el encanto de perder la conciencia y no sentir este dolor que tenía en el pecho.

Iba a borrarme los recuerdos y perder cada neurona de mi cerebro, pero si lo iba hacer, no sería sola. Coloqué el vaso y la botella en la mesita de la sala. Cualquier mujer buscaría una comedia romántica para ponerse y llorar a moco tendido, ¡pero no! Yo no era cualquier mujer. Busqué las fuerzas en mi amor platónico, con una película de mi súper héroe preferido todo estaría bien. Saqué de mi habitación aquella figura de cartón tamaño real de mi amado Thor. Lloré en el cine para que me la dieran y al final acabé robándomela. No estaba orgullosa de aquello, no podría pisar más esos cines, pero el tenerlo cada día en mi habitación hizo que mereciera la pena el riesgo. Lo coloqué a mi lado y me senté a ver la película con mi amado cartón y mi botella.



*Media película después y cuatro vasos de ron.*

—Te prometo Thor que mañana... ya se me vas a decir, que llevo prometiéndote media vida que no volveré a beber, ¡calla, no contestes! No me repliques, se lo que piensas. Pero mañana, es una promesa: iré a alcohólicos anónimos. Pero será mañana, hoy ya está cerrado.

«Juraría que Thor no cree lo que le prometo, ¡míralo qué guapo! Estás de racha muñeca. En Barcelona terminas en la cama con Adán y ahora mírate. Con este tremendo hombre viendo una película».

Lo miré de reojo y me pareció ver que me estaba guiñando un ojo. «Se me estaba insinuando. ¿Qué les das Diana?, no sé si estoy preparada para seducir a este hombre».

*Seis vasos de ron después...*

Este rubio me está pidiendo guerra. Él quiere, se le ve en la cara, voy agarrarle la mano... Veo que no se aparta, ¡le gusto!

—Ey grandote, ¡ey rubio! No me mires así, eres muy callado, ¿por qué no me hablas?

«Voy hacer algún movimiento sexy que lo haga entrar en calor».

Intenté pasar la lengua por mi labio superior para incitarlo. Pero estaba acartonada, insensible. Lo que intentaba ser una mueca seductora terminó siendo: yo sacándola e intentando tocar la nariz con la punta, a la vez que me ponía bizca.

—Veo que sigues muy callado. Bruno se me escapó por no dar el primer paso, pero ¡tú, señor del martillo, vas a ser mío esta noche, hombretón! —Me levanté con rapidez. Lo que provocó un mareo y que volviera a caer sentada en el sofá—. ¡Todos mis movimientos están fríamente calculados!

Me volví a levantar decidida. Con las dos manos y toda la vulgaridad que podía sacar de mi cuerpo, me coloqué una en cada pecho y los agarré con fuerza.

—¿Ves estas dos?, ¡son gemelas! ¡Naturales! ¿Te quieres montar un trío? «Te has lucido. No sé cómo no ligas, si es que tienes un encanto. Te viene en los genes, tú naciste para tener los hombres a tus pies».

Una copa más o dos y ese rubio y yo vamos a tener más que palabras.

*Ocho copas después...*

—¡Ahora sí! ¡Hazme tuya!



Me lancé a por ese rubio y su martillote. Lo tiré en el sofá sobre mí y lo enredé entre mis piernas mientras lo babeaba a besos.

*Una babeada después. Unas posturas poco apropiadas para hacerlas con un hombre de cartón tamaño real. Unos sonidos sexuales provenientes de una mujer borracha más inapropiados que las posturas. Lo inevitable ocurrió.*

La risa de una hiena resonó en la sala.

—¡No se puede estar más desesperada!

Los ojos de Bruno estaban desorbitados, si estuvieran en una caricatura se saldrían de las cuencas oculares.

—¡Calla Sam! —se escuchó a mi amigo.

—¡Oh my god! —grité en inglés por la tensión del momento al verme descubierta en ese estado.

Aunque si hubiera gritado en arameo, lo mismo podría culpar al diablo que vivía en mí. Al escuchar el sonido de las risas de la hiena rubia, Vicky salió de su habitación. Tan oportuna. Momentos antes no quería cruzarse conmigo, pero en ese instante salía la primera a ver el espectáculo. Miró a Bruno, a su novia y luego a mí.

—¡No jodas Diana! Mañana sin falta te compramos un vibrador, con varias velocidades. —Como siempre mi amiga no podía dejar a un lado sus comentarios poco apropiados.

Solté de entre mis piernas a Thor, que cayó al suelo y me incorporé en el sillón. Podría decirse que avergonzada, pero en el estado que me encontraba no me importaba demasiado lo que estaba pasando. Al día siguiente si recordaba algo ya lloraría, pero en ese momento, no.

—¿Podría ser mejor un muñeco hinchable? —exigí mirando a mi amiga.

Y ahí estaba de nuevo las carcajadas de la hiena rubia, que se creía con el derecho a pisar mi casa. Bruno le dio un tirón de la mano a su novia, haciéndola moverse para que caminara a su habitación. Mientras me miraba de arriba abajo con una actitud reprobatoria. La ira creció en mí, con cada sonido de la risa de aquella Barbie silicona.

—¡Te voy a sacar los ojos! —grité y de un salto como el mejor de los ninjas borrachos me levanté. Me gustaría decir que, con dignidad, pero la realidad es que tropecé y me llevé en mi camino la mesa, la botella, el vaso. Caí sobre ella, rompiendo el mueble.

—¡Ah mis costillas! —El alcohol no aminoró el dolor del golpe.

Bruno corrió hacia mí para recogerme del suelo.

—¿Te duele?

—No, lloro porque acabo de tener un orgasmo con la caída, ¡imbécil! ¡Insensible, mala persona! — saqué lo peor de mí.

—Eh tú, violadora de seres inertes, ¡no le hables así a mi novio!

Aquel extraterrestre que se hacía llamar novia de Bruno. Aquella con genes de las mujeres Amazonas sintéticas, tuvo el descaro de gritarme con su voz de pito, ¡a mí! Saqué fuerzas de flaqueza o de gordeza en mi caso. Me levanté y como gata rabiosa me lancé al cabello de aquella rubia teñida, ¡por qué no podía ser natural! Sería la envidia, los celos, pero aquella arpía no podía ser tan perfecta. Y no lo seguiría siendo cuando la dejara calva. La agarré de las greñas sin que ella lo esperara y ante la mirada atónita de Vicky que, después reaccionó con gritos de ánimo, la atacó.

—¡Dale diana! Tú puedes, ¡arráncale los pelos!, ¡qué mañana se tenga que poner peluca!

Bruno hizo todo lo contrario. Se metió en medio de una guerra de mujeres, a la que solo le faltaba el barro para estar completa. Nos separó, no sin ante llevarse sus golpes por meterse donde no le andaban llamando.

—¿Qué coño te pasa Diana?!

«¡Él me gritó!, ¡a mí! Mi Bruno, el que siempre tiene buenas palabras para mí. Me está gritando y.. ¡abrazando a esa muñeca Barbie desgreñada!».

La realidad cayó de golpe sobre mis hombros. Fue como si todo el alcohol de mi cuerpo, se hubiese evaporado con esas palabras. Tuve que afrontar de golpe las consecuencias de mis actos, de nuevo me había emborrachado. Al día siguiente tendría una resaca que ni media caja de paracetamol me iba a quitar. Había violado a mi muñeco de cartón Thor. Su cara estaba irreconocible por la intensidad del beso. Y para colmo de males, me habían pillado. No diría que me arrepentía de pegarle a esa mujer. Para nada, se sintió muy bien, pero ella tenía motivos sobrados para reírse de mí.

Tenía que reaccionar, debía decir algo creíble. Algo que me exculpara de mi comportamiento, que hiciera que Bruno volviera a quererme. Aunque hubiese dejado medio calva a su novia y, aun llevara la prueba de los cabellos que le arranqué, en mis manos. Y como todas las ideas geniales que se me ocurrían en estado ebrio, actué en consecuencia.

—Yo... lo que pasa... es que yo... ¡Me estoy drogando! Alcohol, drogas, sexo, necesito ayuda. Pero mañana me interno, lo prometo.

Después de soltar mi historia creíble, ¿quién no creería que aquella escena fuera producto de las drogas? Tuve que soportar que mis amigos me miraran como si estuvieran pensando en internarme en un psiquiátrico.

«¿Será que la falta de sexo provoca esquizofrenia?, necesito un psiquiatra, pero que sea uno guapo». Mi mente ebria era un nido de preguntas sin respuestas. «Mañana después de Alcohólicos anónimos voy a la iglesia. Le preguntaré al padre si la falta de sexo afecta a la capacidad mental, él lo tiene que saber. Mañana, deja para mañana lo que puedes hacer hoy».

Con las dudas asaltando mi cerebro salí de allí adentrándome en la habitación. Sin fijarme en sus rostros, sin recoger el destrozo que había hecho. Nada importaba en esos momentos, porque si me daba la vuelta y volvía a ver a esa mujer con Bruno; iba a terminar de arrancarle la peluca. Me encerré y tal como estaba caí en la cama rendida.



Golpes y más golpes.

—¡Ah!, ¡terremoto! —Odiaba cualquier sonido que me despertara.

—¡El terremoto eres tú! —gritó Bruno detrás de la puerta, mientras la golpeaba como si quisiera tirarla abajo—. Levántate, tienes que trabajar. No querrás que te despidan.

—¡Estoy de vacaciones!

—No mientas, si eres una niña para beber de esa manera. Ahora compórtate como adulta con las consecuencias.

—¡Sí papi! No sabía que ahora vivía con mis padres. —Abrí la puerta recibiendo su mirada de enfado.

—Pues no seré tu padre, ¡pero te merecerías que te dejara el culo rojo a nalgadas por lo que le hiciste a mi novia ayer! —Coloqué en mi rostro una expresión de ven castígame—. ¡Y no de manera sexual!

—¡Ay! Bueno, deja de gritarme. ¿No ves que hoy quisiera ser el jinete sin cabeza?

—Ahora te quejas de la resaca, pues haberlo pensado ayer. ¿Qué te pasa? Es ese Adán que te está cambiando, le voy a partir la cara.

—¿A mi novio?! Ni se te ocurra tocarlo —dije dejando clara la palabra novio.

¿Qué se creía? Que podía andar pasándome a la silicón por la cara y yo quedarme quieta. Esto era la guerra.

—Pues dile a tu novio que a ver si te tiene más contenta, ¡andas como loca violando un cartón!  
«¡Ah! Golpe bajo».

Le dediqué una mirada de odio y lo empujé contra la pared para que me dejara salir de la habitación. Camino del baño refunfuñando por lo bajo y recordando a toda la familia de Bruno, le escuché de nuevo decir:

—Si no tuviera novia, ¡ya sabes que te puedo dar lo que ese Adán no te sabe dar! Solo pídemelo que te llevaré al cielo.

—¡Vete a la mierda! ¡Imbécil! ¡Te odio!

¿Cuándo la amistad con mi mejor amigo se había convertido en eso? No tenía respuesta, pero para lo que sí tenía respuesta era para mí estado. No podía seguir así, debía cambiar. Podría alegrarme por Bruno, verlo feliz con esa que llamaba novia. O mostrarle lo que se había perdido.

«Eso haré. Claro será mañana, porque hoy puf, tengo mucho que hacer».

Me iba inscribir en un gimnasio. Si le gustaban así, sin curvas. Yo también podía parecerme a ella. Al día siguiente lechuga y deporte, o mejor el lunes.

«Mañana puedo ir al salón de belleza, eso no cuesta tanto esfuerzo».

No es que estuviera poniendo excusas, es que tenía una resaca que no podía con mi cuerpo. Iba a tardar un mes en recuperarme.

Con todas esas promesas mentales me duché. Desperté a Vicky para que me maquillara y me ayudara a vestirme. Cosa que hizo encantada, después de gruñir un rato por no querer levantarse en su día libre. Cuando acabó conmigo, parecía salida de una película de género para adultos. Me prohibió ponerme las gafas. Escogió una camisa roja con demasiado escote que ella misma me regaló. Una falda negra ajustada que me marcaba la retaguardia, que acompañé con mi peor pesadilla, ¡unos tacones! Pero no me importó. Me miraba al espejo y a pesar de verme borrosa por la falta de gafas, me veía diferente. Hasta guapa. Ese iba a ser el primer paso para demostrarle a Bruno de que estaba hecha.

Salí de mi habitación con paso decidido, como si fuera miss universo. Dando pisadas haciendo sonar mis tacones en el piso. Sentí su mirada clavarse en mí. Lo reté como toda una hembra llena de lujuria. Me observó de arriba abajo dándome una media sonrisa y hasta juraría, que me miró con deseo. Hice el movimiento de cabello que Vicky me había enseñado, de manera muy femenina. Haciendo que se agitara al voltearme y dejar de mirarlo, seguí con paso decidido hasta la puerta. Hasta que claro, se me torció el tobillo y gracias a la falda entallada; que me hacía sentir como una salchicha al borde de explotar, caí de frente.

—¡Mierda!

Intenté levantarme con toda la elegancia que siempre me había caracterizado. Escuché a Bruno llamarme.

—¡Diana espera!, ¡no te vayas así!

Pero no me detuve. Seguí adelante decidida, como una nueva mujer. Ya no me molestaría en escuchar lo que él tuviera que decirme. Aunque claro, si brillara por mi sentido común, mi inteligencia. Si hubiese decidido escucharlo, habría comprendido porque me llamaba. No es que quisiera hacerme la madre de sus hijos, pretendía avisarme que en la caída se rajó la falda e iba enseñando toda la braga por la parte de atrás. Pero eso lo descubriría poco después, cuando ya fuera tarde.

# Capítulo 15: ¡Te vas a cagar Sam!

---

No importaba la resaca que volvía a tener, iba ser el primer día del resto de mi vida. ¿Qué era eso de humillarme por un hombre? Por uno que prefería a una Barbie silicona en vez de a mí. ¿Es qué no tenía derecho a qué me quisieran? ¿Me tenía que conformar con un Thor de cartón?

«¡Claro que no!».

Cuando me miré al espejo encontré a una mujer diferente, una que no conocía. ¡Ya bastaba de quitarme valor! No tenía unas medidas perfectas, pero ¿quién decía que no podía ser bonita y despertar el deseo en los hombres?

Había visto cómo me miraba Bruno cuando salía de casa. Tan hermoso... «¡Joder! ¿En qué quedamos? Tenía que dejar de babear por ese hombre». No gastaría ni un minuto más pensando en él, ¡ay, pero es que era tan hermoso! «¡Basta! ¡Pervertida, Bruno nunca más!».

Discutí conmigo misma mientras me dirigía al trabajo. Aunque quisiera hacerme la fuerte, me dolía perder a mi mejor amigo. Porque nunca lo tendría como novio, pero el amigo. Ese sí era mío. Le había sido durante años y sin previo aviso llegaba esa rubia con demasiada delantera, y se volvía en mi contra. Me gritó, la defendió y lo peor, ¡se metió en medio para que no la dejara calva!

Escuchaba el cuchicheo de la gente a mi alrededor. Robaba miradas tanto de hombres, como de mujeres. Mi autoestima estaba por las nubes. Me imaginaba bajo los focos en una pasarela desfilando. Vicky hizo un trabajo genial conmigo. No paraban de observarme. Bajé del autobús meneando las caderas con exageración. Sintiendo los ojos clavados en mi espalda. Caminé intentando que no se volviera a doblar el tobillo y de nuevo acabara por los suelos, como era costumbre en mí. Entré al edificio y a mi paso volvía a ocurrir lo mismo que cuando iba por la calle, mis compañeros se giraban al verme.

—Mira quien pasó por el salón de belleza y la dejaron peor que cuando entró. —Ahí estaba la pareja de sintéticas soltando su veneno mañanero.

—Sonia, buenos días a ti también, ¿qué te ocurre?, ¿acaso se te atascó en el cerebro la silicona que iba dirigida a tus pechos? —Sonreí con malicia.

La expresión de sorpresa no se hizo esperar y buscó apoyo en Alicia, pero entre las dos no hacían medio cerebro. Feliz por mi actuación seguí mi camino hacia el escritorio. Escuché las risas de las dos lagartonas. «¿Y ahora?, ¿de qué se estarán riendo?». Mejor ni lo pensaba. Porque seguro me estarían descuartizando sin ningún motivo. Al llegar había una rosa sobre la mesa, debía ser una broma de esas dos. Seguro. Miré con miedo la flor, ¿le habrían puesto cianuro para cuando la agarrara se me cayeran las manos? ¿Y si no fueron ellas? Dirigí la mirada hacia la oficina de Adán. «¡Hermoso, qué hombre!».

Mis hormonas lo recorrieron y lo devoraron. Por mi mente pasó varios momentos vividos en la habitación de hotel. Levantó su vista de los papeles y sus ojos fueron a parar directo a los míos. Agarré la rosa de mi escritorio, la acerqué para olerla mientras lo observaba de reojo, seguía con su vista clavada en mí. Cuando me vio levantar la flor me guiñó un ojo y supe que era de él.

«¡Ay tan lindo!, ¡qué te den Bruno! ¿Qué te crees? ¿El único?, ¡pues no!» Saqué toda la valentía de mi nuevo yo y caminé con paso seguro hacia su oficina.

—Buenos... días —alargué las palabras de manera seductora o eso intenté, porque se me atoraron en la garganta y me salió voz de pito. Aclaré la voz—. Buenos días.

—Hola Diana, te ves preciosa hoy.

—Gracias, tú también. Bueno no preciosa, quiero decir, que te ves guapo. —Sintiéndome ridícula, me di la vuelta para salir de su oficina.

—¡Espera!

—Luego Adán, tengo que pasar a hablar con Karen. —Seguí caminando de nuevo exagerando el movimiento de caderas, sintiendo su mirada detrás de mí. Llamé a la puerta de la oficina de mi jefa.

—¡Pasa! —dijo elevando el tono de voz.

—¡Buenos días! —Me asomé a la oficina con una sonrisa.

—Veo que vienes como nueva del viaje. Te ves hermosa vestida así y sin gafas, ¿a qué se debe ese cambio?

—Tu sabes a que se debe.

—¡No me digas! —Arqueó una ceja y se echó hacia atrás apoyándose en el respaldo de la silla.

—¡Sí te digo!

—Cuéntamelo todo. —Hizo un gesto con la mano para que tomara asiento.

—No te contare nada, ¡por la trampa en la que me metiste en el hotel sin avisar! —No lograba perdonarle que no me avisara y Adán me viera en traje de borrego.

—¡No seas mala! No me puedes dejar con las ganas de saber.

—¿Sabías que la curiosidad mató al gato? —Me di la vuelta para salir de su oficina.

—¡Espera!

—Dime, ¿qué necesitas? —Quería dejarla con la intriga, pero seguía siendo mi jefa.

—Creo que tengo que subirte el sueldo. —No podía ser. La gente me miraba y me subían el sueldo, ¡dos milagros el mismo día!

—¿Por qué?

—¿Qué, por qué? —Se levantó de la silla para después acercarse a mí—. Mira, vienes a trabajar con la ropa desgarrada.

—¿Cómo? —Intenté mirarme, pero no llegaba a ver mi zona trasera. Toqué la falda y sentí como una raja enorme cubría toda mi espalda baja—. Ay no, ahora comprendo.

Me tapé la cara con las manos, ¿cuándo dejaría de hacer el ridículo?! A mi mente llegó la caída antes de salir de casa. Por eso todas las miradas, no es que fuera levantando pasiones. Se reían de mí.

—Tranquila niña. Siempre vengo preparada. Con la de accidentes que tienes, no sé cómo no monto un hospital en la empresa.

Me dio aguja e hilo, cerró la puerta de su oficina para que pudiera quitarme la falda y coserla allí mismo. Maldije varias veces por mi mala suerte, mientras trataba de reconstruir mi destrozo. Había enseñado las bragas a medio mundo, no sé de qué me sorprendía. Era la exhibicionista. No me acostaba con hombres, pero mi ropa interior la veían todos. Aproveché para ponerme al día con Karen y me puse a trabajar. Tenía muchos pendientes por culpa del viaje a Barcelona. Después de dos horas sin parar de escribir para no pensar en cómo había hecho el ridículo; vi a Adán que venía caminando hacia mi escritorio.

—Preciosa. —Observó a su alrededor—. ¿Tienes hambre? —Señaló unos paquetes con comida preparada que traía en la mano.

—La verdad sí.

No podía evitar sonreír, había traído comida para los dos, ¿podía ser más lindo? Vale sí, me daba una flor y me temblaban las piernas. Me traía el desayuno y se me alborotaban las hormonas. Debía reprender a mi cuerpo por ser tan fácil, pero es que no podía evitarlo.

—Toma un descanso y ven a mi oficina a desayunar. —Giñó un ojo.

Antes que terminara la frase ya estaba de pie. Quizás por el hambre que tenía. No había cenado nada después de la tremenda borrachera.

Caminamos hacia su oficina. Las miradas de mis compañeras no tardaron en llegar. Una vez en el interior, Adán hizo espacio en su escritorio y acomodó dos sillas una junto a la otra.

«Pero que tierno, quiere desayunar pegadito a mí».

—Si sigues llegando vestida así a trabajar, voy a tener que mandar cambiar esa puerta por una que no deje ver qué pasa dentro.

—¿Por qué? —Mi mente virginal no entendía su comentario.

—Porque si no fuera por esa puerta y que nos pueden ver, te tendría tumbada en el escritorio y... — Al escuchar sus palabras la comida que estaba tragando, se me atoró en la garganta provocándome una fuerte tos—. ¿Te encuentras bien?

Intenté decir que sí con la cabeza y tosiendo a la vez, ¿por qué siempre se empeñaban en hacer preguntas tontas? Me estaba ahogando, obvio no estaba bien. Adán se levantó, me agarró de la mano haciendo que me incorporara. Se colocó tras de mí. Pasó sus brazos por debajo de mis pechos intentando salvarme de la asfixia. Ese hombre era mi héroe, mi salvavidas. Mi mente calenturienta lo imaginaba con bañador rojo corriendo por la playa. Antes que apretara contra mi pecho, logré hablar.

—¡Estoy bien! Solo me atraganté un poco. —¿Es qué no podía desayunar como la gente normal?

—Voy a tener que estar pendiente de ti, eres propensa a sufrir accidentes. —No se separó de mí a pesar de encontrarme bien, acercó su boca a mi oído, provocando que sintiera su cálido aliento.

Se aferró a mi cuerpo como si intentara que ni el aire se interpusiera entre los dos. Sentí sobre la curva de mi espalda algo que noches antes había visto sin ropa. Me di media vuelta, colocándome frente a él. Se acercó con mirada ansiosa y me obligó a retroceder hasta chocar contra una esquina del muro. Antes que lograra quejarme sus labios estaban sobre los míos. Su lengua tomaba el interior de mi boca y sus dos manos exploraban bajo mi falda. Había soñado con un momento así en su oficina durante tres años. Y en ese instante, me sentía incómoda. Quería pararlo. Mi parte decente se debatía en una lucha interna con lo que provocaban ese hombre en mí. No es que estuviera mal sentirse deseada alguna vez. Adán era lo más próximo a un novio que tuve nunca. No iba ocurrir nada por dejarlo seguir un poco más. Cuando había claudicado y me dejaba llevar por sus caricias, se separó de mí con lentitud.

—Esa puerta tiene la culpa de que tenga que parar... —Me miró de arriba abajo.

Con las mejillas rojas me volví colocar la falda en su lugar. Me dedicó una sonrisa de satisfacción al ver en el estado en el que me había dejado. Nos volvimos a sentar como si nada hubiese ocurrido y seguimos desayunando.

—¿Te gustó la rosa que te dejé?

—Me encantó. —Sonreí como una idiota. Lo único que me faltaba era tener una mancha de comida en los dientes.

—Diana, te quería pedir algo.

«¿Mi virginidad? Si no hubieses parado quizás ahora sería tuya».

—¿Qué necesitas? —Intenté lucir seductora. Si la falda no hubiese estado tan entallada, habría hecho un cruce de piernas.



—Quería que, a ser posible, seamos discretos en el trato que nos damos. En la oficina, fuera de ella, ya sabes.

Habría esperado cualquier cosa, menos esa petición.

—¿Discretos? —¡Vamos, el señor que me acorralaba contra la pared en su oficina, ahora decía: discretos!

—Sí, no me mal intérpretes. Es que, bueno, es que... —El señor discreto no sabía ni cómo justificarse. Seguro se avergonzaba de andar con la fea y gorda.

—Entiendo —contesté—. No se preocupe, si quieres también puedo llamarlo de manera formal y dejar de tutearlo. —Estaba ofendida.

—No es eso, no pienses lo peor.

—Como usted desee. —Me levanté de la silla dejando el desayuno a la mitad.

Eso fue lo que más me molestó, estaba muerta de hambre. Escapé de su oficina sin dar una mirada atrás. No estábamos en Barcelona, donde le daba igual andar besándome a la vista de todos. Allí se encontraba la gente con quien trabajaba y tonta de mí, que llegué a pensar que le podía interesar. Pero nadie me iba amargar el día, ¡nadie!

Mi teléfono móvil sonó con un mensaje de Bruno:

*Buenos días Diana. Espero lleves una estupenda mañana junto a tu novio Adán. No quiero interrumpirte en tu sexual trabajo, pero esta noche invité a mi NOVIA a cenar a casa. Por arreglar lo que tu borrachera de ayer provocó. Espero que estés en la cena calmada y puedas hacer las paces con ella, ¿podría ser? Te espero a las nueve.*

Y si en algún momento dije convencida que nadie me iba a joder el día. Esa era la prueba que, en esos momentos, un tsunami se encontraba en mi interior destrozando todo lo que encontraba a su paso. Sin poder evitarlo mis ojos se cristalizaron, luché contra las lágrimas, ¿cómo podía pedirme eso? Y, peor aún, ¿cómo podía pedirme eso con el estómago medio vacío?

Tardé unos minutos en recomponerme de la noticia. Un foco se prendió sobre mi cabeza, una idea genial. No tan buena como las que tenía bajo los efectos del alcohol, pero se veía que la resaca hacía su trabajo en mi cerebro.

*Mi queridísimo AMIGO, espero que haya comida de sobra porque mi amado novio me acompañara a la cena. Teníamos una cita esta noche él, mi cama y yo, ya sabes... pero por tratarse de ti y tu LINDA novia, estaremos encantados de cenar con vosotros.*

Envié el mensaje con rabia y me felicité por lo que había escrito.

La mitad del trabajo estaba hecho. Solo tenía que conseguirme un novio falso, llevarlo con un cirujano. Hacerle un trasplante de cara para que quedara igual a Adán y que viniera a cenar conmigo.

«¡Joder! ¿Ahora qué hago?, mierda porque no piensas antes de hacer las cosas».  
Me levanté de la silla de nuevo y casi arrastrando los pies llegué a la oficina de Don Discreto, toqué la puerta. Aún estaba desayunando. Se volteó a verme y me hizo una señal para que pasara.

—Pensé que no me hablarías. —Sonrió como si estuviera rodando un anuncio de dentífrico.

—No vengo por eso....

—¿Entonces?, ¿qué ocurre? Te ves preocupada.

—¿Querías venir a cenar a mi casa esta noche? «Venga así, directo sin anestesia».  
No le comenté que habría más gente en la cena, así vendría pensando en cenarme a mí.

—Me encantaría. —Su rostro parecía sorprendido.

—Entonces te espero a las nueve en mi casa. Ya sabes donde es.

¿Dónde estaba la verdadera Diana y qué habían hecho con ella? Aun no me podía creer que algo me estuviera saliendo bien. Que se preparara Bruno, esa noche comenzaba la guerra.  
Me olvidé del hambre, del dolor de cabeza y de las hormonas recorriendo mi cuerpo. Me centré en trabajar para salir cuanto antes de la oficina. Eran las cuatro de la tarde y ya había completado todos los pendientes. Me dirigí a la oficina de Karen y llamé. Me pidió que pasara.

—Hola Karen, aquí te traigo todo lo que necesitabas.

—¡Vaya, sí que te has vuelto trabajadora en ese viaje! Sin duda te dieron de comer mucho plátano. Lo digo por las energías que traes, no pienses mal. —Suspiré por el comentario mal intencionado de mi jefa.

—¡Basta, no seas así! —La risa de Karen se escuchó hasta fuera de la oficina.

—Venía a preguntarte si me dejarías salir, ya terminé todo. Es que tengo un compromiso.

—¿Un compromiso?, ¿y se puede saber con quién?

—Con... Adán.

—Te dejo salir si el lunes me cuentas todo. —El espíritu del chisme tenía poseída a aquella mujer.

—Eso es chantaje. Lo pensaré, pero déjame salir antes por favor.

—Está bien. ¡Cómo eres de aguafiestas!, sabes que me alegro por ti. Puedes marcharte, te veo el lunes y sé puntual.

Al salir de la empresa pasé por una farmacia y no para comprar preservativos. Mi mente maligna

tenía otros pensamientos que no eran terminar en una cama. En cuanto me detuve frente al mostrador me atendió el farmacéutico.

—¿En qué puedo ayudarla?

—Verás, es que... —Era más fácil pensarlo que hacerlo—. Yo, verás.

—¿Sí? —me alentó a seguir hablando.

—Tengo estreñimiento, ¿tendría algo para ayudarme? «Ya está, ¡lo solté!».

En su rostro se dibujó una sonrisa. Imaginé que en su mente estaba sentada en el baño. Sufriendo dolores de parto queriendo sacar al niño. Buscó entre los medicamentos y me dio un bote que parecían ser unas gotas.

—Esto te va ayudar. Echa un par de gotas en un vaso con agua, no más de dos. Los efectos son duraderos y podrías llegar a deshidratarte.

Escuché atenta la explicación del señor que intentaba ayudarme, pagué el medicamento y salí de allí con energías renovadas.

«¡Te vas a cagar Sam! Y no en sentido figurado. Esta noche, ¡te vas a cagar de manera literal!».

# Capítulo 16: Más celos y una cena

---

Salí de la farmacia imaginando mi venganza para esa rubia roba novios. Me dirigí a mi siguiente parada, el salón de belleza. Me iba a poner en manos de ellos. Solo esperaba no salir peor de lo que entré. No es que quisiera cambiar por ningún hombre, solo quería sentirme segura de mis atributos de mujer. Porque yo también tenía lo mío y no pensaba desaprovecharlo.

—¿Buenas tardes tienes cita?

—No tengo, pero esperaba que pudieran hacerme un hueco. —Puse ojos llorosos y saqué el labio inferior.

—Está bien, espere ahí. —Señaló unos asientos—. En cuanto se desocupen la atenderemos.

Después de media hora rogando, por fin me llamaron.

—¿Qué desea qué hagamos?

—¿Sería muy extraño si le digo que solo quiero dejar de ser yo por una noche?

Tras decir eso me puse a llorar y a contarle todos mis traumas. Los líos amorosos que no tenía y hasta mi nombre y apellidos. La chica me sonrió sintiendo lastima de mí, le faltaba ponerme un collar de perro en el cuello con el apodo Firulais y adoptarme.

—Te voy a dejar hermosa, ¡ya verás! —Y con esa promesa de la estilista me quedé.

Después de pasar dos horas dejando que hicieran lo que ellos quisieran con mi cabello. Dejándolos maquillarme, pintarme las uñas y todo lo que se les ocurrió hacerme. Me miré al espejo. Lo primero que hice fue odiar a Vicky por su idea de no dejarme llevar gafas, solo veía un bulto borroso. Tras quedarme como lapa pegada al cristal, llegué a la conclusión de que debía visitar más a menudo los salones de belleza. Las personas éramos como autos, tres kilos de chapa y pintura y parecíamos otras.

Eran casi las ocho de la tarde y solo me quedaba una cosa por hacer, me perdí en el centro comercial y, como si fuera una adicta a las compras, comencé a probarme todo lo que iba encontrando. Tras un rato discutiendo contra la imagen de mi reflejo, decidí aceptar el consejo de mi amigo y comprar algo de ropa interior que no pareciera sacada de un convento y un vestido que, nada tenía que envidiar a las mujeres de dudosa reputación.

Me acababa de convertir en lo que tanto odiaba, por atraer a un hombre estaba dispuesta a enseñar hasta las marcas de nacimiento.

«¡Dios mío, faltan diez minutos para las nueve!».

Con la ropa antigua escondida en mi bolso y luciendo como alguien que no era, subí a un taxi y le di la dirección de casa.

En el trayecto recibí un mensaje de Adán anunciando que estaba esperándome. También tenía otro de Bruno preguntando si iba a llegar de una vez. Él estaba acostumbrado que siempre iba directa del trabajo a casa y de casa al trabajo. No respondí a ninguno, en pocos minutos me estarían viendo y rezaba porque mi cambio hiciera efecto. Cuando el taxista estacionó vi a mi casi novio de espalda, recargado sobre su auto. Al abrir la puerta dirigió su mirada hacia mí.

«¡No te caigas!, ¡ahora no!».

Me quedé parada dejando que me comiera con los ojos. Porque eso era lo que estaba haciendo. Su cara lo decía todo. Estaba sorprendido de mi aspecto y me acordaba de mi madre. «Ves mamá, sin matarme a comer lechuga, ¡también me miran!».

Caminó hacia a mí y me saludó con un beso en los labios.

—¡Estás espectacular! —Agarró mi mano haciéndome dar la vuelta para verme completa—. Esperc que la cena seas tú en el plato. Si apareces vestida así, no puedo prometer controlarme.

Debía estar soñando, llamaba la atención de un hombre atractivo. Lo peor, es que no era la persona que amaba. Subí con él la escalera del edificio. Una vez frente a la puerta supe que la hora de la verdad estaba cerca. Busqué la llave nerviosa. Mientras lo hacía, mi acompañante que había mutado de ser humano a pulpo, se colocó detrás de mí. Como le gustaba a ese hombre rozarse con mi trasero. —Adán —susurré—. ¿Qué haces?

—Nada, solo esperando que abras la puerta. —Apartó mi cabello y comenzó a darme besos por los hombros, mientras ponía sus manos en mis caderas y me apretaba contra él.

Estaba muy enamorada de Bruno, pero no era de piedra. Que semejante hombre me hiciera eso y más con la poca costumbre, sacó a la adolescente hormonada que se escondía en mí. Con una mano intentaba colocar la llave y con la otra intentaba apartar su rostro de mi cuello. Pero lo único que logré fue: enredar mis dedos en el interior de su cabello y que en mi cara apareciera una expresión de orgasmo.

—Adán —gemí su nombre de manera vergonzosa.

Justo en ese momento la puerta se abrió, Bruno nos miró desconcertado.

—¿Desean algo? —El pulpo detrás de mí se separó con lentitud, miré a mi amigo a los ojos.

—Entrar en mi casa si no te importa, ¿vivo aquí recuerdas? Y tú me has dicho que venga a cenar. — Lo aparté casi de un empujón.

—¿Diana?

—No cariño, soy tu abuela. Claro que soy Diana o ¿has invitado a otra a cenar aparte de mí y de esa rubia sin gracia que tienes por novia? —Los arreglos no me habían quitado la rabia que sentía hacia esa mujer—. Mi amor pasa, no te quedés fuera.

—¿A quién te refieres con rubia sin gracia? —Apareció la hiena.

—Disculpa, ¿la verdad te ofendió?

—Tranquila Diana, por favor —dijo mi amigo acercándose a mí y poniéndome frente a él. Me agarró con suavidad los brazos, sus ojos me miraban con amor. Como antes de que esa lagartija apareciera.

—Lo siento, me portaré bien. —Sentí un escalofrío recorrer mi piel ante el tacto de sus manos. Nada parecido me ocurría con mi compañero de trabajo—. Te presento a Adán.

Ambos se miraron de arriba abajo y se saludaron con un gesto.

—¿Ya está la cena? —Intenté mostrar cara de hambre, aunque lo único que quería era acercarme a la comida para hacer de las mías.

—Sí, solo hay que servirla.

—¡Ah! Déjame que sea de ayuda. Sentarse por favor, yo la sirvo. Así compenso mi poca puntualidad. —Sonreí con dulzura.

—¡Vaya si estás cambiada! A ti que no te gusta poner la mesa —se quejó Bruno.

Caminé hacia la cocina y me dispuse a servir la comida en los platos. Antes que lograra mi cometido mi amigo apareció detrás de mí.

—Oye Diana. —Su expresión parecía triste—. No te lo dije antes, pero estás preciosa. Bueno, eso se queda corto. Cualquier hombre se enamoraría de ti.

Ese sí era mi dulce amigo, aquel que siempre tenía las palabras correctas para hacerme sentir bien. Agaché la cabeza provocando que mi cabello tapara parte de mi cara. Quería ocultar lo mucho que me afectaban aquellas palabras. Tomó entre sus manos el mechón suelto y lo apartó, dejando al descubierto mi rostro y mi debilidad por él. Ambos nos perdimos en la mirada del otro, en ese momento el mundo podía dejar de moverse. Podría desmoronarse todo alrededor. Cuando él me miraba así, se paraba el tiempo.

Se acercó y comencé a temblar. Su mano rozó mi mejilla. Me costaba respirar. Deseaba no estar en una de mis ensoñaciones, porque parecía que iba a besarme.

—¿Ya está la comida?, ¡tengo hambre! —Allí estaba esa voz de hiena malcriada molestando y, sobre todo, interrumpiendo. La poca distancia que había entre los dos se convirtió en un abismo, Bruno se separó casi de un salto—. ¿Interrumpo? —Encima preguntaba la muy, ¡puerca!

—¡Sí!, lo haces.

—Ay señorita violadora de cartones. Discúlpame, es que no aguanto estar mucho tiempo separada de mi novio. —La maldita estaba pasándome por la cara su relación—. Ya veo que para esta noche te

contrataste los servicios de un profesional —se reía cómo la hiena que era.

Tensé todo mi cuerpo intentando controlar las ganas de matarla, la vi darse la vuelta y volver a la sala.

—Toma. —Le coloqué en las manos dos platos—. Llévalos por favor. Esos son de Adán y mío.

Cuando se dio la vuelta saqué con rapidez del bolso el medicamento. Vertí las gotas en la comida que iría dirigida a la mujercita del diablo.

«Una gota, dos gotas. El de la farmacia dijo dos, pero unas más no le hará daño. Tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho. Bueno, con diez gotitas creo que ya está servida».

Y justo a tiempo. Antes que mi amigo me descubriera adulterando la comida, escondí el bote entre mis pechos. Fue el lugar más seguro que pude encontrar.

—Éste es de tu novia, éste. —Señalé el plato condimentado—. Y éste tuyo.

Bruno sonrió buscando en mis ojos el camino hacia mis pensamientos. Ese hombre me conocía demasiado bien, solo esperaba que no se diera cuenta. La primera parte de mi plan estaba en marcha, solo faltaba ponerlo celoso.

Caminé hacia la sala, la mesa estaba servida. Todos los platos me parecían iguales, ojalá hubiese hecho algo para que se vieran diferente. No quería ni pensar que mi amigo cenara por error la comida de su novia, me mataba el remordimiento. Tanto que casi pensaba fingir un accidente y tirar todo al suelo. Pero cuando estaba al borde de cometer mi torpeza, Adán se acercó con gesto cariñoso y me tomó por la cintura.

—Hola preciosa. —Vi como Bruno nos observaba molesto. Así que decidí olvidarme de mi mala conciencia y darle su propia medicina.

—Hola amor. —Rodeé su cuello con mis brazos y lo besé.

Él correspondió y comenzó a besarme como si allí no hubiese nadie más. Sentí un empujón y el cuerpo de Bruno entre nosotros.

—Disculpadme, no pensé interrumpirlos. Pero si quieren pueden buscarse un hotel.

—No necesito un hotel, tengo mi cama. —Lo miré desafiante.

—Lo que sea, vamos a cenar.

Nos acomodamos en la mesa cada uno sentado junto a sus respectivas parejas.

—Espero me lo recompenses —susurró Adán en mi oído. Lo miré confundida—. Cuando me invitaste a cenar pensé que seríamos tú y yo solos.

De reojo pude ver a mi amigo apretando los puños y su mandíbula tensarse.

—Te lo recompensaré mucho —dije en voz alta para que todos pudieran oírme y acompañé mi descaro, pasando un dedo por la boca de mi acompañante. «¡¿Cuándo te volviste tan guarra?!».

Estaba en un lío, todo salía saliendo según mis planes. Bruno parecía furioso. Su novia se veía molesta, pero Adán se iba a querer cobrar todo lo que me estaba insinuando. Y no sabía si podría escapar de él como en el hotel, presentía que esa noche hasta dormida, me iba a hacer suya. En el momento que fui consciente de mis actos, los nervios se apoderaron de mí. Estaba jugando como una niña a un juego para adultos para el que no estaba preparada. Las piernas comenzaron a temblarme, casi no podía comer.

—¿Está rico Sam? —pregunté con una falsa sonrisa.

Ella solo asintió con la boca llena poniendo cara de: no me hables zorra. Ataqué al vino que había en la mesa y comencé a beber como solo yo sabía hacerlo. Me serví una copa y me la tomé de un trago. Sin pensarlo me fui a la siguiente, tenía que estar preparada para lo que se venía cuando terminara la cena.

—Diana, ¿no deberías volver a beber? —interrumpió Bruno.

—No es de tu incumbencia. —Mostré una gran sonrisa.

—Ella puede beber lo que quiera —se interpuso Adán acariciándome la mano—. No sabes lo cariñosa que se pone cuando bebe un poco.

—¿Ves? A él no le importa, así que no te metas, "amigo".

—Bueno preciosa, tampoco tomes demasiado. No te de sueño, que esta noche te quiero toda para mí.  
—Guiñó un ojo.

Al escuchar eso, la comida que estaba intentando tragar se me atoró en la garganta. «¡Joder!, ¿es qué voy a morir ahogada hoy?». Comencé a toser. Mi casi novio colocó la mano en mi estómago acariciándome.

—Tranquila preciosa, hoy la comida y tú no se llevan bien.

Bruno al verlo se levantó tirando la silla, me agarró del brazo y tiró de mí.

—No te preocupes, ya la ayudo, sabes, ¡conozco sus atragantamientos hace muchos años!

A lo que mi falso novio correspondió agarrando de mi otro brazo y tirando de mí hacia él, por un momento pensé que me partirían en dos.

—¡Quietos! —grité cuando por fin pude dejar de toser.



Agarré el vino y me serví otro vaso que la saboreé hasta la última gota. Ya iban tres y con el estómago casi vacío, el efecto sonrisa de tonta mareada se iba notando.

—Bruno, ¿podrías sentarte a cenar? —gruñó Sam molesta. Y como perrito faldero obedeció y se sentó a su lado.

«¿Esta maldita es qué no piensa quedarse pegada al baño hoy? Se suponía que es de efecto rápido».

En ese momento como si se cumplieran mis pensamientos, el ruido de unas tripas moviéndose llegó a mis oídos. Vi a Adán llevándose las manos al estómago, su cara había perdido el color.

—Diana, ¿me podrías decir dónde está el baño?

—Sí claro, acompáñame. —Me levanté indicándole el lugar y dejándolo allí.

Cuando volví a la mesa mi mirada chocó con la de Bruno. Estaba sonriendo con malicia. Entonces comprendí. Él había sido más inteligente que yo, sospechó de mis intenciones y cambió los platos.

—¿Se encuentra tu novio bien? —dijo con tono burlón.

—Muy bien, solo necesita ir al baño. «Me las pagarás, ¡lo juro!».

—¿Ya terminaste de cenar cariño? —preguntó a su novia.

—Sí amor. —La rubia sonreía y a mí me daban ganas de matarla.

Me abracé a la botella de vino con la intención de dejarla vacía. Si esa vieja rancia no se iba a derretir en el baño por lo menos le arrancaríamos los pelos. Mi amigo y su novia se levantaron de la mesa llevando sus platos a la cocina.

En ese momento mi mente malvada y borracha, pensó un nuevo plan. Miré la copa de aquella odiosa mujer a medio beber, saqué el medicamento de entre mis pechos y lo apreté con fuerzas sobre su bebida. No podía estar perdiendo el tiempo contando gotitas. Vertí medio bote. Al cumplir con mis propósitos, cambié mi expresión por una de vencida y humillada. La pareja regresó y tal como lo imaginé, agarraron sus copas y se las llevaron al sofá. Se sentaron los dos juntos, provocando que me diera a mí dolor de estómago solo de verlos.

—¿No vienes, Diana? —preguntó de nuevo con burla.

—No, esperare aquí. —Me quedé sentada frente a mi cena sin terminar y sin dejar de beber.

Sentía mis párpados cerrarse a causa del alcohol, para mi buena suerte no veía bien a la pareja haciéndose cariños en el sofá. Me moría de rabia, solo me consolaba que aquella mujer se había bebido de un trago el contenido de su copa. En poco tiempo Adán y ella estarían peleando por el baño. Sonreí ante ese pensamiento. Bruno me miró para después observar la bebida de su novia. Volvió a dirigirme su mirada, pero no encontré en él rastro de enfado. Al contrario, diría que la situación lo estaba divirtiendo. Mi falso novio apareció en la sala frotando su estómago, sudando y

sin color en su rostro. Se veía mal y solo fueron diez gotas, Sam iba necesitar pañales.

—Diana me tengo que marchar —su voz casi no se escuchaba.

—¿Qué te ocurre? —Lo miré con inocencia.

—Creo que la cena me sentó mal, te llamo mañana. —Sin decir más y sin beso de despedida corrió hacia la puerta.

En cierto modo Bruno me había hecho un favor. No tendría que pasar la noche con él. Ya no tendría que buscar excusas. No había remordimiento. Ese hombre se había avergonzado de mí pidiéndome que fuéramos discretos en el trabajo, pues toma Don Discreto. Le agradecería a mi amigo, sino fuera porque no quería que se diera cuenta que me causaba alegría verlo marcharse. Sam se levantó de un salto agarrándose el trasero como si se le fuera a caer, sus ojos estaban desorbitados.

—Bruno —gimió—. Me tengo que marchar.

—¿Cómo?, ¿tan pronto?

—Sí, acabo de recordar que tengo una emergencia —dijo mientras gemía de dolor y apretaba las piernas para no hacérselo encima.

Mordí mis cachetes. Apreté los labios para no soltar una carcajada y verme descubierta.

—Te acompaño.

—¡No! —gritó y salió corriendo de la casa dejando la puerta de la calle abierta.

En cuanto la vi marcharse, comencé a reírme como loca. De tanto reír casi me caí de la silla en pleno mareo de ebria. Mi amigo se acercó a la puerta y la cerró. Con cuidado me levanté para emprender la huida hacia mi habitación, pero entre los tacones y el vino, mis pasos eran de hormiga. Sentí su mirada clavándose en mi espalda y eso me hacía reír aún más.

—¡Ay me voy a mear encima! —Me alcanzó antes de que pudiera escapar y se colocó frente a mí, me miraba sonriendo con malicia.

—Eres muy traviesa Diana, ¿has visto lo que has causado? —decía mientras clavaba sus ojos azules en mí.

Su mirada bajó de los ojos a mi boca. Mordió su labio inferior de manera seductora, haciendo que la ropa interior nueva quisiera salir volando de mi cuerpo. Me quedé embobada observándolo. Agarró mi cintura con fuerza llevándome contra la pared. Eso de acorralarme se había convertido en costumbre para los hombres de mi vida. Me tensé al verlo así de decidido. Nunca había actuado de ese modo, no sabía si iba a besarme o a estrangularme y tirar mi cuerpo inerte a un contenedor de basura. Su pecho se pegó al mío y sus manos se agarraron aún más fuerte a mis caderas, acercando su

rostro.

—No me gusta verte con ese Adán —susurró casi pegado a mi boca.

Mi respiración estaba agitada, mi pecho subía y bajaba con rapidez. No lograba articular palabra. Verlo así era lo que había deseado, pero en ese momento todo el valor se había marchado

—Yo...

—¡Di algo! —exigió con voz ronca.

Me había bloqueado. En el momento que entreabrí la boca para hablar, solo dejé escapar un suspiro nervioso. Aquello fue el detonante de su furia. Sin darme tiempo a reaccionar, comenzó a besarme.

# Capítulo 17: La primera vez

---

El sabor de sus besos me era tan familiar. Como si antes de ese momento, hubiese estado con él en una situación parecida, quizás en mis sueños. Pero aquella noche todo era real, no era una más de mis fantasías, la presión de su cuerpo contra el mío y sus manos apoderándose de mí bajo el vestido, provocaba una catarsis en el subconsciente. Sus besos rebosaban pasión y a la vez ternura. Demostraba en cada roce, que había estado necesitado de este momento tanto como yo. Me olvidé de la rubia malcriada, de Adán y del mundo. Junta a él es donde quería estar. Bruno era mi lugar seguro, donde pertenecía. No había dudas, ni miedos, podía perder la cordura en cada roce de nuestros labios. Si había necesitado una prueba para aclarar mis sentimientos, allí estaba. Él era todo lo que había esperado.

Se separó la distancia justa para mirarme. Había deseo, nervios; pero, sobre todo, en sus ojos había amor. Le sonreí queriendo mostrar que deseaba aquello tanto como él. En silencio tomó una de mis manos y comenzó a caminar hacia su habitación. «¡Hoy sí!, ¡está pasando! Ni todos los somníferos del mundo podrían hacer que me quedara dormida y que se estropeará este momento». Entré a su habitación y cerré la puerta. Me quedé inerte, como si fuera una estatua; sin saber qué hacer. Mi cuerpo pedía saltar sobre él; besarlo, adentrarme entre sus brazos, pero estaba bloqueada y mis traicioneras piernas no dejaban de temblar. Sus labios se curvaron en una sonrisa que me llenó de calma.

—¿Quieres hacer esto?

«¡Sí, sí, sí!, ¡Obvio que quiero!» Mi yo interior gritaba, pero mi boca no lograba articular palabras. Al ver mi nerviosismo se acercó, dejando nuestros cuerpos uno junto al otro. Abrazándome por la cintura colocó su rostro en la curva de mi cuello, a la vez que besaba mi piel expuesta susurró en mi oído:

—No sabes cuánto te amo Diana —esas palabras fueron el detonante para mi dinamita. Los sentimientos que tanto se habían escondido por años, escaparon sin miedo.

—Yo también te amo, quiero esto más que nada.

El rostro de Bruno irradiaba felicidad. Levantó mi vestido hasta sacarlo del cuerpo, dejándome en ropa interior. Observó cada parte de mí, recorriéndome, deleitándose en cada curva. Momentos después su semblante se ensombreció.

—Veo que al final compraste ropa interior para tu viaje —su tono de voz era una mezcla de ironía y tristeza.

—No me acosté con Adán, no pude hacerlo. —Me abrazaba a mí misma sintiéndome incómoda al sentirme desnuda.

—Dios Diana —suspiró—. Te amo tanto, no soporto verte junto a él. —Con ansias atacó mi boca,

apoderándose de mis labios y me fundí en aquel beso.

Se apresuró a quitarse la camisa, me sentí flotar en el aire. Me entregué al momento ayudándolo a quitar el resto de botones. No era la primera vez que lo veía con menos tela que la que llevaba puesta, pero en ese instante lo sentía mío.

Me despojó de la ropa interior, no sentí vergüenza. Terminó de desnudarse haciendo que ambos estuviéramos en igualdad de condiciones. Cada roce de sus manos me hacía temblar. Mi interior ardía, aquello iba más allá de la pura lujuria. Me acarició como nadie lo había hecho, se preocupó de cada detalle. Estuvo pendiente de cada reacción de mi cuerpo y, solo detuvo su deliciosa tortura, en el momento que le supliqué cuánto lo necesitaba. Era dulce, paciente y cuidadoso. Si sentí dolor ante la intrusión de su cuerpo en mí, fue borrado por sus caricias.

No hubiese querido vivir aquel momento con nadie más. Si había que morir para subir al cielo, debía estar muerta. Porque entre sus brazos sentí por primera vez el paraíso. Extasiados en la cama nos miramos uno al otro. Él era el príncipe azul para mí. Tan solo me arrepentía de una cosa: haberme dejado llevar por mi baja autoestima y perder tantos años de estar entre sus brazos.

No tuve que fingir sueño, deseaba lo que estaba pasando más que nada. En nuestras ansias de estar juntos, revivimos la pasión por segunda vez. Me había perdido de mucho los veintiocho años de vida. Entre besos y caricias nos quedamos dormidos.



Hacía mucho tiempo que el despertar con los rayos del sol, no me hacía maldecir en varios idiomas. Tardé unos minutos en abrir los ojos, tenía miedo que lo que había pasado la noche anterior fuera producto de mi loca mente. Y en vez de estar en la habitación de Bruno, estuviera en la mía, sola. Una sonrisa de tonta enamorada se paseó por mi cara al verlo. Todo había sido real y no solo eso, él estaba junto a mí con la sabana cubriendo la mitad de su cuerpo. Se encontraba dormido, no podía dejar de mirarlo. Aun no lograba creerme que él y yo, ¡ya no era virgen!

Mi mente comenzó a hacer planes. Llamaría a Adán y le aclararía que, entre él y yo, nunca pasaría nada. Y lo haría feliz, porque no tenía el mínimo interés en continuar con esa mentira. Bruno lo primero que haría nada más despertar, además de quizás volver a repetir desayunándose mi cuerpo, sería abandonar a la rubia teñida. Me sentía feliz y esperanzada, no volvería a probar una gota de alcohol. No más corazones rotos. Me acerqué a su cuerpo y lo abracé recostándome sobre su pecho. Su mano acarició mi espalda baja.

—Buenos días, princesa. —saludó con su mejor sonrisa mientras luchaba por terminar de abrir los ojos.

—Buenos días amor de mi vida. —Me había convertido en un costal de azúcar empalagoso.

—¿Así qué el amor de tu vida? —Ladeó su cuerpo y se colocó sobre mí.

—Llevo media vida enamorada de ti. Así que creo que eso debe significar que eres el amor de mi

vida, ¿no? —Su teléfono se escuchó fuera de la habitación—. Déjalo seguir sonando. No salgas de la cama.

—Eso es justo lo que pensaba hacer, preciosa.

Pero para mí desgracia, eso que después de la tormenta siempre llegaba la calma, en mi caso era lo opuesto. Después de la calma siempre llegaba la tempestad, la tormenta, el terremoto, el huracán, los tornados y hasta el apocalipsis. En resumen, a mi nada me salía bien. Su teléfono amenazaba con seguir sonando, hasta que no contestara o lo apagara.

—Nena, debe ser algo importante tengo que contestar. —Me regaló un último beso en los labios que, si hubiese sabido lo que llegaría, lo habría saboreado más.

Se levantó y se tapó con una toalla anudada a su cintura para salir de la habitación. Lo escuché contestar al teléfono. Sabía que estaba mal, pero mi curiosidad y, sobre todo los celos, lograron hacerme salir de la cama para enterarme quién insistía tanto.

—¿Qué ocurre Sam?

«¡Sam, Samanta!, ¡la rubia sin gracia, la Barbie silicona! Ella es la causante de romper mi burbuja de amor».

Intenté calmarme. Él debía terminar con ella, me convencí que lo siguiente que escucharía era como le diría: tenemos que hablar. Era tan maravilloso y caballeroso, que no iba a romper por teléfono. Aunque si lo hacía seguiría pensando que era el mejor hombre del mundo. Casi preferiría que no volviera a verla en la vida.

—Tranquila, no te alteres, ahora mismo voy a tu casa, cálmate me visto y voy hacia allí, no te muevas.

«¿¿Qué?!, ¿acaso escuché bien?, ¿va ir a su encuentro? ¿Y lo qué pasó anoche? No soy nada, no le importo, ¿solo fui una más?».

Escuché sus pasos acercarse a la habitación y retrocedí hasta meterme en la cama. Debía tener explicación. Me la daría y volvería conmigo, como si la llamada no hubiese ocurrido. Su rostro parecía preocupado y hasta furioso. Me dedicó una mirada fulminante y comenzó a recoger su ropa.

—¿Qué ocurre?

—Tengo que ir a casa de Sam —se limitó a decir.

—¿Cómo?, ¿me vas a dejar para ir con Sam?! —No lograba controlar los celos y el pánico al darme cuenta que mis sospechas eran ciertas.

—Sí, con Sam. Como lo escuchaste. A veces no piensas cuando actúas y a mí me toca arreglar lo que tú provocas.

Lo vi buscando en el suelo y levantar el bote que había usado para mis maldades. Sin darme cuenta

por la pasión del momento, lo había dejado caer al desnudarme. Se arregló con rapidez, agarró sus llaves, su teléfono y salió de la casa sin decirme adiós. Sin un beso, sin explicaciones. Mi corazón se rompía en millones de pedazos. Me sentí una apuesta, un juego. El objeto a conseguir entre dos hombres. Todas las palabras que me había dedicado eran una mentira, me dejó sola para regresar con ella.

Dejé escapar las lágrimas que había ocultado en su presencia. Había caído como una idiota. Ni se molestó en disimularlo y por más que lo quisiera culpar, todo era culpa mía. Porque yo lo busqué, no se lo impedí. Me dejé llevar sin importarme que tenía novia.

Salí de la cama destruida, no pensaba quedarme esperando que regresara de estar con ella. Comportarme como la amante, no le daría el gusto de ver la destrucción que había hecho en mí. Me vestí con lo primero que encontré, el maquillaje de la noche anterior se esparcía por mis mejillas, me puse las gafas y agarré mi bolso. Dejé en el departamento el teléfono para que nadie pudiera localizarme. Solo quería escapar de la casa que me había dado el mejor momento de mi vida y mi peor desilusión.

Caminé por la calle como salida de una película de terror. Sin saber a dónde ir. Como si estuviese sonámbula, perdiendo la noción del tiempo. Detuve mis pasos en un puente, miré hacia abajo para ver como lo cruzaba un río. Nunca fui de pensamientos de atentar contra mí misma, pero en ese momento me imaginé dirigiéndome hacia el vacío para dejar de sentir ese dolor en el pecho. Subí por la barandilla de hierro y me senté sobre ella agarrándome con fuerza. No pretendía lanzarme, solo deseaba observar el agua en calma, obtener un poco de paz.

Una mano agarró mi brazo. Escapé de mis pensamientos y por un momento tuve la ilusión que fuera Bruno que me buscaba arrepentido. Un señor mayor con una expresión dulce en su rostro me sonreía.

—Niña, no sé qué te trajo hasta aquí. Pero nada es lo suficiente importante para que estés haciendo esto. —Quise explicarle que no era lo que pensaba, pero mi capacidad de hablar se marchó al regresar las lágrimas. Me ayudó a bajar, sin dar explicaciones me arrastró hacia él y me abrazó como un padre abraza a su hija, acariciándome el cabello.

»Lo que ahora te parece tan malo mañana será solo pasado. Te reirás por la tontería que estabas pensando hacer, ¿de acuerdo?, tengo hijas de tu edad, no eres la única que pasa malos momentos. —Asentí en señal de agradecimiento—. ¿Quieres que te acompañe a alguna parte, con algún familiar?

—No, gracias. Estaré bien, no pensaba saltar lo prometo.

—Está bien, voy a creerte. Solo prométeme que no vas a volver por aquí.

—Se lo prometo. —Me solté con suavidad de su agarre y me despedí avergonzada.

Seguí caminando hasta que encontré un bar abierto. A pesar de todo lo que me había ocurrido tenía hambre, las penas no me quitaban lo tragona. Me dirigí al lugar esperando que un buen café me ayudara a bajar las tristezas.

# Capítulo 18: Sexorcíseme padre

---

Me senté en uno de los taburetes de la barra del bar. Necesitaba llenar mi estómago. No era de esas mujeres que pagaban con la comida los males de amores. Tragaba como si fuera un cochino al que iban a llevar a sacrificar y le colocaban frente al hocico su última comida.

—¿Qué te pongo? —preguntó el guapo camarero.

Lo miré a través de las gafas, con los ojos hinchados y rojos. Con las pestañas pegadas por el maquillaje. Lo devoré ansiosa. «Vaya si es guapo el maldito. Mirar es gratis».

Por lo menos no tirarme por el puente, me había dado el regalo de ver a un chico guapo. No era mucho, pero no tenía nada más a lo que aferrarme. Al ver que estaba idiotizada con su imagen y no respondía, aclaró la garganta y volvió a preguntar.

—¿Qué te pongo?

—Me pones mucho —contesté en tono seductor y casi caí de la silla cuando me di cuenta que lo había dicho en voz alta—. Un café y unos huevos con papas fritas, extra de tocino y un vaso de agua. Que el agua no engorda y desde hoy estoy a dieta.

El camarero sonrió de un modo extraño, como si pensara que estaba loca y se alejó para preparar el pedido. «No voy a pensar en Bruno». Me repetía una y otra vez mientras seguía sin hacer caso a mis pensamientos. No lograba sacarlo de mí mente. No quería recordarlo. Si lo hacía volvería a llorar y quizás, intentaría usar la cuchara para sacarme el corazón en lugar de comer.

—Aquí tiene. —Colocó el desayuno frente a mí.

—Gracias, guapo.

Intenté comer luchando una guerra interna en cada bocado. A quien quería engañar, lo devoré entero. Acabé con cada rastro de comida, hasta chupé el plato. Antes de morir por atragantamiento, di un sorbo a mi café. Esperaba que aquel líquido oscuro me ayudara a bajar las penas.

—¡Camarero!

—Sí, ¿qué necesita? —Juraría que me sonreía más de lo normal.

—¿No podría ponerle algo a este café? No sé, un poco de las botellas que están por allí, para que tenga sabor.

El chico lindo hizo lo que le había pedido adulterando mi bebida. Cuando se iba a llevar la botella, agarré su mano con posesión.

—Déjala aquí por favor.



Me tomé el café ahogado en alcohol y en la misma taza, comencé a servir más líquido de la botella. Cada trago iba manipulando mis sentidos. Creía que, perdiendo la conciencia, dejaría de sufrir por ese hombre. Cuando lo estaba logrando, en la radio comenzó a sonar una canción.

—No, ¿por qué?! —grité desconsolada ante la letra. Agarré la botella como micrófono y canté a pleno pulmón—. ¡En mi mente estás, como una adicción, que se siente dulce tierna y natural! ¡No!, ¡él es tan tierno! —gritaba a todo lo que daban mis cuerdas vocales—. ¡Tú mi locura tú, me atas a tu cuerpo no me dejas ir!, ¡tú!

Bebí. Grité. Bebí de nuevo. Berreé. Volví a beber y llegué al fondo de la botella, sentí las manos del guapo camarero recogerme del suelo. Me había caído del taburete en plena sesión de cante y no me había dado cuenta. Me revolcaba por el piso a gritos, cantando y llorando con la misma intensidad.

—Creo que ya ha bebido suficiente señorita, ¿le llamo un taxi?

—Nnnnoooooop eztooy perrfectamente.

Parpadee varias veces para lograr aclarar mi visión, aunque no sirvió de mucho. Seguía viendo todo doble. Como pude pagué al amable camarero y en zigzag salí de allí. Seguí mi camino rumbo a la destrucción. Esperando ver una señal divina que me indicara como proceder. Ante mí, apareció una iglesia.

«Es una señal, aquí es donde estaba tu destino, nada te habría pasado si te hubieras hecho monja». Logré entrar al edificio arrastrándome por la pared. De aquella manera lograba seguir de pie y no caer al suelo. En la entrada había un cuenco de piedra que parecía tener agua dentro. «Esto debe ser como en las mezquitas. Hay que lavarse antes de entrar porque son lugares sagrados».

—No seré yo quien llegue a romper las reglas.

Me dirigí con lentitud hacia el agua. Introduje mis manos y me lavé la cara. Los brazos. Me quité los zapatos, los calcetines, me eché agua en los pies. La gente me miraba mal y notaba cuchicheos detrás de mí. Los ignoré. Seguro se habían dado cuenta que ya no era virgen y me estaban criticando.

«Viejas beatas son peores que mi santa madre».

Cuando terminé la limpieza que pensé que exigía el lugar, me adentré en la iglesia. Hasta que logré encontrar lo que estaba buscando. ¡El confesionario!

Eso debería ser como el gran hermano de Dios. Entraría y tendría una conferencia con el Santísimo. Le contaría todos mis pecados. Todas mis preguntas serían respondidas y él, me daría la paz que tanto necesitaba. Caminé todo lo decidida que mi estado ebrio me permitía. Hasta llegar y sentarme en uno de los lugares. Esperé un rato, cerré una la puerta acomodándome en el interior. Creí perder el conocimiento.

—Ave María Purísima —se escuchó una voz masculina.

A lo que le siguió mi contestación:

—Grrrrrrrrrrrr, grrrrrrrrrr, grrrrrrrrrr.

Quisiera decir que era una mala imitación de un gato ronroneando, pero no. Eran mis ronquidos. El sacerdote se aclaró la garganta con fuerza para hacerse notar y repitió elevando la voz.

—¡Ave María purísima!

—¡Ah! Casi me mata de un infarto.

—Señora, ¿está aquí para confesarse? —Como obra de un milagro recordé dónde me encontraba.

—Sí, sí, claro para eso estoy aquí. Ya cumplí con todos los requisitos. Me lavé en la entrada con el agua que tienen en el cuenco.

—¿Cómo?!

—Eso. Que ya me limpié con el agua.

—Señorita —dijo en tono molesto—, el agua de la que habla es bendita. No es para lavarse, sino para persignarse con ella.

—¿Por qué me llama señorita? Porque no, ¿señora? —Me puse a llorar—. ¿Se me nota verdad?, ¡quedé para vestir santos!

—Seño...

—No puedo ser casada, no me quiere nadie —lo interrumpí.

—¡Bueno, señora!, ¡¿va a confesarse de una vez?!  
«El sacerdote es de todo menos amable. ¡Qué mal carácter!».

—Sí, discúlpame —sollozaba sin parar.

—Ave María Purísima.

—No, se equivoca. No me llamo María. Mi nombre es Diana. En realidad, es Dolores Diana Parto y eso de pura, es discutible.

—Escúcheme seño... —Proseguí sin dejarlo terminar la frase.

—Porque hasta anoche era pura, pero hace unas horas dejé de ser virgen. Señor cura dígame que puedo ser monja, aunque ya en vez de purísima sea putísima.

—¡Señora! Volvamos a comenzar. Le explico: diré Ave María Purísima y usted me contestará, sin pecado concebido. Perdóneme padre porque he pecado y después comenzará su confesión.

El pobre sacerdote era un santo si aún no me había echado a patadas del lugar, poco le faltaba.

—¡Ah! Ya entendí. Dale ahí. Venga, venga, ahora verás que si puedo.

—Dios dame paciencia —murmuro en voz baja—. Ave María Purísima.

—Sin pecado concebido, perdóneme padre porque he pecado, ¿lo dije bien?

—Sí hija, prosiga.

—No, yo su hija no soy, ¿o acaso usted conoce a mi madre? ¡No me diga! ¡No! —Me llevé una mano al pecho intentando controlar mi corazón. Tantas malas noticias el mismo día, no sé si sería capaz de soportarlas—. Mi padre no es quien creo, ¿usted es mi papá?, pero ¿cómo? ¡No que los curas no pueden tener sexo! Vengo buscando consuelo aquí y me encuentro con que mi madre es una adúltera.

—Pero señorita, ¡¿Qué dice?! No grite.

—Mi madre se acuesta con el cura, por eso me obligaba a ir todos los domingos a misa. ¡Dios llévame contigo, no soporto tanto pecado!

—¡Señorita, yo no soy su padre! Todos somos hijos de Dios.

«Juraría que me volvió a decir señorita con malas intenciones».

—¿Entonces?, ¿mi madre es la virgen María?, ¿por qué soy mujer y no me llamo Jesús? No puede ser, ahora resulta que soy un travesti. —El padre se atragantó con su propia saliva y comenzó a toser—. Si soy hija de Dios, ¿me van a crucificar? Lo sabía, tenía que haberme tirado por el puente. —De nuevo comencé a llorar desconsolada—. Venía para preguntarle si aún sin ser virgen podría ser monja, y ¡¿qué me encuentro?! Que soy hija de Dios. ¿Eso significa que voy a tener súper poderes?

—¡Muchacha! —gritó el sacerdote, pero mi parloteo era incansable.

—Entonces si tengo súper poderes lo mismo... ¡puedo ser la novia de Thor! —El sacerdote salió del confesionario y abrió la puerta de donde me encontraba.

—¡Hágame el favor de salir de aquí!

—¡No! Usted tiene que ayudarme, si no me ayuda, ¿quién lo hará? Estoy muy mal. Las botellas de alcohol me hablan, el otro día intenté violar a mi Thor de cartón tamaño real. ¡Soy una pecadora! —El sacerdote me agarró de los brazos y tiró de mí fuera del confesionario—. ¡Ayúdeme! —Lloré colocándome a cuatro patas acercándome mientras él retrocedía.

—¡Hija de satanás! Pecadora salga de este lugar santo.

—¿Usted también se dio cuenta? Lo sabía, estoy poseída por el diablo, soy la niña del exorcista. —Me llevé las manos al cuello—. Ahora comenzará a darme vueltas la cabeza, ¡sexorcíseme, sáquelo de mí!

—¡Está loca!, ¡se dice exorcismo, no sexorcísimo!

—¡Ah claro! Usted muy macho para acostarse con mi madre y ser mi padre, pero no para acostarse conmigo y sexorcisarme, ¿no? Claro porque estoy gorda, fea, soy una pecadora. Solo soy de usar y tirar. Me arrancan la virginidad para luego, ¡irse a revolcar con la guarra de su novia!

—¡Señorita! Contenga su lenguaje en este lugar santo y salga ahora mismo de aquí. ¡No vuelva nunca!

Las voces de la gente comenzaron a escucharse más fuerte, gritaban: ¡fuera, pecadora!

—No por favor, dígame que tengo que hacer para quedarme aquí y hacerme monja. —El sacerdote me dejó hablando sola y comenzó a alejarse de mí. Dos mujeres se acercaron, comenzaron a arrastrarme y me sacaron de la iglesia a empujones. Juraría que me dieron una patada en el trasero. Lo último que escuché fue al sacerdote decir:

—¡No vuelvas jamás!

La gente que caminaba por la calle y vio mi salida, me miraba como si fuera una apestada.

—¡¿Qué miran?! El cura es mi padre y ahora no quiere hacerse cargo de su hija.

Me levanté sin paz alguna, peor de lo que entré. Con dolor de trasero por la patada de aquella vieja. Volví a caminar sin rumbo, estaba perdida. No quería volver a casa; pero, aunque quisiera, no tenía idea como regresar.

Llegué a un edificio y alcancé a leer una pequeña placa en la pared que ponía: Alcohólicos Anónimos.

—¡Gracias Dios por indicarme el camino! —Vi que había varias salas de reunión y entré a la primera. Allí se encontraba un grupo de mujeres sentadas alrededor, haciendo un círculo de sillas—. Buenas tardes —dije con sonrisa de ebria.

Las señoras me saludaron, una de ellas que tenía un libro en sus manos me indicó que pasara y tomara asiento.

—Chicas la reunión va comenzar, hoy tenemos a una nueva integrante, ¿quiere presentarse?

Eso sí era amabilidad, no la que me dieron en la iglesia. Esa gente me comprendía. No podía echarme atrás, tenía que ponerme de pie y confesar todos mis problemas.

—Me llamo Dolores Diana Parto y soy alcohólica. —Vi las caras de las mujeres mirarse unas a otras como si no comprendieran, pero antes de que hablaran seguí con mi discurso—. Hoy vengo borracha, desde el desayuno estoy bebiendo. Pero ¿acaso vosotras no beberían si fueran a la iglesia y se enteraran que sois hijas de Dios? Después de tanto tiempo supe que mi madre se acuesta con el cura de la iglesia. A la vez fue la virgen María y yo debería llamarme Jesús. —La señora del libro levantó un dedo intentando hacerme callar.

»No me interrumpa por favor, aún tengo más que decir. Ahora tengo dudas de que mi madre en su lujuria también se acostara con Thor. Si eso fuera así yo podría ser su hija, ¿¿se dan cuenta de la

gravedad?! El otro día casi tengo sexo con mi casi padre Thor. —Un murmullo de voces llenó la habitación—. Bueno, quizás deba olvidarme de él. Dicen que tiene un hermano, lo mismo puedo intentarlo con Loki.

—Perdona, ¿señorita? ¿Cómo decía qué se llamaba?

—¡Y dale! Otra que me dice señorita, ¿por qué no puedo ser señora? ¿Qué no me puede querer nadie? Claro, como no tengo la cara llena de patas de gallo como la mayoría de las que están aquí presentes. No puedo ser señora, ¿no? Pues déjenme decirles que, si yo las veo en un callejón oscuro, las confundo con la llorona, ¡feas!

La mujer que sostenía el libro se levantó. La dejé hablar.

—¡Señorita! —dijo de nuevo en tono hiriente, la muy maldita—. Nosotras seremos feas, pero por lo menos no confundimos Alcohólicos Anónimos, con el club del libro de amas de casa. Lo que usted busca está en la planta de arriba, aunque le aconsejaría internarse en un psiquiátrico.

—Hmm —me quedé muda.

Dicho eso y en mi mente de ebria que en ese momento tenía las ideas claras, paré un taxi y fui a donde debía de estar.

—¿A dónde la llevo? —preguntó el taxista.

—¿Conoce algún sanatorio mental cercano, para hijos del señor Jesucristo?

—¡¿Cómo?!

—Pues claro que como o ¿es qué no me ve?, ¿qué cree que vivo del aire?, ¿acaso piensa que estas carnes son de solo beber agua? ¡¿Me está llamando gorda?!

—Tranquila, ¿dónde la llevo?

—¿Sabe de algún psiquiátrico?

—Señorita, ¿va a visitar a algún familiar?, ¿no cree que mejor la llevo a su casa?

—¡No, a mi casa no! Lléveme a donde le pido.

Después de un rato dando vuelta por las calles de la ciudad. Unos ronquidos míos, sentir la baba caerme por la comisura de los labios, llegamos al lugar correcto.

—Ya estamos aquí. ¿Segura quiere quedarse? Mira que no soy experto, pero creo que lo que usted necesita es una cama y dormir. Que se le pase el alcohol, hasta aquí huele.

—Aquí está bien. —Saqué mi cartera y la abrí mostrándosela—. Cóbrese y ojo, que estoy

mareada, pero veré si se cobra de más, ¡eh!

El taxista movió su cabeza negando y después resopló. Me ayudó a salir y seguí mi camino al interior del edificio.

—Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudarla?

Después del saludo de la amable recepcionista. Comencé a contarle mi experiencia siendo hija de Dios, ganándome un lugar calentito y aseado, en una de las mejores habitaciones del sanatorio. Las acolchadas.

# Capítulo 19: Huyendo

---

Mi experiencia en el sanatorio mental era algo que no estaba dispuesta a recordar. Había pasado tres días internada de manera voluntaria, era lunes y no asistí al trabajo. Tras una larga charla con el psiquiatra, ambos decidimos que lo mejor era enfrentarme al mundo y a mis problemas. No quería llamar a Virginia y menos a Bruno, así que me decidí por la única persona en la que confiaba en ese momento para que me acompañara en mi salida del hospital. Unas horas después Karen se escapó del trabajo para sacarme del encierro.

—Dime que ha pasado, ¿qué haces aquí? —preguntó en cuanto estuvimos solas.

—Te lo contaré, pero ahora vámonos de aquí.

—¿Te llevo a tu departamento?

—Sí, necesito agarrar algunas cosas, ¿podría pasar esta noche en tu casa?

—Sabes que sí, no me voy a perder por nada tu explicación, voy a ser toda oídos.

Tras un largo trayecto llegamos a mi departamento. Pedí a mi jefa que subiera conmigo, la necesitaba como mi guardaespaldas. Si Bruno o Vicky pretendían hablarme o preguntar dónde estuve, ella debía cortarles el paso y noquearlos. Quizás exageraba, pero por nada del mundo quería dar explicaciones. Solo necesitaba evaporarme. Entramos como si fuéramos ladronas intentando no hacer ruido. Una vez allí nos percatamos que no había nadie. Recogí mi teléfono que ya se encontraba sin batería y guardé algunas de mis pertenencias dentro de una maleta. Me dispuse a escribir una nota a Vicky. Ella no tenía culpa, no merecía que la preocupara.

*Querida loca pervertida: no te preocupes por mí. No mandes a toda la policía a buscarme porque estoy bien. No me han secuestrado, ni violado, aunque eso te pondría feliz porque dejaría de ser la monjita. Tengo mucho que contarte, pero aún no me siento preparada.*

*Si Bruno pregunta por mí, no sabes nada. Dile que caí en alguna zanja y me quedé atascada con mis carnes, es una historia creíble, ¿no? Me llevaré el teléfono, cuando esté lista para hablar te llamaré. Lo siento por irme así, pero no puedo estar bajo el mismo techo que Bruno.*

*Te quiere Diana.*

Mi jefa me dejó en su casa y regresó al trabajo. Sabía que volvería y debería contarle todo lo ocurrido, no aceptaría respuestas vagas. Querría todo con pelos y señales, pero por muy poco que me agradara la idea, era algo que debía hacer.

Horas después regresó y me abrí a contar todas mis desgracias. Me escuchó en silencio. Le faltó hacerse palomitas y comérselas mientras escuchaba mi terrorífica historia sobre borregos, pérdida de virginidad y sexorcismo. Hasta que, dejó a un lado el asombro que mostraba su rostro, para hablarme.

—Si no me quieres contar la verdad no lo hagas, pero no inventes películas.

—No son películas lo juro, todo ocurrió como te lo he contado.

—¡No lo puedo creer! Si lo llego a saber te hubiese dejado internada en ese sanatorio, ¡estás loca! —reía provocando que enterrara la cabeza en mis rodillas.

—¡No me juzgues! Podrías tratar de entenderme. Ahora no quiero volver a casa y no puedo quedarme aquí de refugiada. Entendería que me despidas, pero mañana saldré de viaje. Me iré a ver a mi madre y a mi padre, quizás soportar a la bruja me haga querer volver a mi vida.

—No quiero despedirte, te quiero como a una hija. Lo sabes. Me gusta como haces tu trabajo, desde que comenzaste en la empresa no has tenido vacaciones. Tómalas ahora, desde hoy tendrás un mes para ti. Y si quieres, puedes quedarte en mi casa el tiempo que necesites.

—Gracias, pero si me quedo tarde o temprano Vicky insistirá tanto que sabrá donde estoy. Bruno también se enterará y prefiero dejar pasar el tiempo, cuando lo haya superado volveré a enfrentarlo. Ahora no me siento capaz.

—Está bien, aunque no comparto tu opinión. Creo que no deberías irte sin antes hablar. Sois amigos desde hace años, te dijo que te amaba, no puede ser que arriesgue una amistad así por una sola noche.

—¡No quiero ni verlo! ¡Entiende! —grité ante la sola idea de tenerlo frente a mí y no poder resistirme a sus ojos azules.

—No insistiré, pero piénsalo con la almohada esta noche antes de hacer nada. Ahora te tengo que dejar porque necesito dormir, hay que sacar fuerzas para mañana. Te quedas en tu casa.

Después de la larga conversación intenté descansar, aunque si dijera que lo hice mentiría. Mi mente no dejaba de pensar y torturarse. Quizás mi foto se encontraba en el vaticano como la más buscada, puede ser que hasta el Papa quisiera venir personalmente a hacerme un exorcismo. Si eso hubiera ocurrido en otra época, estaría huyendo de la inquisición y no de Bruno.



La mañana llegó y con ella un día nuevo. Me despedí de mi jefa y proseguí mi camino hacia la estación de tren. Lo tenía decidido, había pasado mucho tiempo desde que no veía a mi familia. Apenas estaban a dos horas de distancia en tren, pero solo pensar en ver el rostro de mi madre... aquella mujer era satán reencarnado. Para describir a mi amada mamá, las únicas palabras correctas serían llamarla un ser único y especial. Y no en el buen sentido.

Su aspecto lucía siempre impecable. Conservada en exceso gracias al Botox y demás cirugías que negaba haberse hecho. Su obsesión era hacerse pasar por mi hermana mayor, la hermana guapa. Religiosa, hasta parecer fanática. Me obligaba cada domingo a asistir a misa y para mi horror, tenía que ir vestida con una ropa vergonzosa que, según ella, era adorable. Mi vestuario consistía en llevar esos trajes de muñeca de porcelana que ponen a las niñas pequeñas. En una niña de dos o tres años



se ve tierno, en una adolescente pasada de peso, no entremos en detalles. No había segundo del día que no me reprochara que tenía celulitis por la gestación de mi cuerpo en su vientre. Lo mucho que sufrió al darme a luz. Lo mal que lo pasó los nueve meses de embarazo. A eso le podíamos agregar su mayor entretenimiento, decirme lo gorda que estaba y cuánto necesitaba alimentarme como conejo comiendo lechuga. Podría culparla de todos mis complejos, pero era dueña de mi vida. Aunque debía resaltar que en esos momentos era la sombra de lo que mi amada madre creó en mí. Repitiendo hasta la saciedad que me pudriría en el infierno si me dejaba tocar por un hombre que no fuera mi marido.

"Dolores cariño, no es por ser cruel. La verdad a veces duele, pero ser monja es algo muy bonito. Dedicarle tu vida a Dios. En este mundo estamos para casarnos, tener hijos, nietos, pero todo dentro del matrimonio. Y tú mi niña, mírate. No es que seas muy agradable a la vista de los hombres, no creo que encuentres un marido. Sin embargo, Dios no nos juzga. Él nos quiere tal como somos y nos ve hermosos, aunque seamos ya sabes... como tú".

Esa era mi santa madre, a la que no había visto en cinco años. Con la que hablaba una vez al mes, porque lo único que decía cada vez que descolgaba el teléfono era: ¿aún no tienes novio verdad? Hija recuerda, Dios nos quiere.

Si ella se enterara que su hija acababa de perder su virginidad fuera del matrimonio, con un hombre que tenía pareja sin pasar por el altar; su reacción sería comprarse una sotana y comenzar a gritar: *in nomine patrias et filia et espíritu sancta* y ahogarme en agua bendita para limpiar mi alma pecadora. No era una exageración apostar mi vida a que lo haría.

Mi querido padre era diferente, un buen hombre. Más bien un santo por aguantar a mi madre todos esos años. Debía ser un ángel del cielo, uno pagando la penitencia de soportarla. Él era lo que se suele llamar un: calzonazos, mandilón, sometido, dominado, pisado y todos los sinónimos que se pueda usar para el mismo significado. El perro faldero de mi madre, ella ordenaba y él obedecía. Para él era su niña hermosa, su hija adorada, la mujer más bonita a sus ojos. Pero como nunca me conoció un novio, creía que era lesbiana y, por tanto, en su mente religiosa, una pecadora. Aun así, me amaba de la misma forma que yo a él.

Me dirigía, al matadero después de tantos años. El viaje en tren pasó con rapidez. De hecho, demasiado rápido para mi gusto y para el terror que sentía por aquel reencuentro. Una vez en la estación, cargué mis maletas y tomé un taxi camino del purgatorio. Al llegar frente a la puerta de casa, luché con mi yo interno que quería darse la vuelta y marcharse; llamé a la puerta. La voz de mi madre se escuchó.

—¡Ya voy!

«¡Que Dios se apiade de mi alma!».

La puerta se abrió dejando ante ella una perfecta mujer. De una edad avanzada, pero hermosa. Justo como la había dejado años atrás, incluso en vez de envejecer la veía más joven. En su rostro se dibujaba una sonrisa exagerada, hasta el momento que me reconoció. Aquella brillante sonrisa de dientes perfectos quedó en una mueca llena de maldad, donde se leía en cada rastro de ella: ¡te las haré pasar putas!

—¿Dolores?, ¿hija?

—A no ser que tengas otra fuera del matrimonio madre, soy yo.

—¡Qué cosas dices! Lávate esa boca con jabón, soy una señora decente, pero no te quedes ahí pasa niña.

—Gracias por no dejarme en la calle madre. —Hice lo que me pidió y pasé arrastrando mi maleta sin recibir ayuda por su parte—. Madre voy a mi habitación a soltar mis cosas. —Quería huir de su inquisidora mirada, que me observaba buscando mis millones de defectos.

—No hija, tu habitación ahora es un gimnasio. Como te fuiste decidí darle un buen uso. Por cierto, deberías pasarte por allí no hay duda que te hace falta. Este año que has pasado fuera no es que te haya favorecido demasiado, estás un poquito...

—¿Gorda madre? Ya veo que la edad no te ha afectado a la vista. Pero por lo menos aún conservo la juventud, no necesito pasar por el cirujano para verme de treinta. Y no estuve fuera un año sino cinco, ya veo cuanto me extrañaste. «Esta mujer saca lo peor de mí».

—¡Un respeto a tu madre! Claro que te extrañé hija. ¿Cómo puedes decir eso?, si aún recuerdo cada día lo mucho que sufrí cuando me puse de parto. Y el cirujano podría ser tu mejor amigo porque no te haría mal una liposucción, podríamos agendar una cita.

—Madre, estoy perfecta siendo quien soy. No regresé a que me cambiaras, solo quería pasar un tiempo con mi familia sin pelear, ¿puedo?

—Claro que sí mí niña, puedes quedarte el tiempo que desees. Me alegra muchísimo tenerte aquí.

—¿Mi padre dónde está? —pregunté implorando al cielo que mi ángel guardián apareciera, librándome de los tentáculos de aquella bruja.

—Lo mandé a comprar unas cosas que necesitaba, en un rato estará aquí.

La dejé con la palabra en la boca y caminé hacia mi antigua habitación. Al abrir la puerta comprobé que aquel engendro de satán, que se hacía llamar mi madre, tenía razón. Aquello era un pequeño gimnasio. Los pasos de mi castradora progenitora se escucharon detrás de mí. En sus manos cargaba unas mantas.

—Toma hija, ahí tienes unas esterillas de yoga muy cómodas. Te servirán para dormir con estas mantas, así no pasas frío.

—Pero puedo dormir en la habitación de invitados.

—¡No, claro que no! Tú no eres una invitada. Eres mi hija, de la familia. Duerme en tu habitación.

—Pero ya no es...

—¡Nada! No repliques, aquí estarás comodísima. Esperemos que el ambiente te haga hacer

algo de ejercicio, ¡qué falta te hace! ¿Debes tener hambre verdad? Voy a la cocina a prepararte algo. Podrías no sé, montarte en la bicicleta y mover las piernas mientras lo preparo, es solo una proposición.

—Sí madre, lo que usted diga.

La vi salir y dirigirse a la cocina. Cerré la puerta y me tiré en mi improvisada cama. «¡¿Dónde te has metido?!, ¡has muerto y estás en el infierno!» Coloqué una de las esterillas junto a la bicicleta. Mientras descansaba tumbada en el suelo usaba una de mis manos para mover los pedales. Momento después la voz de mi santa madre se escuchó.

—¡Muy bien hija! Sigue haciendo deporte. El deporte es salud. Quema la grasa, te hace falta.

Media hora de infierno después reconocí la voz de mi padre, me levanté del suelo y corriendo fui a recibirlo.

—¡Papá! —grité, mientras lo abrazaba con fuerza y no dejaba ni una parte de su rostro por besar.

—Mi niña, ¿qué haces aquí?

—¿No te alegras de verme?

—Claro que sí hija, déjame mirarte bien. Qué bonita te has apuesto, cada año que pasa por ti te ves más hermosa. Vienes para contarnos que ya tienes novio, ¿verdad?

—No papá, no vengo por eso. Tenía vacaciones y quería verlos.

—Bueno —dijo triste—, supongo que tendré que hacerme a la idea de no tener nietos —bajó su voz hasta dejarla en un susurro—. Sé que no te gustan mucho los hombres, pero intenta disimular delante de tu madre ella no lo soportaría.

—¡Qué no me gustan las mujeres!

—¡Ya está la merienda! Sentarse a la mesa —gritó mi madre como si la ilusión de su vida fuera atendernos y cocinar para nosotros.

Llegamos a la cocina y el estómago comenzó a rugirme. El olor a café recién hecho inundaba todo el ambiente, había unos pasteles de chocolate que decían: ¡cómeme! Y ¿quién era yo para negarme a esa petición de aquel glorioso manjar de dioses? Poseída por la tragona que vivía en mi interior, caminé hacia la mesa. Antes de lograr sentir una de aquellas maravillas sobre mis manos, recibí un golpe en ella.

—¡No Dolores! ¡Niña mala!

Me recibió como recordaba, colocando delante de mí un plato de lechuga recién lavado.

—Esta es tu merienda, no te quejes. Agradece que me preocupo por ti.

—¿No podría ponerle un poco de sal o aliñarlo?, ya sabes darle sabor.

—¡No! La sal retiene líquidos y todo lo que le pongas a ti, te va engordar. Para presumir hay que sufrir, Dolores.

Sin darme oportunidad de replicar, me vi retrocediendo en el tiempo como cuando era una adolescente. Comencé a comerme la lechuga mientras en mi mente imaginaba que me estaba devorando una hamburguesa, con doble de carne, con doble de queso, con doble de todo. Sintiendo que las babas caían por la comisura de mis labios.

Si quería extrañar mi casa y tener ganas de volver junto a Bruno, no podría escoger un lugar mejor. Eso iba a ser una tortura.

# Capítulo 20: El novio que mi madre me buscó.

---

Al llegar la noche un león del tamaño de un mamut rugía en mi estómago. Mi querida madre me estaba matando de hambre, me veía como cuando era pequeña escondiendo comida bajo mi cama. Pero ya no tenía cama y no creía que esconderla bajo la esterilla me diera resultado. En el momento que no logré soportar los comentarios mal intencionados de mi madre, me marché a mi habitación. Busqué el cargador del móvil y me armé de valor para encenderlo. Unos minutos después comenzó a sonar. Había llamadas y mensajes de todos mis conocidos.

«Preciosa, discúlpame por irme anoche de tu casa, pero algo debió de hacerme daño y aun no estoy repuesto. Te veo el lunes. Sabes que te quiero comer enterita, ¿no? Besos». Lo siento por ti, pero otro idiota me comió antes que tú.

«Diana no apareciste en el trabajo y tu teléfono está apagado, cuando leas esto llámame. Estoy deseando meterte en la cama, besos». ¿Es qué ese hombre no pensaba en otra cosa?

También había mensajes de Vicky:

«Violadora de martillos, ¿dónde andas?

¡No me ignores!

¡Contesta!

Niña Bruno y yo estamos muy preocupados.

No has venido a dormir, ¿dónde estás?

¡Si te los estás montando con ese hombre dotado, avísame!, ¡si quieres voy y hacemos el trío!

¡Niña!

Bruno está a punto de cortarse las venas con las cucharas del café.

Acabamos de descubrir que tu teléfono está en casa así que me siento tonta mandando mensajes, si no apareces pronto voy a llamar a la policía».

Leer aquello me provocó una sonrisa que, se desvaneció tan pronto, vi los mensajes de Bruno. No quería leerlos, pero lo extrañaba y las ganas de saber de él pudieron más.

«Diana cariño, ¿dónde estás?

Hace dos horas que estoy en casa y no vuelves, tampoco lees los mensajes.

Por favor amor contesta, tenemos que hablar.

Ya es de noche y no has vuelto, sé que estas enfadada, pero de verdad no tienes motivos.

¡Estoy llamando a todos los hospitales y hasta a las funerarias! Llamé a la policía, pero no me dejan poner una denuncia hasta pasadas cuarenta y ocho horas, ¿quieres solo decirme qué estás bien?

ammmroc dhas estmlksaoy bormaxcdfcho tae aemo miucho

Perdona el mensaje anterior mi vida, mi amor, cariño, no soporté que no llegaras a dormir y me puse a beber, no puedo estar sin saber de ti. Solo dime que estas bien, solo eso.

¡Joder! ¡¿Diana dónde coño estas?! Voy hasta la luna si me dices que estas allí, pero por favor no me dejes ahora, así sin explicación».

Decidí borrar y después bloquearlo, no podía parar de llorar. Dejé de leerlo en el mensaje donde decía que no tenía motivos para estar enfadada, que fácil para él. El sueño me venció mientras lloraba; rogando que, con el paso de los días, ese dolor se fuera.



Los días en aquel purgatorio pasaban con lentitud. Mi madre estuvo pegada a mí como una garrapata chupa sangre, sin dejarme un segundo. Obligándome a comer verduras hervidas sin sal. Desayunaba pepino, almorzaba lechuga y cenaba un vaso de agua. Aquello era peor que estar en la cárcel, por lo menos allí te daban de comer. No me dejaba salir a la calle sin su compañía, porque si me marchaba sola me pondría a comer. Me obligaba a hacer ejercicios y me supervisaba mientras los hacía, pero hasta eso era mejor que volver a casa y enfrentar a Vicky y, sobre todo, a Bruno.

—Dolores mi niña, ¡no lo vas a creer!  
«¿Mi madre diciéndome mi niña? ¡Algo busca, socorro!».

—Dime, ¿qué ha pasado? Ya sé, hoy se te rompió una uña y estás deseando ir a la iglesia a confesárselo al cura. Pues ve mamita, no te preocupes por mí yo ya estoy grande para cuidarme sola.

—Claro que estas grande. Tremendo culo tienes niña, ponte a caminar por la casa. No te quedes sentada, ¡floja!

—Mamá, ¿no tenías algo que decirme o solo era criticar mi culo?

—Ah me olvidé, te conseguí una cita con un hombre. Te ha visto en fotos y ¡qué crees! Quiere salir contigo. Te hice el gran favor de apuntarte en una página de citas online, dejé muy claro en tu perfil que estás como loca por encontrar un hombre.

—¡Mamá!

—Y que el físico no te importa nada de nada, porque hija no estás para elegir. Déjame decirte que tú ya estás para vestir santos, todas tus amigas del colegio ya se casaron.

Estaba en shock. Me había registrado en una página de citas y ella había hecho el perfil, había puesto mi foto y ¿qué foto podría tener de mí? Si hacía años que no vivía en ese infierno.

—¡Estás loca, enséñame esa página ahora mismo!

—Me alegra que pongas interés. —Se fue caminando en busca de su computadora y regresó con ella en las manos mostrando aquel horror de perfil.

Allí estaba yo, con nombre completo y apellido. Mi madre había subido fotos hasta del día de mi nacimiento. Fotos anteriores a mi ortodoncia, hasta del día que me bajó la menstruación por primera vez, especificándolo al pie de la página. Si dijera que no quise estrangularla con mis propias manos, estaría diciendo una gran mentira. La vi ahogarse con lentitud en mi mente, mientras estrujaba su cuello. Le introducía en la boca lechuga para hacer más larga su agonía. Hasta llegué a tener la tentación de darle un sartenazo en la cara, para que se le bajara el Botox y se arrugara la piel, ¡así dejaría de joderme! Porque eso es lo que estaba haciendo. Amargándome la vida. Apenas llevaba cuatro días allí y ya había organizado mi existencia, y ¡hasta me había buscado un novio y qué novio!

—Mira cariño, este es Saturnino Hernández. Míralo hija, podrías estar viendo a tu futuro esposo. —Miré a Saturnino, después observé a mi madre. Volví a mirarlo y de nuevo volví a observarla a ella—. ¿Qué me dices? ¿Tengo buen gusto? Estará aquí en una hora.

—La verdad es que mal no está, si parece modelo mamá. Juraría que su cara me suena de las revistas... ¡Cómo! En una hora aquí, ¿le diste la dirección de la casa a un desconocido?

—No es un desconocido hija, se llama Saturnino y llevo dos días hablando con él haciéndome pasar por ti. Te compré un vestido vamos a arreglarte.

—Me sé arreglar sola y no me pienso poner nada que me hayas comprado tú, que te conozco.

—Dolores, ¡te atreves a despreciar a tu madre! Yo que te di la vida. Que sufrí un tormento para sacarte de mi cuerpo, que he cuidado de ti siempre. —Comenzó con su teatro llorando.

—Está bien mamá deja el drama, lo que tú quieras.

En el momento que dije esa frase presentí qué estaba cavando mi propia tumba. Nunca más tendría dignidad, la humillación jamás se separaría de mí. Terminé con un traje rosa que me tapaba hasta el cuello. Un lazo del mismo color iba anudado en la cintura para hacerlo aún más ridículo. El típico vestido de niñas pequeñas, pero en una mujer de veintiocho años. Lo acompañó de unas manoleínas más rosa aún que aquel vestido, a la que adornaban unos lacitos que lo hacían adorables, de una manera terrorífica. Cuando el infierno aún no había terminado y mi querida madre había decidido que podía torturarme más, se ocupó de mi estilismo peinando mi cabello.

Hizo dos colas arriba de mi cabeza una a cada lado, donde no pudo faltar más lazos adornando mi cabellera. Me maquilló como quien pinta una puerta y cuando por fin parecía salida de una película de terror, a tan punto que quise tapar el espejo no fuera que mi reflejo comenzara a moverse solo; llamaron a la puerta.

—Ya está aquí. ¡Qué puntual! Ya sabes nada de relaciones, nadie va comprar la vaca si antes come la carne Dolores y tú, tienes demasiada carne.

Eso no me podía estar pasando, pero miré el lado positivo. Aquel hombre tan guapo de la foto cuando me viera se daría la vuelta y se iría. No tendría que pasar por una cita que no deseaba, en todo caso si no se iba por lo menos me sacaría de aquel infierno y podría ir a comer algo más que lechuga. Por comerme una deliciosa hamburguesa con mucha grasa, era capaz de salir así a la calle. Y con el sueño de ese trozo de pan con carne, corrí ilusionada hasta la puerta y abrí.

—¿Sí? ¿Qué desea?

—Me llamo Saturnino y tengo una cita con Dolores, creo que eres tú, hermosa —dijo sonriendo con cara de violador serial.

Mi madre se acercó por detrás y lo saludó colocando un gesto en su rostro, diciendo sin hablar: ¿y este quién es? Saturnino, el hombre hermoso de la foto, no era el mismo que estaba frente a mí.

Cuando por fin logré recordar quien era el modelo del perfil, visualicé una valla publicitaria con David Gandy anunciando una famosa marca de ropa interior. Y la cosa horrorosa que estaba en la puerta de mi casa, de lo único que podría ser modelo era de una clínica de cirugía estética mostrando el antes de entrar ahí, para luego anunciar que hacían milagros.

El señor, porque no era un muchacho. Debía tener cincuenta años. Era calvo de toda la parte delantera de su cabeza y por la nuca, se lo había dejado crecer para peinarlo hacia arriba y simular que tenía cabello. Cosa que en vez de favorecerlo lo hacía ver ridículo. Tuve la tentación de preguntar de cuantos meses de embarazo estaba, porque debajo de su pecho salía una prominente barriga que debía ser de quince meses de paternidad. Llevaba una camisa de flores abierta casi hasta el ombligo, que dejaba ver el pecho peludo como si fuera una alfombra. Por el cuello de la camisa la cantidad de pelo era tan exagerada, que se lograba ver que tenía vello por los hombros. Sin camisa debía ser un oso.

El hombre sonrió con su barba de tres días dejando a la vista su falta de dientes. Había alguno que otro suelto por su boca, pero habría salido ganando si hubiera ido al dentista a sacarse los cuatro dientes que aún le quedaban. Sus piernas estaban tan arqueadas, que parecía que se había llevado una semana montando a caballo sin parar y se le habían quedado torcidas.

Miré a mi madre suplicándole con los ojos que cerrara la puerta y lo dejara fuera. Por un momento creí que ella había entrado en razón y dijo:

—Saturnino, espere un momento. —Me agarró de la mano y me adentró hacia la casa para hablar conmigo sin que él escuchara—. Bueno hija, no es el de la foto. Pero tú no estás como para ponerte a elegir. Así que anda —diciendo eso me empujó hacia la calle y cerró la puerta dejándome en manos de Saturnino.

—Ho-ho-hola —logré decir a punto de llorar y correr por mi vida.

Lo sentí comerme con los ojos aun estando vestida de aquella forma horrible. Su lengua paseó por entre los pocos dientes que le quedaban, provocando que tuviera ganas de vomitar la comida que no tenía en el cuerpo. Hasta el sueño de una hamburguesa se había acabado.

—Te traje un regalo *presiosa* —habló usando demasiado la S y mostrándome un cartón de vino.

—Ay gracias que detalle, lo voy a necesitar, ¿no llevará cloroformo escondido en alguna parte?

—Niña, ¿quieres dejar de hablar en chino que no te entiendo? Vamos, ahí está mi camioneta.

Mis piernas temblaron imaginándome descuartizada en la parte trasera, con una manta que cubriría mis restos.

—¡No quiero morir así! ¡No quiero, socorro!

Vestida como la versión color rosa de Heidi, salí huyendo de aquel hombre. Eso sí, llevándome la caja de vino conmigo, porque el susto del cuerpo no se me iba a marchar tan fácil. Agradecí a mi madre los ejercicios que me obligó a hacer esos días, porque gracias a ellos corrí más que una de las víctimas de cara de cuero cuando las perseguía con su sierra.

Cuando por fin llegué a un parque me senté en un banco, volviendo a mi yo pasado que se bebía hasta el agua de los floreros; abrí la caja de vino y me la bebí como si estuviera deshidratada. En



cuanto el efecto del alcohol estuvo en mi sangre gracias a la poca comida que había ingerido esos días, vi mi peor pesadilla caminar con sus piernas torcidas acercándose hacia donde estaba sentada. Estaba en una película de terror y yo era la protagonista. «¡Ah me va violar! Me cortará en pedacitos y usará mi carne para venderla en una carnicería».

Salté del banco donde me encontraba sentada y salí a correr. Miré hacia atrás y vi mi pesadilla perseguirme haciéndome señas con la mano.

—¡Para! ¡Niña quieta! —gritaba detrás de mí.

Durante mi escapada logré ver un anciano sentado en otro de los bancos del parque, admirando mi ridícula escena. Tenía un bastón. Sin pensarlo un segundo corrí hacia él y se lo arranqué de las manos.

—¡Ahora se lo devuelvo! —dije escapando de nuevo.

Aquel loco sabía dónde vivía. Lo estaba imaginando en la noche trepando hasta mi ventana y me violaría en la esterilla de yoga. Abusaría de mí mientras me obligaba a hacer ejercicio, ¿habría algo peor?! Conociendo a mi madre dejaría que me tocara mientras me obligaba a comer lechuga, ni en pleno sufrimiento me regalaría un trozo de carne. Tenía que enfrentarlo y como ninja con su katana, yo tenía mi traje rosa y el bastón del anciano para defenderme. Le haría pagar por sus futuras violaciones.

—¡No me violarás! —dije como grito de guerra, así como William Wallace gritaba: ¡libertad!

Y absorta en el espíritu guerrero que había en la película escocesa, corrí hacia aquel hombre y lo atacé a bastonazo limpio.

—¡¿Qué haces loca?! —Se cubrió con sus manos.

—¡Loca tu abuela! —El primer bastonazo lo recibió en el costado, al arquear su cuerpo lo recibí con otro en las rodillas haciéndolo caer al suelo.

Lo golpeé hasta que se arrodilló pidiendo clemencia. Apunté con mi bastón a su pecho como quien tiene una espada y apunta al torso de su enemigo.

—¡Qué duele, niña!

—¡Se va olvidar de mí y de donde vivo, se le va quitar la idea de violarme, descuartizarme y volverme a violar después de muerta y troceada! O la próxima vez, verá de lo que soy capaz.

La gente comenzaba a mirarnos y a hacer un círculo alrededor de nosotros. Me sentí poderosa, famosa. Aquellas personas me sacaban fotos, lo grababan. Ya me veía en YouTube: "mujer heroína le da una paliza a un violador".

—Pero señorita Dolores, yo lo único que quería era recuperar mi caja de vino. Si usted no va a salir conmigo que menos que me devuelva el regalo, que era para mí cena de esta noche.

Y después de escuchar esas palabras saliendo de su boca sin dientes, sentí como el vino que me había tomado se subía a mis cachetes y me quemaban de tan rojos que estaban. Me di la vuelta buscando al anciano al que le había robado el bastón, caminaba hacia mí con paso lento.

—¡Sin vergüenza, ladrona, me robó mi bastón!

Corrí hacia él para entregárselo y que dejara de dar voces, pero en cuanto lo tuvo en sus manos lo levantó para darme a mí lo mismo que yo le había dado a Saturnino. Antes de recibir los bastonazos, salí a correr como gato al que le habían quemado la cola y no paré hasta llegar a mi casa. «Ahora sí la has liado».

# Capítulo 21: Mi madre es una adúltera

---

Al escuchar la puerta mi madre corrió para recibirme.

—Dolores, ¿cómo te fue con tu galán?

—¿Galán?, ¿de verdad, madre? A un hombre que te trae un cartón de vino en vez de una flor como obsequio, ¿lo llamas galán?, el engendro que me buscaste es el sueño de cualquier alcohólica.

—No seas exagerada Dolores, no estaba tan mal, ¿no? Pero si no salió bien hay más candidatos mandando mensajes. Hija eso de las citas online es milagroso, ¿cuándo te viste con tantos hombres a tu disposición?

—¿Te has parado a pensar qué quizás no quiero eso? ¿Qué la que lo quieres eres tú? Apenas llegué y en vez de preguntarte qué me trajo aquí después de cinco años, te has dedicado a matarme de hambre, a hacerme dormir en el suelo y ¡a joderme la vida!

—Hija la dieta está siendo demasiado estricta y el hambre ya te hace hablar locuras. Le Agregaré un poco de arroz hervido para que comas más.

—Me voy a mi habitación o bueno, al gimnasio a dormir en el suelo. No quiero cenar, ni quiero que nadie me moleste.

Corrí hacia la escalera y me encerré en la habitación. Mi madre nunca cambiaría. No me molesté en cambiarme de ropa o meterme en la ducha. Ni en remover el maquillaje con tan poco gusto que aquella loca había puesto sobre mi cara. Solo me quedé sentada, mirando las fotos de Bruno que tenía en mi teléfono. Intentando sacar fuerzas para marcharme de esa tortura y comenzar de nuevo con mi vida normal. Escuché a mi padre darme las buenas noches detrás de la puerta, los dos se iban a dormir y la casa por fin quedaría en calma. Como si fuera una adolescente queriendo ocultar que me escapaba de mi habitación en mitad de la noche, salí intentando no hacer ruido. Bajé la escalera de puntillas y descalza. Llegué al mueble donde mi padre guardaba las bebidas, agarré la botella mientras me sentaba en un sillón y ahogaba mis penas. Bebí hasta que estuve lo suficiente ebria para comenzar a reírme sola. Puse la botella en su sitio y gateando volví a subir, hasta caer en el suelo dormida.

La noche se tornó extraña. En mitad de la inconsciencia creí escuchar un cuerpo golpearse, como si se hubiese tirado a la calle desde el balcón de mi habitación y luego impactara contra el suelo. A eso le siguió unos gritos de dolor, voces de hombre y una amenaza que me helaba la sangre en el interior de mis sueños.

«Volveré por ti Dolores, ¡te violare! te descuartizaré y me comeré tus carnes para recuperar el vino que me robaste».

Desperté sintiendo escalofríos. Mi teléfono comenzó a sonar, era Vicky. No podía retrasarlo, debía hablar con ella. Resignada contesté.

—Dime Vicky.

—Niña, hasta que decides dar señales de vida, ¿dónde estás? Dime que no te encuentras en Sevilla.

—Hmm, ¿cómo sabes dónde estoy?

—No puede ser. Tú eres la desequilibrada de la que hablan en las noticias. ¿En qué lio te has metido ahora?

—La verdad no sé de qué me hablas. Me acabo de despertar... y desequilibrada lo estarás tú que andas hablando cosas sin sentido.

—Mira las noticias o compra un periódico.

—No te entiendo, pero está bien. Cuando pueda iré a mirarlo.

—Pero dime, ¿te encuentras bien?, ¿cuándo regresas?, ¿estás con tus padres?

—Sí, estoy en casa de mis padres y aun no sé cuándo regresaré, ya te lo explicaré más adelante.

—Llevo días esperando esa explicación y nunca llega. Me preocupa por lo que estés pasando y ni siquiera cuentas conmigo.

—No te preocupes, ¿de acuerdo? Ahora voy a levantarme, la psicópata de mi madre no tardará mucho en venir a buscarme.

—Está bien, cuídate mucho.

Después de colgar salí de la habitación. Me adentré en el baño y al mirarme al espejo me asusté de mi reflejo. Seguía con la horrorosa vestimenta, además de tener el maquillaje esparcido por toda la cara.

Sin ánimos de cambiar mi aspecto, solo podía pensar en cuanta hambre tenía, bajé a la sala. Pude ver a mis padres sentados murmurando. Mi padre sostenía un periódico. Cuando me vieron aparecer, la expresión de mi madre parecía avergonzada. Muy pocas veces la vi de ese modo.

—¿Qué ocurre? —Mi padre me acercó el periódico doblado por una noticia:

***Gracias a una desequilibrada local la policía detiene a un famoso violador.***

*Una mujer desequilibrada, que por el momento desconocemos la identidad, tras robarle el bastón a un anciano. Propinó una paliza a su acompañante. Los transeúntes al ver el suceso decidieron grabarlo y subirlo a la red. En apenas unas horas el hecho se había tornado viral. Gracias a ellos la policía reconoció a un violador al que seguían la pista. Esta madrugada fue apresado después de que una patrulla que, hacia su ronda, lo viera caer accidentalmente del balcón de una casa. El violador que responde al nombre de Saturnino. Se aprovechaba de mujeres*

*solas y desesperadas por encontrar el amor. Antes de ser detenido profirió una amenaza aterradora para una mujer llamada Dolores.*

Al leerlo, mis piernas comenzaron a temblar. Lo que había escuchado la noche anterior no era un sueño. Corrí hacia el ordenador de mi madre y comencé a buscar esos famosos videos.

**«Desequilibrada embastionada, la ninja del bastón, pide que la violen a golpe de bastonazos».**

Esos nombres entre tantos otros eran los títulos de varios videos que habían subido a la red. Estaba ebria, vestida de modo ridículo, golpeando y gritando como toda una loca. Sabía que en el momento que dejara a mi madre ponerme en evidencia, la humillación sería muy grande. Pero nunca llegué pensar que fuera mundial. Para mi suerte mi instinto me protegió, nada más ver a aquel loco supe que era peligroso. Por eso el rostro avergonzado de mi madre.

Rabiosa me acerqué a ella. Cuando me vieron acercarme se levantaron y escaparon hacia la calle.

—Nos vamos, es que... tenemos cosas que hacer —dijo mi madre con una sonrisa hipócrita.

En varios días no había tenido un solo momento de tranquilidad así que decidí aprovecharlo. Me había merecido un premio, un descanso. Unos minutos de pura felicidad. Gracias a mí detuvieron a una persona peligrosa, tendría que darme una celebración. Corrí a la cocina buscando comida, abrí el frigorífico y allí estaban ellos. Gritando cómeme. Una bandeja repleta de pastelitos de chocolate. Quise tomar solo uno, pero acabé sacando la bandeja. Fui hacia la puerta para vigilar por la mirilla. Vi a mi madre y a mi padre fuera, hablaban entre ellos, tenía que darme prisa si quería comer algo. Sin delicadeza comencé a meter en la boca un pastel tras otro. Manchándome toda la cara y casi provocando falta de oxígeno.

Me dejé caer en la puerta disfrutando cada vez que engullía. La puerta se abrió golpeándome, me hizo tropezar y caer encima de la bandeja que aún, sujetaba en las manos. Todo el chocolate se esparció por mi rostro y el horroroso vestido. Me quedé tirada en el suelo sin querer incorporarme.

—¡Dolores! —escuché los gritos de mi madre—. ¿Qué haces en el suelo?, tienes visita niña levántate.

Intenté voltearme, dejando ver toda la embarrada que tenía encima. Mis ojos se abrieron como platos y no fueron los únicos ojos que me miraban así. Allí estaba mi madre, mi padre y Adán.

—Pero ¿tú qué haces aquí? —grité horrorizada.

—Yo... yo... —intentaba pronunciarse él—. No te enfades. Como no contestabas, le pregunté a Karen donde estabas y ella me dio tu dirección. Quería asegurarme que estuvieras bien, ¿podemos hablar?

—Hija, no me habías dicho que conocías hombres tan guapos.

—Soy su novio señora —contestó Adán agarrando la mano de mi madre y besándola.

Abrí la boca sorprendida, ¡su novia! Entonces recordé que me había olvidado de terminar con él, pero nunca habíamos dicho que fuéramos novios.

—Su novio, ¡escuchaste! La niña por fin nos trajo un hombre, pero pasa no te quedes en la puerta.

Me levanté del suelo sintiendo la mirada acusadora de mi madre, me percaté mi estado y avergonzada decidí huir de ahí.

—Perdonarme, voy a ducharme. —Salí corriendo hacia el baño para encerrarme allí.

Después de la ducha, vestirme con mi propia ropa y ponerme decente; bajé a rescatar a Adán del martirio al que le estarían sometiendo mis padres. Quizás ya estuvieran poniendo la fecha de boda.

—No tienes por qué quedarte en un hotel —murmuraba mi madre—. Te puedes quedar aquí, tenemos una habitación de invitados con una cama comodísima.

—¡Ah qué bien! Él si puede dormir en la cama y yo llevo días en el suelo.

—Dolores no seas mal educada y trata bien a tu novio. Para uno que tienes y encima tan guapo, cuida del milagro que te mandó Dios y no seas desagradecida.

Cuanto más la escuchaba, más fantasías tenía de cortarle la lengua y que se callara un rato. El timbre de la casa sonó y fui a abrir la puerta.

—¿Puedo ayudarlos? —pregunté al ver a la policía frente a mí.

—Buenos tardes, estamos aquí por el incidente que ocurrió anoche.

Después de escuchar la explicación y de que ellos me reconocieran como la desequilibrada del video, me pidieron que fuera a comisaría para tomarme declaración. Mi padre decidió acompañarme y mi madre se quedó en casa, haciéndole compañía a mi falso novio mientras volvíamos. Lo compadecía, se arrepentiría de buscarme toda la vida. Tenía el presentimiento que le enseñaría todas mis fotos vergonzosas.

Al llegar a comisaria tuve que explicarles como mi querida madre se había hecho pasar por mí, y me había organizado una cita a ciegas con el supuesto violador. Aunque por la forma en que me miraban, era como si no lo creyeran. Intenté explicar que mis bastonazos fueron en defensa propia. Aunque el hombre no me había hecho nada solo asustarme con su fealdad. Estuvimos horas en comisaria declarando, una vez que pudimos salir, regresamos a casa. Me dejó en la puerta mientras buscaba donde aparcar su auto. Me adelanté entrando a la casa, caminé unos pasos y unos ruidos que no esperaba salieron de la cocina, ¿acaso eran gemidos? Con miedo llegué a la estancia para descubrir una imagen que hizo que, me ardieran los ojos y que quisiera arrancármelos para quedarme ciega. Mi madre estaba sentada sobre la encimera con Adán entre sus piernas.

—¡Adultera!, ¡infiel!

La parejita que hasta ese momento no se habían percatado de mi presencia, me miraron sorprendidos. Con rapidez se separó de mi madre subiendo su pantalón y ella se bajó de la encimera acomodándose la ropa.

—Hija no es lo que parece, tu novio me estaba quitando... una pestaña que se me había metido en el ojo.

—Sí, justo eso hacíamos. —Escuché a mi padre entrar y lo llamé a gritos.

—¡Papá! Mi madre se está acostando con mi novio, ¡en la cocina! —Apareció como si nada ocurriera.

—Podrías respetar al novio de tu hija, ¿no?

—¿Solo eso le vas a decir?, ¡papá!

Como si allí no hubiese pasado nada se marchó al sillón y leyó el periódico. Corrí a mi habitación para recoger todas mis pertenencias, debía marcharme de aquella casa de locos.

Me dolía que mi madre engañara a mi padre. Que él lo consintiera y peor aún, que ella no tuviera respeto con mi supuesto novio. Cuando estuve lista cargué mi maleta y sin intenciones de despedirme me dirigí a la salida, Adán me alcanzó justo en la puerta.

—Preciosa, espera. Vine hasta aquí para estar contigo, tu madre se me insinuó y si tú me hubieses dado más, no estaríamos en esta situación. Al final soy hombre y tu madre se conserva bien.

—¡Serás desgraciado!, ¡¿no qué era un raro diamante?! Eso decías —Mi orgullo herido de mujer hablaba por mí.

—Y lo eres hermosa, eres un diamante y yo aún muero de ganas por conseguirlo.

—Te voy a decir una cosa: si con diamante te refieres a mi virginidad, otro se adelantó y se la quedó para él. Justo la noche de la cena en mi casa, ¡ah! y la culpable de tus retortijones fui yo. Ahora, púdrete, ¡imbécil!

Me solté de su agarre, comencé a caminar por la calle hasta encontrar un taxi. No podía creer todo lo que me había ocurrido, viajé para estar tranquila y regresaría peor de lo que había llegado. Tenía que enfrentarme de nuevo a mi realidad, a mi trabajo y a verle la cara al imbécil que se acostó con mi madre casi todos los días. Aunque lo que me daba horror, era tener que volver a ver a Bruno. ¿Acaso podría ser peor?

# Capítulo 22: El último adiós.

---

La estancia en la casa de los horrores, había terminado por sacar mi maldad. Podía marcharme, tomar la maleta y volver a enfrentar mi vida, pero eso sería demasiado fácil. Solo agachar la cabeza y llorar por los golpes recibidos. Sabía que no era correcto eso del ojo por ojo, pero ya estaba ciega. A mí me habían pinchado los globos oculares, pellizcado y sacado de las cuencas. Necesitaba gafas de tres dioptrías para poder ver. Había gente que merecía un poco de su medicina y entre esa gente, se encontraba mi amadísima madre. Sabía lo mucho que mi imperfección le molestaba y me lo hizo saber en todo momento. Además de quitarme el cariño verdadero que se puede recibir de una madre, me quitó la autoestima. No se debe culpar a los demás de los propios problemas; pero si había una culpable de que al mirarme al espejo viera una mujer sin gracia, era ella.

Después del incidente con Adán, mi progenitora había colmado mi paciencia. Ella no sabía la historia verdadera, pero aun pensando que era mi novio no se colocó la mano en el corazón. No pensó que podría dañarnos a mi padre y a mí. Usó la casa que compartía con él, su cocina, ¡por Dios! Donde preparaba mis lechugas. Mancilló aquella encimera con su trasero operado y firme. No podía dejarlo así, necesitaba que todo el mundo supiera la clase de mentira que era. La mujer beata, que asistía puntualmente a la iglesia, que confesaba sus pecados, que vivía en un matrimonio perfecto. La madre adorada que hacía ver a todo el mundo, solo era una mentira y se lo haría saber a todos.

Si algo recordaba muy bien era al padre Mateo. El sacerdote de la iglesia donde ella iba siempre a hacerse la buena samaritana. Él tenía un pequeño defecto, no sabía contener sus palabras. Respetaba el secreto de confesión, pero no lo que llegaba a sus oídos fuera de él. Guardaba en la memoria el trauma de mi primer periodo. Como nunca tuve una madre normal, tampoco tuve una madre que me explicara los cambios que iba a sufrir mi cuerpo cuando me hiciera mayor. A eso le debía agregar que fui mujer a una edad temprana, apenas a mis diez años. Al despertarme y ver lo que había ocurrido, fue como si el apocalipsis y, sobre todo, el fin de mi persona hubiese llegado. Recordaba el mar de lágrimas pensando que tenía una enfermedad terminal. Busqué a mi madre para tener una despedida dramática con ella, decir adiós a mi familia. Ella no escuchó ni una sola palabra. Me ignoró y me obligó a ponerme uno de sus vestiditos de los domingos de un color blanco virginal, llevándome a misa con él.

Llegué sollozando ante mi inminente muerte y aquel buen hombre al ver llorar a la pobre niña, no pudo más que consolarme. Le expliqué como había llegado a morir a la casa de Dios, lo que ocurrió después fue aún más vergonzoso. Tener que soportar que el sacerdote me explicara los cambios de mi cuerpo y no mi santa madre. El padre comenzó con su misa de los domingos y al terminar dio el discurso a sus feligreses contando anécdotas y ese día, tocó la historia de la pequeña niña que había llegado llorando a sus brazos pensando que tenía una enfermedad terminal.

Todas las personas que estaban en la iglesia se enteraron de mi periodo. A eso le debía agregar la vergüenza que sentí al levantarme del asiento, mi vestido blanco estaba teñido de rojo.

Entré a la iglesia bañada en lágrimas, lamentos de cocodrilo. Sollozos provocados por parar en una verdulería, y comprarme una cebolla para restregarla por mis ojos.

—¡Padre!

Minutos después el anciano apareció preocupado ante la mujer que tenía ante él sufriendo.



—Hija mía, ¿qué ocurre? Ven siéntate.

Di mi mejor actuación. Lloré como nunca antes en la vida. Le conté todo lo que mi linda progenitora me había hecho, desde el día de mi nacimiento hasta el acostarse con mi supuesto novio estando casada. Ahora solo quedaba esperar que el buen hombre supiera que hacer con aquella valiosa información. Cargando con mi maleta y la poca dignidad que quedaba en mí, salí dispuesta a regresar a mi hogar. A la casa donde me esperaba el mayor de mis miedos, Bruno.

Tras un largo viaje el momento esperado había llegado. Estaba frente al edificio de mi departamento, luchando contra mis instintos de salir corriendo. Sabía que no podía seguir escondiéndome de todos, tenía que regresar a mi vida. Sobre todo, tenía que buscar otro lugar donde vivir que pudiera pagar en solitario con mi mísero sueldo. Quizás debajo de un puente, los vagabundos me harían un lugar entre sus cartones. Puede que me dejaran compartir el fuego que prenderíamos cada noche para darnos calor.

Quizás el príncipe azul que tanto había buscado, era un príncipe sin techo. Nunca fui una mujer interesada, puede que mi historia de amor estuviese esperando por mí debajo del puente donde quise suicidarme. Me llené de valor e intenté entrar en casa. Hasta que me di cuenta que no sabía dónde había dejado las llaves.

—¡Joder! Las dejé en casa de la bruja, esto no me puede estar pasando.

Mi destino a la indigencia parecía que llamaba a voces. Quería entrar y adentrarme en la habitación. Bruno ya estaría en casa y no quería pedirle ayuda para que abriera la puerta. Luché por mantener mi orgullo. Justo cuando iba a levantarme y caminar hacia dónde estaría esperándome mi vagabundo azul, al que sobornaría con mis pertenencias por un poco de calor entre sus cartones. La puerta se abrió dejando salir de ella a Sam sonriente y a Bruno detrás. El dueño de mi corazón roto me miró como quien hubiese visto un fantasma.

—¡Diana!, ¿dónde estabas? —gritó acercándose a mí y ayudándome a incorporarme.

Si se hubiese encontrado solo me habría derrumbado. Habría saltado a sus brazos, aunque supiese que tenía novia. Pero al verlo feliz acompañado de ella lo único que pude hacer, fue mantener la dignidad y comportarme de manera fría.

—Me dejé las llaves en casa de mis padres y no quería molestar. —Mis ojos estaban inyectados en sangre, de tanta furia contra aquella mujer que acompañaba al amor de mi vida.

—Bruno creo que debo irme, luego nos vemos —interrumpió Sam.

Mi amigo le hizo un gesto aceptando que se marchara.

—Vamos, te ayudo. —Levantó mi maleta y me dejó pasar al edificio. Subimos la escalera en silencio y éste no se rompió hasta que entramos al departamento—. Tenemos que hablar Diana —la frase que más había temido salió de su boca.

—No Bruno, no tenemos nada de qué hablar. De hecho, creo que ni una amistad podemos mantener. «No llores, aguanta».

—¡No, eso sí que no! No quiero una amistad contigo y lo sabes. Tan solo escúchame. Entiendo que estés molesta, pero ¿has pensado como me siento yo? Desapareciste. Si no me dices que te dejaste las llaves en casa de tus padres, no hubiese sabido donde estabas. Vicky se negó a decírmelo, hablé a tu trabajo y tampoco me dieron información. Te busqué por todos lados. Por hospitales, hoteles, moteles, hasta por los bancos de los parques, ¿sabes cómo estaba por no saber de ti?!

—No entiendo para que buscar a la ex amiga de usar y tirar. Porque eso es lo que hiciste, usarme y tirarme para correr a los brazos de tu novia. No tuviste respeto ni por la amistad que teníamos. No te importó como quedé, ni las locuras que hice después, ¿ya hablaste? Aquí terminamos, no tengo nada más que decir, ni escuchar.

—Joder Diana no terminé, ¿podemos sentarnos a hablar? Por favor tienes que escucharme Sam no es...

—Métete a Sam por donde te quepa. Cómetela, bésala, hazle todo lo que quieras hacerle. ¡Cásate con ella! Pero a mí, escúchame bien. ¡Olvídame! Si vuelves a molestarme saldré por esa puerta y no volverás a saber de mí, jamás.

Gritando todo aquello como si lo hubiese ensayado comencé a arrastrar mi maleta, adentrándome en mi habitación dejando a Bruno, roto. Lloré sintiendo cada pedazo de mi corazón dejando de latir. Lloré gritando en mi almohada para no ser escuchada y, sobre todo, lloré porque había llegado el momento que no quería enfrentar. El día en que todo se acababa. Cuando perdía la amistad que por tantos años me había dado fuerzas. Mi amigo, él que era más para mí que mi propia familia. El amor de mi vida, porque lo amé desde el día que lo conocí. A pesar de todo, aunque hubiese terminado de esa manera; sentía un dolor tan fuerte que creía que aquel amor por él sería eterno.



Los siguientes días permanecí encerrada en mi habitación, como aún estaba de vacaciones no tenía que preocupar por salir. Durante todo ese tiempo tanto Vicky como Bruno, rogaban para hablar conmigo. Pero como si en el interior no hubiese nadie, nunca consiguieron respuesta. Aprovechaba cada momento en soledad para salir de aquellas cuatro paredes. Buscaba un lugar para vivir, uno compartido con personas que no me fueran a descuartizar. Me encontraba concentrada en la sala en mi búsqueda en el periódico, no me percaté que Bruno había regresado. Su voz me sacó de mis pensamientos. Se encontraba a mi lado observando los anuncios que yo había ido marcando.

—¿Estás buscando departamento? —preguntó con los ojos cristalizados.

—Sí. —Bajé la vista hacia el periódico simulando que no me afectaba volver a verlo.

—No por favor, esto no está bien. Tú y yo tenemos que hablar antes que decidas salir huyendo.

—Déjalo así, no quiero escuchar más.

—Está bien no escuches. —Corrió hacia su habitación y regresó con un sobre en las manos—. Por favor lee esto. Si después no quieres volver a hablarme no lo hagas. Si te quieres ir no te lo impediré, te lo prometo.

Miré aquel sobre y tuve la tentación de agarrarlo, pero el orgullo pudo más. Solo busqué la nueva copia de las llaves de mi casa, tomé mi bolso y sin mirarlo lo dejé sujetando la carta con la humedad en los ojos. Mi orgullo era fuerte, me mantenía en pie alejándome a pasos rápidos. Pero las lágrimas no las podía ocultar, corrían por mis mejillas sin tener intención de parar. Me nublaban el camino impidiéndome la visión, pero no me importaba. Corrí en dirección a la calle. Si tenía la esperanza que Bruno entendiera, que no me viera destruida, estaba equivocada. Cuando estaba a punto de salir, su mano tomó mi brazo. Me había seguido.

—Espérame amor no te marches así, por favor toma la carta es lo último que te pido —su voz parecía romperse.

—¡No me llames amor! No se te ocurra llamarme así.

Di un tirón de mi brazo y me solté de su agarre, salté a la carretera para cruzar y desaparecer de su vista. Todo fue rápido. Escuché mi nombre a gritos, un empujón fuerte a mi cuerpo me hizo salir despedida. El ruido ensordecedor de un frenazo, un golpe seco seguido de otro sonido. El de un ser humano impactando contra el pavimento. Por unos segundos sentí el dolor del golpe en el suelo y pensé que estaba muerta en la carretera, pero abrí los ojos y me percaté que podía moverme. Que mi cuerpo había sido despedido hacia la cera, que unos brazos fuertes me habían salvado.

Me levanté a buscar a mi salvador y darle las gracias, pero mi héroe no podía atender a mi felicidad. Mi ángel guardián estaba tumbado en el suelo. Había sangre escapando de su cuerpo. Se encontraba inmóvil en el asfalto. Junto a él descansaba una carta que yo había rechazado agarrar. La tomé del suelo y llorando la guardé en mi bolsillo. Bruno acababa de salvarme la vida, pero ya no podría darle las gracias ni decirle lo mucho que lo amaba.

# Capítulo 23: La última vez que hables con las personas que amas.

---

El cielo parecía estar enviando toda su furia sobre la tierra. Aunque tal vez, no era la lluvia quien amenazaba con inundarlo todo, sino mis lágrimas.

Vestida de negro y con ojeras me vi reflejada en el cristal de un auto. Parecía una viuda que acababa de perder a su gran amor. Estaba rodeada de gente, pero me sentía sola. Todos eran desconocidos para mí. Se acercaban a darme el pésame y yo, deseaba que se marcharan. Si no estuvieran allí... Quizás eso significaría que él volvería a entorpecerme camino del baño, haciéndome llegar tarde al trabajo.

Me encontraba perdida, sin rumbo. Cómo seguir adelante cuando la razón de despertar, estaba a pocos metros, en el interior de un ataúd. Parecía dormido.

«No puede estar muerto».

Tenía que abrir los ojos y mirarme, ser felices juntos. Debía pedirle disculpa, por ser la culpable de todo. Intenté aferrarme a su cuerpo inerte, pero se lo llevaban. Vi su ataúd alejarse poco a poco, por más que aumentaba mi agarre lo separaban de mi lado. Quería correr tras él. Gritar que aún podía despertar, pero mi cuerpo no respondía. Se desvanecía ante mí y no podía hacer nada.

—Diana, debes irte a descansar llevas dos días sin salir de aquí.

Abrí los ojos y sentí las piernas entumecidas. Confusa miré alrededor. No estaba en el cementerio, allí no había ningún ataúd. Me encontraba en la misma habitación de hospital, donde me quedé dormida momentos antes.

Sentada en una silla junto a la cama de Bruno. Aferrada a su mano con la esperanza de sentir su agarre de nuevo. Quien me había sacado de aquella pesadilla no era otra que su madre. Los recuerdos atravesaron mi mente.

Dos días atrás, Bruno se encontraba ensangrentado en el asfalto. Gracias a él lo único que sufría mi cuerpo eran unas heridas superficiales y un corte en la frente.

Había gente a mi alrededor. Algunos gritaban que no lo movieran hasta que llegara la ambulancia. Me encontraba en shock, viviendo una vida que no era la mía. Parecía irreal. Me abrazaba a mí misma observando la escena, sin querer aproximarme y comprobar que lo que mis ojos veían, era cierto.

Los paramédicos llegaron y lo atendieron con rapidez. Lo trasladaron a una camilla y nos adentraron a ambos a la ambulancia. Los veía mover sus labios, pero mi mente no lograba procesar la información. Durante todo el trayecto lo único que logré hacer fue temblar y llorar, eso era lo que mejor se me daba.

Al llegar al hospital lo separaron de mí, debía entrar a quirófano. Intenté perseguirlos, pero dos

enfermeras me cortaron el paso.

—¡No por favor, dejarme ir con él! —grité con desconsuelo.

—No puede. Lo siento, tiene que ser atendido y usted también necesita que la vea un doctor, sígame.

Tras dejar que curaran mis heridas, esperé con ansias tener noticias de Bruno. Habían pasado tres horas y no sabía nada de él. Perseguí a cada doctor. Cada personal del hospital, incluso llegué a entrar en la morgue. No me fiaba de ellos, quizás habrían escondido su cadáver para que no entrara en pánico y los matara a todos. Cuando ya iba a comenzar a trepar por las paredes clavando mis propias uñas en ella, escuché al doctor llamando a los familiares de Bruno. Quería que me dijeran que todo estaría bien, que se encontraba despierto. Esperaba que todo hubiese sido un susto.

—Yo soy su familiar. —Era una mentira, pero en esos momentos era lo más próximo que él tenía, la causante de su desgracia.

—¿Qué relación tiene con el paciente?

—Su esposa. —Podía vivir de ilusiones en un momento así. Aunque después de mentir, me puse nerviosa. Quizás notaba mi cara de solterona.

—El paciente sufrió un fuerte golpe, además de tener una pierna fracturada. El peor impacto lo recibió su cabeza. La operación salió bien. Ahora mismo se encuentra estable dentro de su situación, pero...

—¿Pero? —Siempre debía aparecer el jodido, pero ¿¿por qué ese hombre no hablaba de una vez?!

—Pero... que lográramos detener la hemorragia no significa que aún no se pueda complicar su situación. Las próximas cuarenta y ocho horas serán vitales para su estado, en cualquier momento podría sufrir una recaída y no sobrevivir.

—¿Y si logra sobrevivir?

—Si logra superar ese tiempo y confió que lo haga, es joven y fuerte. Tendrá que salir del coma que ahora mismo le hemos inducido para no agravar las lesiones.

—¿Eso quiere decir que no va a despertar hasta pasados dos días?

—No, eso quiere decir que por el momento le hemos inducido el coma para evitar más daños. Pero después de eso puede ser que despierte o siga en ese estado. Si despierta quizás sufra graves secuelas, es pronto para saber. Por el momento está estable y eso es lo importante.

Estaba vivo y mientras fuera así había esperanza, pero saber eso no evitó que me pusiera a inundar cada rincón del hospital con mis lágrimas.

Llamé a Vicky para avisarle de lo sucedido y a su familia. Mientras esperaba su llegada, una enfermera me dio las pertenencias de Bruno. Aferrada a ellas recordé el sobre que contenía la carta que había provocado aquel accidente. De nuevo culpando a todo menos a mí por las consecuencias de mis actos. Con las manos temblorosas lo abrí.

*Te escribo como último recurso. Desde que llegaste te has negado a escucharme y tengo mucho que decirte. No sé qué es lo que pasa por tu mente. Créeme, le di muchas vueltas. Sé que a veces soy demasiado bruto para tratar con las mujeres, contigo no debería ser así porque te conozco más que a mí mismo. Sé que no hice las cosas bien.*

*Nunca me atreví a ser claro, ni a hablarte con la verdad por miedo a perder lo que teníamos. Me conformaba con recibir de ti una amistad, con tal de no separarte de mi lado. No puedo saber cuándo me enamore de ti, pero ¿me creerías si dijera que fue a primera vista?, ¿creerías qué llevo años callando lo que siento? Años deseando que ocurriera lo que pasó entre nosotros.*

*¿Recuerdas el día que habías bebido y estabas sufriendo por ese Adán en el sofá? Sé que no, porque al día siguiente despertamos juntos y estabas confundida. Esa noche no pude evitar besarte y tú, me confundiste con él. Después llegó el viaje y creí que te habías acostado con aquel idiota. No soporté los celos. Quise olvidarte con Sam, pero no se puede olvidar lo que uno no quiere, y yo me negaba a perderte. Le pedí ayuda y se ofreció a hacerse pasar por mi pareja. Darte celos. Llámame idiota como siempre haces, te ves linda enfadada. Estaba desesperado. Estar contigo fue el mejor momento de mi vida. Si hubiese sabido que lo estropearía de esta manera, por no encontrar un par de minutos para explicarte lo que me sucedía. Jamás hubiese actuado así, desearía que el tiempo regresara. Explicarte que Sam me llamó muy mal, tú sabes porque... sabes lo que hiciste, no podía dejarla sola cuando el culpable de aquello fui yo. Lo único que deseo es comenzar una vida contigo. No como amiga, sino como mi pareja. Te lo iba a contar cuando regresara del hospital, pero ya no estabas. Te habías marchado sin darme la oportunidad de explicarme. Espero que después de leer esta carta, dejes ese orgullo a un lado. Termines con el sufrimiento que sé que nos estamos dando. Comencemos de nuevo. Lo único que debes tener claro es que te amo y eso nada lo va a cambiar, ¿qué me dices? ¿Te atreves a intentarlo conmigo?*

*Te amo.*

En aquellos momentos deseé ser yo la que estuviese en coma. Me sentía la más estúpida por no haberme parado a escuchar. Por seguir con mis pensamientos negativos y no creer que él pudiera amarme. Solo tuvo que arriesgar su vida por mí para poder creerlo. Me quejaba por no encontrar a mi príncipe. Como encontrarlo si la prueba de amor que necesitaba, era que se fueran derechos al cementerio. Vicky apareció en el hospital lanzándose a mis brazos en el mismo momento en que me vio.

—¿Qué ocurrió?

—Lo atropellaron, está muy mal. —Lloré aferrándome a la carta.

Entre sollozos le expliqué todo lo que había dicho el doctor. Ella se quedó junto a mí sin dejar de abrazarme, escuchando cada una de mis palabras. Se mostraba cariñosa y comprensiva a pesar, de lo mal que me porté con ella. Si algo me había enseñado aquel suceso es que nunca sabes, cuándo

será la última vez que hables con las personas que amas.  
No sería el mejor momento, pero le di todas las explicaciones que ella merecía. Esperaba que me gritara, insultara, pegara, pero solo recibí un abrazo.

—Debiste confiar en mí. Yo pensaba que hacía mucho que te habías olvidado de él. Pero si me lo hubieses contado te habría confirmado que te quería, bueno te quiere porque aún está vivo y va a salir de esta.

—¿Tú lo sabías?, ¿él te dijo?

—No hacía falta, se notaba. Pensé que tú ya lo veías como un amigo, no quise complicar las cosas metiéndome en vuestra relación. Tuvo mucho tiempo para declararse y no lo hizo, no era algo que me correspondiera a mí.

Había estado tan ciega. Mi amiga me hizo compañía toda la tarde, hasta que tuvo que marcharse a trabajar. Esperé en aquella sala por verlo, aunque fuera unos minutos, pero no ocurrió hasta la mañana siguiente.



Junto con el nuevo día llegaron los familiares de Bruno. Las visitas eran apenas de diez minutos y la ocupaban sus padres. Pero, aunque no lograra verlo, permanecí allí con la esperanza de escuchar por boca del doctor que había despertado.

Pasaron las primeras cuarenta y ocho horas. Seguía conmigo, pero no despertaba del coma. Er dos días no recordaba lo que había comido, no había pasado por una ducha. Solo me había cambiado con la ropa que me trajo Vicky. La tercera noche, le pedí a los padres de Bruno que se marcharan a descansar. Yo quería cuidarlo. Por fin me dejaron estar en la misma habitación que él. Viéndolo lleno de tubos y agarrando su mano, logré descansar después de casi dos días. Eso sí con una horrible pesadilla.

—Vamos Diana. Tienes que ir a casa dormir en una cama, ducharte, comer, reponerte. Venga cariño, estoy aquí. Soy su madre lo voy a cuidar, ¿de acuerdo?

—Pero si despierta y no estoy. Tengo que hablar con él, no quiero que despierte y piense que no me importa.

—Vete a casa, descansa. Si despierta le contaré todo lo que lo cuidaste, serás la primera a quien llame.

Obedecí y me marché. Más que a descansar a ducharme. Porque si seguía así lo que despertaría a Bruno, serían mis horrorosos aromas corporales.

# Capítulo 24: El apocalipsis zombi

---

El tiempo siguió corriendo sin descanso. Hacía una semana que Bruno estaba hospitalizado. Sus heridas físicas sanaban poco a poco, pero él seguía dormido. Pasaba todas las noches y parte de mis días en el hospital. No quería que despertara y no estuviera ahí para él.

Aunque no lo deseaba, tuve que regresar al trabajo. Por mucho que quisiera vivir del aire me tocaba trabajar. Necesitaba ocupar mi mente en algo más que el accidente de mi amigo. Habría dimitido si en algún momento hubiese imaginado que me esperaba a mi regreso. Había estado tan enfrascada en los problemas, que ignoré el mundo a mí alrededor. Mi jefa, la única que me hacía más fácil la existencia en aquel nido de buitres; le ofrecieron un traslado de ciudad. Quiso llevarme con ella mejorando mi sueldo y condiciones laborales, pero no abandonaría a Bruno. Para mi sorpresa el que sería mi nuevo jefe, decidió mantenerme a su servicio.

Lo que no esperaba es a quien ascenderían. No era otro que Adán. Si en algún momento de mi vida soñé con ser el argumento de las perversiones de aquel hombre, lo había logrado. No me dejaba ni a sol ni a sombra. Me había convertido en su obsesión. Se veía que ninguna fémica se había resistido a sus encantos y que yo lo hiciera, lo hacía desearme mucho más.

Me encontraba frente al edificio donde trabajaba, dispuesta a soportar el primer día con mi nuevo jefe. Después de tomar el ascensor y pasar por las miradas de mis compañeras, me dirigí al escritorio. Decidí centrarme en el trabajo y que nada me perturbara, comenzando por poner en orden la agenda del acosador.

—Buenos días preciosa —escuché que me susurraba al oído, rozando la oreja con sus labios.

—Señor, llámeme Diana por favor o Dolores, si quieres puede llamarme así, pero no preciosa.

Durante todas mis vacaciones recibí mensajes de él, donde me explicaba con detalles lo que quería hacerme en su cama, además de donde estaba su mano mientras lo escribía.

—¿Tuviste mala noche cariño?

—No es de su incumbencia, ¿podríamos centrarnos en el trabajo?

—Diana —murmuró mientras se acercaba a mi rostro—. Te puedo hacer pasar buenas noches. Aún tengo grabado en mi mente los gemidos que dejabas escapar cuando estaba entre tus piernas.

—Gracias por ofrecerse, pero antes me lo montaría con un muñeco de cartón. —Intenté que no se notara que me moría de vergüenza con la sola mención del error más grande de mi vida.

Me dedicó una mirada molesta, se dio la vuelta y regresó a su oficina. Había ganado ese round, pero no sabía cuánto podría soportar.

La mañana transcurrió tranquila. Cada diez minutos miraba mi teléfono por si avisaban del hospital, pero la ilusión de que me llamaran diciendo que Bruno había despertado se desvanecía poco a poco.



El teléfono de la oficina sonó sacándome de mi tristeza.

—¿Diana puedes venir? Trae la agenda. —Me levanté y caminé hacia allí.

—¿En qué puedo ayudarte señor?

—Cierra la puerta por favor. —Un mal presentimiento recorrió mi cuerpo.

—Preferiría no hacerlo, si no le molesta.

—¿Me temes? Estamos en el trabajo, ¿acaso piensas que haría algo aquí? Deja de ser infantil y cierra.

Lo que argumentaba tenía lógica, quizás me estaba volviendo demasiado desconfiada. Cerré la puerta y en cuanto me di la vuelta para enfrentarlo, se levantó de su asiento. Para mi desgracia, sorpresa y horror; tenía el pantalón bajado hasta los tobillos.

—¿Te gusta mi bóxer nuevo? —Se paseaba con dificultad con la prenda arrastrando.

Mi rostro se torció en una mueca asustada. La verdad, eran bonitos y el bulto que se me marcaba bajo él, era como si estuviera saludándome.

—¡Ay! Por Dios. «¿Alguien puso la calefacción? estos calores no son normales, ¿tendré la menopausia? ¡Céntrate! No es primera vez que ves algo así y que ves más que eso, mirada al frente».

Sonrió de una manera que parecía que hubiese visto mis pensamientos, sintiéndose realizado por cómo me incomodaba. Se dio cuenta que mis ojos eran unos malditos pervertidos. Se acercó a mí.

—Creo que tengo que marcharme —dije en voz alta y hasta lo pensaba, quería huir.

—Tienes que dejarme la agenda libre toda la mañana. —Me agarró los brazos.

—Bien, lo haré, pero se me haría más fácil si usted decidiera subirse los pantalones y soltarme.

—Yo prefiero terminar de bajarlo todo, porque si quiero el resto de la mañana libre, es para que la aprovechemos tú y yo encima del escritorio, ¿qué te parece?

Imaginé la escena. No es porque fuera una pervertida, nada más alejado de la realidad. Pero en los pensamientos que se aglomeraban en mi mente, imaginaba a Bruno entrando allí. Tumbándolo de un solo golpe y después me lo montaría con él encima de ese escritorio. Ese pensamiento me provocó una enorme sonrisa.

—Señor, ¿podría subirse el pantalón, dejar de insinuarse y centrarse en el trabajo?, o pondré mi renuncia en su escritorio en este mismo momento.

—No seas así. Vi tu sonrisa, ¿podrías olvidar lo de tu madre? Sé que quieres esto tanto como yo.

—No quiero explotar su burbuja, pero si fuera el último hombre de la tierra preferiría conseguir un vibrador. Para que lo entienda mejor, preferiría un vibrador con clavos, pinchos y agujas. Que me hiciera sufrir en vez de darme placer, a tener algo con alguien tan rastrero y poco hombre como usted. —Le dediqué una sonrisa y salí de su oficina sin esperar contestación.

Y aunque ese día no volvió a molestarme, no se rindió.



Pasaron dos semanas desde el accidente, mi vida se había vuelto monótona, insoportable, en resumen: un asco. Bruno seguía sin despertar y los doctores decían que era poco probable que lo hiciera. La verdad me lo tomé bastante bien. Quitando algunos detalles sin importancia como la demanda que me puso el doctor cuando salté sobre él; mordiéndolo, arañándolo y tirándole del cabello como una loca. Me lo había tomado de forma madura, porque dijera lo que dijera aquel hombre yo mantenía la esperanza.

Sentía como en las noches cuando dormía agarrada de su mano, me despertaba al sentir como la apretaba. Si mi madre me viese estaría feliz, había perdido doce kilos tras el accidente. Mi vida se había convertido en trabajo y hospital.

Extrañaba a Bruno a cada momento, a pesar de verlo a diario soñaba con volver a escuchar su voz. Besarle y que me respondiera. Intentaba despertarlo como si fuera el bello durmiente, pero nada ocurría. Lloraba cuando intentaba comer, en la ducha, mientras las horas pasaban en el hospital, en los baños del trabajo. Me iba deshidratar de tantas lágrimas.

Seguí mi rutina de cada día y regresé a mi departamento con la intención de comer algo, ducharme y marcharme de nuevo al hospital. Al entrar una maleta se encontraba junto a la puerta.

—¿Hola? —Sentí escalofríos.

Por un momento pensé que sería un ladrón que traía una maleta para guardar nuestras pertenencias. Solo rogaba porque no registrara el cajón de mis velas de barco, o sea el cajón de las bragas.

—¡Aquí! —Escuché una voz femenina.

La fantasía del ladrón pervertido olisqueado mis bragas había desaparecido. La voz era de ultratumba, como salida del infierno. Era del mismo demonio encarnado en un cuerpo femenino y no cualquier cuerpo.

—¿Mamá? ¡¿Qué coño haces aquí?!

¡Ahí estaba! Mi madre. Sentada en mi sofá después de lo que había hecho. En mi sala, como si nada hubiese pasado. Aquello debía ser un espejismo, alucinaciones por cansancio y falta de sueño. Cerré la puerta de la calle y me dirigí a la cocina. Podría salir corriendo de casa, pero eso no me aseguraba que cuando regresara la alucinación se hubiese marchado. Agarré la botella de vodka y bebí de ella sin necesidad de usar un vaso. Vi aquella alucinación caminar hacia mí.

«¡Es un zombi!».

—Dolores cariño, ¿me vas a ignorar?

«¡El zombi habla!».

Tenía que sacar valor de alguna parte. Agarré la otra botella de ron, levanté los dos licores uno en cada mano y los mezclé en mi boca. Dejé que me ardiera la garganta.

—¡Dolores que haces! —gritó el muerto viviente.

«¡No puede ser y ahora grita! Y contra más bebo en lugar de desaparecer lo estoy viendo doble». El desagradable bicho se dirigió hacia mí.

—¡No bebas! El alcohol engorda —tras decir esas palabras me quitó una de las botellas.

«Se cuele en mi casa. Me espera sentada en el sofá. Me asusta, me quita el alcohol y peor aún me dice que engorda, ¡eso no se lo voy a permitir!».

Agarré con fuerza la otra botella. Comencé a beber sin parar para armarme de valor, pero aquel zombi no parecía querer dejarme tranquila. Así que hice lo que debía. Darle un botellazo en la cabeza y dejarla inconsciente en el suelo. En las películas de terror siempre se acababa con ellos así. Me encontraba feliz, orgullosa de mí misma por acabar con aquella plaga. Seguro se extendería y arrasaría con la humanidad. Vicky apareció en la cocina, miró el cuerpo dormido en el piso y gritó para hacerme salir del trance alcohólico en el que me había metido.

—Diana, ¡¿qué pasó?!

—¿Pasar?, ¿no lo ves? Acabo de salvarnos del apocalipsis. Agarra el cuchillo hay que cortarle la cabeza para que no se vuelva a levantar, o ¿eso es a los vampiros?

—Lo que está en el suelo no es un vampiro, es tu madre. Entró con las llaves que te dejaste en su casa. También me asusté cuando la encontré, pero no la dejé inconsciente de un botellazo.

—¡Joder!, ¿y ahora que hacemos?

—Pues depende, tu plan de cortarle la cabeza no creo que sea bueno. No tenemos cuchillos tan afilados. Podríamos tirarla por la ventana y decir que fue un suicidio.

—Vicky no te pases, es mi madre. Mejor la tiramos por la escalera y decimos que se tropezó, no quiero que quede como suicida. —Mientras decidíamos que muerte accidental era mejor para cubrir el golpe que le había dado, una voz se escuchó.

—¿Dolores qué pasó?, ¿qué hago en el suelo? —Y como dice el refrán, mala hierba nunca muere.

—Hola mama, te tropezaste y te golpeaste con la botella en la cabeza.

—¿Seguro? Porque juraría que tú me diste con ella —dijo tocándose la frente donde había recibido mi golpe fatal.

«Tengo que encontrar al que escribió la ley de Murphy. Amordazarlo, torturarlo y tirarlo con los bolsillos llenos de piedras a un río, ¡por culpa de él mi vida siempre va a peor!».

# Capítulo 25: La conejita del play pelos

---

—Vicky tenemos que hablar —dije haciendo una señal para que me siguiera a un lugar donde el zombi no pudiera escucharnos.

—¡Debes estar aterrada! Trajo una maleta.

—Aún tengo dudas que sea mi madre, ¿crees que podemos retomar los planes?

—¿Qué planes? —Mi amiga me miraba confundida.

—Si no te parece bien la idea de tirarla por la escalera, podemos usar la del suicidio o darle un sartenazo. Porque no creas que arriesgaré de nuevo la botella.

—En el baúl de mi habitación entraría el cuerpo de tu madre, ¿por qué no la metemos ahí y cerramos con llave? Además, es donde guardo todos mis juguetes, se va entretener.

—¿Queremos castigarla o darle un premio? Meterla ahí sería como regalarle una bolsa de caramelos a un niño.

—¿De qué habláis vosotras?, ¿Alguna de las dos me puede dar hielo? —irrumpió mi madre en la conversación.

—Mamá en el polo norte hay mucho, podrías agarrar tu maleta e ir a buscarlo. —Después de mirarla y ver aquel alíen creciendo en su frente, tuve remordimientos de conciencia y me apiadé de ella.

—¿Qué esto? —preguntó Vicky mostrándome una tarjeta que me habían dejado sobre el escritorio en el trabajo.

—Es solo una invitación a una fiesta que hacen mis compañeros. La verdad no sé qué celebran, no pienso ir.

—Diana debes ir. No solo porque sea una fiesta y te hayan invitado, sino porque estás muerta en vida. Hospital y trabajo. Adoro a Bruno y saber que está en coma me duele, pero cariño no sabemos si va a despertar y si no lo hace...

—No te atrevas.

—Tengo que decirlo. Tú estás viva. No digo que te rindas o que lo olvides, pero necesitas un respiro o acabarás peor que él.

Sabía que tenía razón. Pero ir a una fiesta donde nadie me trataría bien y más sabiendo que mi madre estaba en mi departamento. No lo creía buena idea.

—Tengo la noche libre, puedo acompañarte.

—¿Harías eso por mí?

—¿Ir a una fiesta? Cariño lo hago todo el tiempo, no sé a que esperamos.

—Está bien iremos, pero antes déjame averiguar que hace ese zombi en mi casa. —Caminando en zigzag me acerqué a la mujer que me dio la vida—. Madre, ¿qué haces aquí?

—¿Tengo que responder a esa pregunta? Estoy aquí por tu culpa. Llenaste de mentiras la cabeza del padre Mateo, me dejó en ridículo durante la misa. Los vecinos me llaman zorra cuando paso a su lado y tu padre, se está acostando con la vecina de enfrente. Me divorciaría, pero es pecado.

—Quizás no debí vengarme, pero eso de que eran mentiras...

—¡Dolores!, ¿Acaso yo hago ritos satánicos? Porque eso también lo dicen, o que vendí tu alma al diablo para conservarme joven.

—Quizás exageré con lo de los ritos satánicos, pero nada de lo que dices responde a mi pregunta, ¿qué haces aquí? Y lo más importante, ¿qué haces aquí con esa maleta?

—¿Acaso no es lógico?, ¡Me vengo a vivir contigo!

«¡Houston tenemos un problema! Mayday, mayday, prefiero la muerte a vivir con ella».

Tras aquellas aterradoras palabras palidecí, sentí que el zombi era yo. Tan grande fue el malestar que me provocó, que mi cuerpo reaccionó queriendo sacarlo. Vomité en su rostro todo el alcohol que me había tomado. Las arcadas llegaron, la bebida hizo el resto y Vicky al ver la escena, comenzó a reírse con tantas ganas que acabó por hacerse sus necesidades encima.



—¡Vamos Diana podrías darte prisa y terminar de arreglarte, hasta tu madre está lista! —gritó detrás de la puerta del baño.

—¿Sabes el trabajo que cuesta maquillarse cuando mi cara se está moviendo?!

Intenté apresurarme en el baño, pero saber que mi madre se había apuntado a la fiesta, hacía que se me quitaran las ganas de ir. Miré mi cuerpo desnudo antes de colocarme la ropa. Tras la observación decidí que lo mejor sería usar pantalón largo y, no porque mis piernas fueran feas, pero en todo ese tiempo había dejado a un lado mi aspecto. Tenía dos osos peludos creciendo en mis extremidades. Ya no me daba tiempo de depilarme y como nadie me iba a ver, las oculté bajo la ropa y salí de allí. La noche estaba por comenzar. Mi madre, Vicky y el oso, o sea yo, salimos camino de aquella fiesta a la que no quería asistir. Algo en mi interior me decía que aquello iría de mal en peor. Al llegar al lugar acordado, una compañera nos recibió.

—¡Hola Dolores, qué alegría que vinieras! —dijo Marta, la chica que me había invitado—. Y veo que estás acompañada.

—Al final decidí venir. Ésta es mi mejor amiga Virginia y la otra cosa que ves ahí, es solo un gremlins.

—¡Dolores! Más respeto a tu madre.  
«El respeto es algo que se gana».

Al escuchar de nuevo su voz, en lo único que pude pensar era en donde se encontraba el alcohol en aquella fiesta. Me alejé de mi compañera de trabajo, de mi amiga y del engendro de satán. Busqué el cielo, o sea la barra libre donde me bebería hasta el agua del váter.

—¡Camarero! —grité mientras me ignorara como si fuera invisible.  
La voz de un hombre al que no quería ni ver, se escuchó detrás de mí.

—Diana, ¿has venido para quitarme la idea de casarme?

—Hola jefe, ¿se va a casar?, ¡qué alegría así dejará de acosarme!

Nada tenía sentido, él me había dicho que su novia no aceptó su propuesta. La verdad cayó frente a mis ojos, nunca me había dignado a escuchar los rumores de la empresa. Muchas de las trabajadoras presumían de habérselo llevado a la cama. Pero siempre creí lo mejor de él, me había mentido y daba gracias por haberlo descubierto a tiempo.

—Pensé que estarías enterada. Es mi despedida de soltero, bueno una que me organizaron tus dos amigas. Las que llamas Zipi y Zape, ¿quieres un trago? —Me ofreció un vaso—. Es lo mismo que tomamos en aquel hotel, ¿recuerdas?

No quería aceptar nada que viniera de él, pero en esos momentos quería perder el sentido y el camarero se empeñaba en ignorarme. Tomé el vaso y lo bebí de un solo trago. Me pareció ver en el rostro de Adán una sonrisa extraña, por un momento llegué a creer que le había puesto veneno. Pero la muerte sabiendo que mi madre se venía a vivir a mi casa, era un dulce destino. Le dediqué una sonrisa falsa y me alejé de él para buscar a mi amiga. Cuando por fin la tuve a la vista me di cuenta que estaba en plena cacería, bailando con su siguiente víctima. La que seguro se llevaría a la cama.

La gente disfrutaba, hasta mi madre estaba bailando. Y yo me sentía discriminada en un rincón. Como si fuera transparente. Así que decidí aprovecharlo saltando por encima de la barra. Bueno, quisiera haberla saltado. Pero más bien rodé por ella hasta caer hacía el otro lado. Vi al camarero mirarme. Lo ignoré levantándome del suelo y robándome una de las botellas, después salí corriendo hacia los baños.

Una vez allí me senté en el trono y destapé el líquido que me regalaría el olvido. Disfruté de mi ebria soledad durante un largo rato. Aunque sentía cambios en mi cuerpo que no eran normales. No sabía qué tendría aquello, pero juraría que me habían drogado. Las voces de un par de mujeres se

escucharon entrando al lugar.

—Vamos a cambiarnos de ropa Alicia.

—Verás que después de esto, Adán va caer a nuestros pies.

Intenté no hacer ruido para que ninguna de aquellas arpías se percatara de mi presencia, pero por algún motivo no podía controlar mi cuerpo y me dio por reír. Estaba eufórica. Tenía que bailar, divertirme, ¡necesitaba sexo!

«Ahora mismo salgo de aquí y me voy al hospital a tener una noche loca con Bruno. Sobornaré a las enfermeras para que me dejen meterme en su cama, de hoy no pasa que lo despierte».

—¿Quién anda ahí? —las escuché preguntar.

—¡Solo soy yo perras! —dije abriendo la puerta del baño mostrando mi estado alcohólico en todo mi esplendor.

Las dos arpías se miraron en complicidad y comenzaron a reírse.

—Dolores cariño justo a ti te estábamos buscando.

—¿A mí?, ¿y para qué soy buena?

—Tan solo ponte esto y sígueme. —Algo dentro de mí gritaba que no lo hiciera, pero otra parte interna me hacía obedecer. Tomé aquella ropa que me ofrecían y me vestí con ella.

—¿De verdad que tengo que ponerme esto? Me siento mujer de la calle en un traje de licra que le aprieta demasiado.

—¡Estás perfecta! Solo te falta el ultimo retoque. —Colocó una diadema sobre mi cabeza—. Te ves hermosa, ahora ven síguenos.

Me llevaron hacia una habitación donde escondían una de esas tartas de cumpleaños gigante. Donde se mete una mujer dentro y después sale de ella como toda una diva. Si hubiese estado en mis cinco sentidos no lo habría hecho.

—Cuando sientas que golpeamos la tarta tú solo sal del interior con los brazos arriba —explicó Alicia aguantando la risa.

Me introduje en el interior y cerraron la tapa. Tras eso escuché sus risas y reí con ellas desde el interior. Me sentía estrella del rock. La tarta comenzó a moverse y el sonido de la música cada vez se escuchaba más cercano. Por unos momentos todo quedó en silencio y una canción digna para desnudarse, comenzó a sonar. Escuché unos golpes y me tomé aquello como señal para salir. Levanté la tapa con los brazos arriba, luciendo mi cuerpo vestido en licra. Haciendo que pareciera un anuncio de salchichas alemanas. Mi pecho parecía querer salir de aquel traje. En la parte trasera de mi cuerpo se asomaba una colita blanca, como de un conejito. Mis piernas estaban expuestas al público



sin ni siquiera unas medias. Luciendo aquella maravillosa alfombra de pelos comencé a subir las pequeñas escaleras de la tarta. Las dos que me habían metido en aquella situación me agarraron de las manos para ayudarme a salir, pero las arpias me soltaron. Salí volando directa al destino más próximo, estamparme contra el suelo.

En mi cabeza lucía una diadema que, en vez de llevar dos orejitas, eran dos penes de goma. Mi odiado jefe se encontraba frente a mí, sentado en una silla disfrutando mi espectáculo.

—¡Ay! Que hostia me acabo de dar. —Me sentía un chicle pegado al suelo.  
Adán me ayudó a levantarme.

—¿Esto ha sido idea vuestra verdad? No va quedar así pueden estar seguras —dijo regalándoles una mirada amenazadora a Zipi y Zape.

Tomé la ayuda que me ofrecía aquel pervertido y me levanté del suelo. Me pareció ver a mi madre con teléfono en mano, grabando todo el espectáculo. Mi odioso jefe me sujetó pegándome a su cuerpo. Me arrastró llevándome a los baños. Quería huir, pero por alguna razón que no comprendía me había convertido en una mujer sumisa incapaz de desobedecer.

«Ahora si me van a descuartizar, violar y lo peor, me van a enterrar luciendo las piernas como las patas de dos osos polares».

Me hizo pasar al interior. Vi como intentaba colocar el pestillo a la puerta, pero no funcionaba. Mi cara de horror se lo dijo todo sin necesidad de palabras.

—Solo quiero que tengamos un poco de intimidad, ¿te molesta? Aunque parece que esta puerta se empeña en no dejar que la cierre. Pero no pasa nada, te has mostrado en público así. No creo que te importe si alguien entra y nos ve, ¿no?

—¿Nos ve? No, yo ahora voy a salir de aquí y me iré a casa.

—¿Y te marcharas vestida así? La verdad me sorprendiste. Te puse algo en la copa para que te desinhibieras un poco, pero jamás pensé que tanto.

—De-déjame ir, por favor.

Se acercó, pegando su cuerpo al mío. Me agarró de las manos para impedirme cualquier intento de lucha en su contra y antes que pudiera gritar, su boca se colocó sobre la mía besándome. Cuanto más intentaba batallar, su agarre era más fuerte, acorralándome entre la pared y él.

—¿No creerás que te vas a librar de mí? Siempre fuiste la empleada tonta a la que engatusar para poder enviarte a hacer mis recados o parte de mi trabajo. Sabía que estabas loca por mí Diana —dijo sobre mi boca—. Lo que quiero lo consigo y, para tu suerte, ahora te deseo a ti. Quiero hacerte descubrir todo lo que puede sentir tu cuerpo, no seas frígida. Terminaremos lo que comenzamos en el hotel.

—Solo déjame salir de aquí, voy a gritar. —Las lágrimas se abrían paso, temblaba. Lloraba y reía como histérica.

—Grita. Nadie te va hacer caso, estúpida. ¿Crees que alguien va oírte en una fiesta? Mírate y mírame, cualquiera pensara que tú eres la que intentas abusar de mí. No es por hacerte sentir mal, pero no eres mi tipo.

Hubiese querido que siguiera explicándome como no era de su agrado, pero no lo hizo. De nuevo se apoderó de mi boca y sus manos, no dejaban ni un lugar de mi cuerpo libre de sus asquerosas caricias. Luché hasta el cansancio, pero no lograba quitarme de su agarre. Cuando me estaba dando por vencida dejé de sentirlo sobre mí. Abrí los ojos empañados por las lágrimas y vi como Vicky echaba un spray sobre su rostro, escuché los gritos de Adán insultándola y llevándose las manos a los ojos. Ella aprovechó para regalarle un rodillazo en su entrepierna.

—¡Vamos salgamos de aquí antes que acabe vengándose!

Agarré la mano de mi salvadora y me dejé arrastrar por ella, dejando a mi madre allí. Vestida como salida de una película de genero para adultos, mi amiga y yo tomamos el primer taxi para regresar al lugar del que nunca tuvimos que salir, mi casa.

# Capítulo 26: ¿Qué pasó ayer?

---

Desperté en mi cama con una tremenda resaca. No recordaba cómo había llegado allí. Al levantarme sentí algo enredado en mi cabello. Agarré la diadema y descubrí dos enormes penes.

«¿Por Dios, esto qué es?!».

No recordaba nada, solo que había salido con mi odiosa madre y mi amiga. Me coloqué una bata y salí de la habitación en busca de respuestas. En el sillón de la sala descubrí al engendro roncando a todo pulmón. La ilusión de todo lo acontecido el día anterior fuera producto de mi imaginación se había desvanecido, mi madre seguía en mi casa. Llamé a la habitación de Vicky y nadie contestó. Abrí la puerta con suavidad, se encontraba dormida.

—Vicky —la llamé mientras movía su cuerpo.

—Hmm, ¿qué pasa?

—Me puedes explicar, ¿por qué parezco salida de una película porno de bajo presupuesto?

—¿Acaso no te acuerdas? —Se incorporó sentándose en su cama.

—Me acuerdo de salir de aquí con mi madre y contigo, llegar la fiesta y no mucho más.

—No sé qué pasó. Yo andaba ya sabes, coqueteando con un chico que era bastante guapo. Estábamos bailando cuando cambiaron la música y llegaron arrastrando una tarta con ruedas. Pensé que iba a ser algún tipo de espectáculo, lo que no me imaginaba es que de la tarta salieras tú vestida así. Solo te digo que de hoy no pasa que te depiles. Joder Diana se va despertar Bruno y además de tener que partirle las piernas a Adán, te las va a tener que cortar a ti para no enredarse entre tus pelos. —Como pude me tapé con la bata.

—Vale, no seas así. No me dio tiempo de nada con todo lo del accidente, ¿qué paso después?

—Saliste de la tarta y acabaste cayendo de cabeza al suelo. Adán te recogió y te marchaste con él. A mí me resulto raro que lo siguieras, así que salí a buscarte. Os encontré en el baño. Estaba acorralándote contra la pared y se aprovechaba de ti. Porque estaba aprovechándose, ¿no? Eso me pareció. —Moví la cabeza afirmando—. Usé mi spray pimienta y le pateé donde más les duele a los hombres, después te saqué de allí.

—Yo... no recuerdo nada de eso. Solo sé que bebí. Gracias Vicky no sé qué hubiese pasado si no llegas a venir.

—De nada, para eso estamos las amigas. Ahora no seas perra y déjame seguir dormida un rato más.

Salí de la habitación y me dirigí a la cocina a preparar el desayuno, el agujero negro de mi

estómago me estaba llamando a gritos. Me concentré en no quemar la cocina mientras me hacía unos huevos revueltos con jamón, hasta que se escuchó la voz de mi odiosa madre.

—Buenos días hija.

—Para quien sean buenos —contesté con asco.

—Dolores, ¿por qué siempre te levantas de tan mal humor?, cualquiera diría que pasaste mala noche. Si yo te vi dando el gran espectáculo. No sabía a qué te dedicabas, pero ahora veo que los hombres pagan por ver cualquier cosa.

—¿Siempre tienes que ser tan hiriente?

—La verdad siempre ofende hija, ¿qué preparas me muero de hambre?

—Pues prepáratelo tú misma —después de decir eso una malvada idea cruzó por mi mente—. O mejor no, déjame mimarte como solo una hija puede hacer. Ve a la sala ahora te llevo tu desayuno.

—Que sorpresa, muchas gracias hija no lo rechazaré. Anoche bebí más de la cuenta y tu ex novio Adán, estuvo tan atento conmigo después de que te marcharas, porque es tu ex, ¿verdad?

—Uy si madre, todo tuyo. Mi novio es Bruno.

—¿Bruno?, ¿tu amigo de la universidad?, ¿y dónde está? Me gustaría verlo ya sabes, cómo su suegra que soy.

—Lo siento mama, eso no va a ser posible y aunque lo fuera, no te dejaría verlo. Está en el hospital. Ahora ve a la sala, no me sigas interrumpiendo ya sabes que no soy buena en la cocina.

—Sí hija lo sé, dicen que a los hombres se les gana por el estómago. Así conquistaste a tu padre, pero tú ni para eso sirves. —Dio una sonrisa que más que bonita era desconcertante y salió de la cocina.

Cuando terminé de preparar todo salí con un plato en cada mano.

—Aquí tienes madre, tu desayuno. —Le mostré la lechuga sin lavar.

—Creo que te confundiste este debe ser el tuyo —se quejó mientras intentaba quitarme mi plato.

Le respondí tal como ella hacía, dándole un golpe en la mano.

—¡No, no y no, chica mala! Este es mi desayuno. Desde que papá te dejó estás engordando madre, ya comenzaron a señalarse las arrugas de los ojos.

La cara de horror al decirle eso fue suficiente para que su vanidad la hiciera callar y meterse el trozo de lechuga en la boca. Después de desayunar, ducharme y quitarme aquella ropa de genero porno, salí a hacer unas compras. Quería ir al hospital, pero antes debía hacerle la vida imposible a mi madre. Una vez que conseguí lo que necesitaba regresé a mi departamento con la intención de hacer que se marchara.

—¡Ya volví madre adorada!

—¿Qué traes ahí?

—Nada mamá. Solo algo que te va ayudar a ser la misma mujer bella de siempre —dije mientras una sonrisa psicópata brotaba en mi cara.

Saqué de la bolsa una cadena y un candado y me apresuré a amarrar el frigorífico.

—Madre no quiero que acabes como yo, así que te lo voy a poner fácil. Todos los días te dejaré tu plato de lechuga preparado, verás que rápido vuelves a estar con esa figura perfecta.

—Pero hija...

—Pero hija nada, no me des las gracias. Además, creo que a una mujer de tu edad no le viene nada bien dormir en el sofá. —Agarré la caja de alfileres y los esparcí sobre él.

—¡Qué haces!

—¿Qué voy hacer, querida?, evitarte tentaciones. —Mientras me ponía de rodillas y tocaba el suelo como si estuviera tocando lo más maravilloso del mundo—. Creo que este lugar estará perfecto para que pases tus noches. No tengo esterilla de yoga, ya sabes que no soy tan deportista como tú, pero creo que el frio del suelo te hará bien para la piel.

—No pretenderás que duerma ahí Diana. —Frunció el ceño.

—¡Ay mama!, ¿tú me llamas Diana? Llámame Dolores. Ya sabes por lo que sufriste al tenerme. Déjame compensarte por eso con una estancia en la casa de los horrores.

—No es necesario hija, yo puedo compartir la cama contigo.

—No, para asegurarme cerraré con llave todas las puertas.

Procedí a hacer lo que había dicho. Volví despertar a Vicky para avisarle que hiciera lo mismo cuando saliera a trabajar y le expliqué que el sofá era un campo minado. Le iba a regalar la misma amabilidad que ella me había obsequiado.



El fin de semana pasó con toda la rutina que se había convertido mi vida desde el accidente de Bruno. Desperté el lunes en la mañana junto a su cama en el hospital, me dolía todo el cuerpo. Agarré su mano y besé su frente despidiéndome de él, sentí como apretaba su agarre. En ese momento no estaba dormida, lo había sentido. No quería marcharme, pero para mí mala suerte debía ir a trabajar y ver a aquel asqueroso hombre que intentó propasarse conmigo. Al llegar a mi centro de trabajo los comentarios no se hicieron esperar.

—¡Buenos días Dolores! Pero si la stripper para público ciego ya está aquí. ¿Vienes a darnos el espectáculo? Mira que no traje mi antiácido y si vuelves a enseñar tus vergüenzas, como mínimo me van a dar ardores.

Fue lo primero que escuché nada más entrar. Ignoré las burlas y caminé a mi escritorio. Sobre él había varios regalos. Espuma de afeitar, tiras de cera fría, crema depilatoria, unas pinzas de depilar. Con disimulo lo guarde todo en el cajón. Lo habrían hecho para reírse de mí, pero sin duda necesitaba los productos. A todos aquellos regalos, le acompañaba una foto mía enmarcada vestida de conejita saliendo de una tarta. Soporté todas las miradas y las risas a mi alrededor, me senté y comencé a trabajar como si nada hubiese ocurrido. Mi tranquilidad duró poco tiempo, ya que minutos después el perverso me estaba llamando para que fuera a su oficina.

—Buenos días —bufé con molestia.

—Diana, no pensé que fueras a venir a trabajar.

—¿Y por qué no debería de venir?, ¿estoy despedida?

—Aun no, pero ya me cansé de esta situación.

—A qué situación se refiere señor. «Si me despide me moriré de hambre, pero podré estar con Bruno en el hospital. Puedo sobornar con mis lágrimas a alguna enfermera a cambio de comida».

—Te voy a ser muy claro, o terminas con lo que comenzamos en el hotel y te acuestas conmigo o no me sirves. Prefiero cualquier otra secretaria que no se haga la digna a la hora de abrir sus piernas en el escritorio de su jefe, ¿entiendes?

—¡Ah!

—Tienes hasta el final del día para pensarlo, ahora sal de mi oficina.

No había nada que pensar, tenía muy claro que no me acostaría con aquel hombre. Pero eso no hacía mi situación menos horrible. Me quedaría sin trabajo, con una madre mantenida y sin ahorros. Una vez que saqué el valor necesario para darle a aquel proyecto de ser humano mi decisión, entré a su oficina.

—¿Puedo pasar? —Esbocé una sonrisa.

—Pasa, ¿me traes una respuesta, preciosa?

—Claro que sí, pero antes, ¿me puede repetir mis opciones?

—¿Tus opciones? Ya las sabes cariño.

—Quisiera que me las repitiera señor, ¿hasta dónde tengo que llegar para mantener el trabajo?

—Solo debes acostarte conmigo y si no lo haces, despedida. Cualquiera quisiera pasar un buen rato conmigo, solo mírame.

—Sí señor, pero yo no estoy entre ellas. Así que vengo a dejarle mi renuncia. Por si lo dudaba acabo de grabar toda la conversación. Espero que pronto me paguen lo que me pertenece por estos tres años de trabajo, ¿de acuerdo? A no ser que quiera que el jefe acosador aparezca en las noticias, porque sabe que estudié periodismo, ¿no? Y esta historia me podría abrir las puertas de algunos periódicos. Así que si no desea que su preciosa prometida se entere de la clase de cerdo que es usted, compórtese. Que pase un buen día señor.

Lo dejé con la mandíbula cayéndole al suelo de la impresión. Salí de la oficina, recogí mis pertenencias y me marché del lugar que tantas lagrimas me había visto derramar. Al llegar a casa observé que mi madre no estaba, pero sí su maleta. Me encontraba cansada, todo el fin de semana lo había pasado en el hospital. Sin poder evitarlo me tumbé en mi cama y acabé por quedarme dormida. Cuando desperté ya eran casi las ocho de la tarde, me arreglé un poco para volver al hospital junto a Bruno. Antes de lograr salir escuché a mi madre entrar gritando.

—¡Dolores!, ¿dónde estás?

—Aquí estoy, ¿para qué me buscas?, ¿no tienes algún hombre al que seducir? A mí déjame en paz.

—No seas desagradecida hija, te estuve esperando todo el día en el hospital y no llegaste.

—¿En el hospital?, ¿para qué?

—Pues para qué va a ser tontita. Te la pasas allí siempre y hoy que llaman porque Bruno ha despertado, tú estás aquí en casa duchándote, que mala novia. Ya se lo dije a él después de enseñarle tu video vestida de conejita. Como buena suegra le tenía que advertir el desastre que tiene de novia, pero creo que se ha quedado medio tonto, ¿te puedes creer que no me habló en todo el día? Lo bueno es que tus suegros me hicieron compañía.

—¡Bruja, estás engañándome! —Si hubiese tenido un cuchillo en esos momentos la habría descuartizado.

—Claro que no, esta mañana mientras trabajabas llamaron del hospital y yo contesté. Le dije a tu suegra que no hacía falta que te avisara, un encanto de mujer. Te debería dar vergüenza tenerlos en

un hotel cuando se pueden quedar en tu casa. ¿Querías jugar a ser yo haciéndome dormir en el suelo y amarrando el refrigerador? Te queda tanto por aprender cariño. Me quedaría a oírte llorar por el nuevo novio que te dejará por ser una pésima mujer. Quizás vuelva para seducir a tu Bruno cuando se recupere, pero ahora me marchó.

—Ellos... ¡ellos querían intimidad!, ¡yo les ofrecí la casa! —Mi mente organizó toda la información antes de contestar—. ¡¿Qué le enseñaste qué?!

—Adiós hijita. —Agarró su maleta y escapó dando un portazo.

Quise arrancarle todos y cada uno de sus cabellos, darle de almohadazos hasta dejarla inconsciente de aburrimiento porque los golpes no la dañaran, pero me quedé petrificada. De toda la información que me había dado, solo había una frase que resonaba en mi cabeza.

«Bruno había despertado».



# Capítulo 27: Mataré a mi madre

---

Llegué al hospital amenazando al taxista todo el camino para que acelerara. En el mismo momento que llegamos le lancé el dinero al rostro. No es que fuera mal educada, pero me urgía saber si era cierto las palabras de mi madre. Bruno había despertado y yo me moría de ganas de saltar sobre él, besarlo y decirle lo mucho que lo amaba. En el momento que entré a su habitación, vi que ya no había máquinas alrededor, se encontraba tapado casi hasta la cabeza. Mi alegría era tan grande que ni siquiera me paré a saludar, tal como lo había soñado salté sobre él.

—¡Bruno mi amor!

—Ay no puedo respirar —se escuchó debajo de mí. El coma había desmejorado su voz, parecía un anciano—. No es que me queje por tener a una chica joven sobre mí, pero no se quien sea usted.

Bajé de la cama y aparté la sábana de su cuerpo.

—Dios Bruno, ¿qué te han hecho? Acabo de ir al futuro y eres un anciano.

—No sé quién sea su Bruno, pero en lo que a mí respecta creo que me acaba de romper dos costillas.

—Perdón. —Desilusionada y con las mejillas ardiendo salí de la habitación dispuesta a buscar donde habían llevado al amor de mi vida. En el camino me encontré con su madre.

—Diana, te estábamos esperando.

—Vengo de su habitación y ya no está allí, ¿es cierto que despertó?

—Sí lo es, no parece tener secuelas del accidente. Aun le tienen que hacer varias pruebas, pero si todas salen bien pronto podrá marcharse a casa y venir solo a rehabilitación. Ven, está en su habitación.

Me temblaba todo el cuerpo. Estaba nerviosa, si él se encontraba bien, se acordaría de como acabó en el hospital y quizás me odiaba por eso.

—Bruno —susurré su nombre.

Era lo único que escapó de mi boca al verlo sentado en la cama hablando con su padre, como si nada hubiese ocurrido. Al escucharme miró hacia donde estaba, después observó a su madre.

—Te tardaste, ¿dónde fuiste?

—Me encontré con Diana hijo, ella ha estado pegada a tu cama día y noche desde que te

ingresaron aquí. —Me dedicó una sonrisa.

—Hola... Diana, ¿es cierto lo que dice mi madre?

—Eso creo, solo hice lo normal. Quería estar aquí cuando despertaras, pero tenía que trabajar —intentaba no tartamudear.

—Te agradezco. No sé qué tan normal sea quedarse a cuidar a un desconocido, porque no se quien seas, ¿te conozco? No te recuerdo.

Si apareciera Saturnino, me cortara en trocitos y después hiciera con mi carne un asado. No me habría dolido tanto como escuchar a Bruno tratarme como a una desconocida.

—Hijo es Diana, pero si se conocen hace años. Viven juntos, ¿cómo no vas a recordarla?

—No se preocupe, quizás es normal que no me recuerde. Puede que olvidara más cosas — Sabía que era una pobre excusa para animarme.

—Será eso —contestó él—. Puede que haya olvidado más cosas, pero sé que vivo con una chica que se llama Virginia y tú no eres ella. Aunque ahora que lo pienso esta mañana cuando desperté, había una señora aquí. Me habló de una mujer llamada Dolores que se parecía a ti, me enseñó algunas cosas diciendo que era mi novia. Y yo no tengo novia que recuerde.

—¡Ah! Sé de quién me hablas, es una esquizofrénica que se escapó esta mañana. No le hagas caso a nada de lo que diga. «Dios llévame contigo y llévate a mi madre antes, que no vuelva a aparecer».

—Parecía muy cuerda. —Sus ojos se clavaron en los míos—. Como sea, no importa, ya se marchó. Pero me alegro de no tener novia. Qué triste debe ser despertar de un coma y enterarte que la mujer que amas en vez de estar contigo, está haciendo de bailarina exótica para otro hombre. No quisiera ser el pobre iluso.

—Hijo, pues qué pena que no te acuerdes de ella, pero ya te acordarás, porque por cómo te ha cuidado todo este tiempo yo ya la tenía de futura nuera. —La madre de Bruno me abrazó agradecida, mientras yo luchaba por seguir en pie y no derrumbarme.

—Creo que iré a hablar con el doctor —susurré saliendo de la habitación.

Me quedé recostada en la pared intentando que mi respiración volviera a tener un ritmo normal. Si no se acordaba de mí, tampoco se acordaría de lo que había pasado entre nosotros; peor aún, no tenía recuerdo de nuestra amistad. Había estado tanto tiempo deseando que despertara, que nunca me había parado a pensar como sería cuando saliera del coma.

—¿Qué hace aquí fuera? —Levanté la mirada para encontrarme al doctor—. ¿Me está esperando para saltar sobre mí de nuevo?

—Yo... no.

—¿Entonces que hace aquí?, ¿cómo no está dentro con su novio ahora que por fin está consciente?

—Será porque a mi es a la única persona que no recuerda.

—¿No la recuerda? Ha pasado mucho tiempo en coma, su estado es muy bueno. Esperábamos que si despertara tuviese secuelas, pero hasta el momento su estado es favorable. Incluso tiene algunos recuerdos del accidente que le trajo aquí, cosa que no es muy común.

—Entonces si debe recordarme, porque tuvo el accidente por apartarme a mí.

—Eso no es del todo exacto, mejor entremos a la habitación y veremos su reacción. —Seguí al doctor para enfrentarme de nuevo al hombre que amaba.

—Hola Bruno, ¿cómo te encuentras?

—Bien doctor, algo cansado. Como si dormir tanto tiempo no hubiera sido suficiente para mí.

—Eso es normal. Antes te estuve haciendo algunas preguntas sobre lo que recuerdas, pero me acabo de encontrar a esta chica fuera y me comentó que no sabes quién es, ¿me podrías volver a repetir qué ocurrió antes de acabar aquí?

—No lo tengo claro. Apenas guardo unas imágenes de ese momento, como si hubiera querido cruzar la calle y después nada.

—No fuiste a cruzar, ¡tú me apartaste a mí para salvarme! —grité desconsolada.

El doctor me agarró del brazo intentando tranquilizarme.

—Pues lo siento, ¿cuál era tu nombre? —su tono de voz indicaba que acababa de molestarlo.

—Diana, ese es mi nombre, ¡¿cómo no me vas a recordar?! —

—No sé quién eres, si dices que yo te salvé de que te atropellaran debiste ser alguien importante para mí en el pasado, pero ahora no te recuerdo así que lo siento. —No podía creerlo. Si las palabras no salieran de su boca jamás lo hubiese creído. Me derrumbé y comencé a llorar.

—Creo que mejor espero fuera.

Salí del cuarto para que no vieran cuanto me estaba doliendo la situación. Unos minutos después el doctor se acercó a mí.

—Es normal que estas cosas pasen, es mucho tiempo el que pasó en coma.

—Pero ¿cómo va ser normal? Se acuerda de todos menos de mí.

—Parece que padece amnesia selectiva. Ha borrado de su mente el trauma del accidente y por algún motivo también te sacó a ti.

—¿Y podrá volver a recordarme?

—No quiero darte ilusiones. Todo lo relacionado con la mente humana es impredecible. Puede recordarte en unas horas, en unos días o no hacerlo nunca. Lo mejor para él es que cuando reciba el alta vuelva a su vida normal, así le resultara más fácil reponerse.

—¿Puede qué no me recuerde nunca? —la pregunta era casi un mantra que me repetía para hacerme a la idea.

—No puedo asegurarte nada, lo único que puedes hacer ahora es esperar y apoyarlo.

—Gracias doctor.

Lo vi marcharse y volví a entrar en la habitación intentando seguir los consejos que me dio, esperar, apoyarlo y no volverme loca como siempre hacía.



Había pasado casi una semana desde que Bruno despertó, aún seguía ingresado en el hospital recuperándose poco a poco. Además de tener que pasar por una terapia de rehabilitación para su cuerpo, pasaba por algunas terapias visuales, de memoria y auditivas. Pero en todas ellas los encargados de impartirlas, se mostraban muy positivos. A pesar de que no me recordara y parecía incomodo con mi presencia, todo el tiempo que no estaba buscando trabajo lo pasaba en el hospital, sobre todo las noches.

—Diana, el doctor nos comentó que mañana le darán el alta. Creo que lo mejor será que por el momento venga a casa con nosotros. Sé que quieres estar junto a él, pero en estos momentos debe estar con su familia. Espero puedas comprendernos —comenzó a informarme su madre.

—No creo que le venga bien viajar en estos momentos. Viven lejos, podéis quedaros en nuestra casa el tiempo que necesiten. Además, ya escuchasteis al doctor, debe volver a su vida normal, ¿no se lo pueden llevar!

—Él tiene que decidir dónde quiere pasar su recuperación y si te recordara... pero de todo lo que ha podido olvidar, a la única persona que no recuerda es a ti.

—Pero si recuerda a Vicky, no se sentirá mal en casa si está allí con ella, ¿no? «No me hagan

esto».

—Tendrá que decidir él, no creas que quiero alejarlo Diana. Quisiera que te recordara, se nota cuanto quieres a mi hijo.

—Esta noche me quedaré con él y si mañana cuando le den el alta decide marcharse, tendré que aceptarlo.

—Te agradezco mucho que lo cuides. —Me abrazó con fuerzas.

Al terminar la hora de visitas sus padres se marcharon y yo me quedé en la habitación con él. El silencio y la molestia cargaba el ambiente tornándolo difícil de respirar. Saqué valor para hablar.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien, veo que sigues viniendo a verme.

—De hecho, he pasado todas las noches acompañándote mientras dormías, me marchaba antes que despertaras para no hacerte sentir incómodo.

—¿Por qué lo haces? —Sonrió con coquetería, como si supiese algo que yo no.

—¿Por qué hago qué?

—Esto, estar aquí cuidándome, aunque no te recuerde.

—Eso tendrás que averiguarlo.

—Está bien, intentaré resolver el misterio. Quizás pueda hacer que te vistas para mí como en el video, ¿no?

—¡¿Como?! Con respecto a eso.

—Déjalo así, una noche loca supongo.

—Algo así, pero si me dejaras explicártelo, no acostumbro a hacer esas cosas yo... —Sentía el calor subir a mis mejillas.

—No te preocupes, me duele un poco la cabeza, voy a dormir un rato.

Lo dejé descansar. Mientras lo observaba, no dejaba de preguntarme porque no habría tirado a mi madre por la ventana cuando tuve la oportunidad. Había pasado seis horas sentada en el incómodo sillón, la mayoría del tiempo la pasé viendo dormir al hombre que no me recordaba. Me dolía todo el cuerpo de estar sentada. La tentación de hacerme un hueco en su cama para dormir con él no se marchaba de mi cabeza. Quizás si me recostaba a su lado le hacía recuperar su memoria. No tenía nada que perder. Al día siguiente le darían el alta y si decidía marcharse con sus padres, acabaría

viviendo en otra ciudad. Puede que no volviera a verlo. Había pasado toda mi vida con miedo y no quería seguir siendo la misma Diana. Me senté en su cama con suavidad para no despertarlo. Acomodé su brazo para dejarlo bajo mi cabeza y me recosté en su pecho. Se sentía tan bien estar con él, era como volver a retroceder el tiempo.

—¿Qué haces Diana? —Abrió los ojos adormilados.

—Me dolía el cuerpo en el sillón, ¿te molesto? —Alcé mi cabeza para observarlo.

«Me está mirando y no tiene cara de enfadado».

—No todas las noches una mujer bonita se mete en mi cama. Así que supongo que no me molesta, solo quisiera que fuera algo más grande. Quizá deba dejarte más espacio. —Comenzó a moverse hasta quedar de lado frente a mí, sin apartar la mirada.

—¿No me recuerdas? —las esperanzas escaparon de mi boca.

—No te recuerdo, ¿debería?

Sin dejarle terminar la frase me jugué todo a una última carta, pasé mi mano por su nuca y lo acerqué a mí pegando sus labios a los míos. La primera reacción fue ponerse tenso y separarse de mí. Colocó una mano sobre mi cintura y perdió sus ojos en los míos.

—Lo siento, no sé porque hice eso. —Estaba avergonzada, me había jugado todo y perdí.

«Te lo ganaste por idiota, ni se acuerda de ti ni quiere recordarte».

Intenté incorporarme para salir de la cama, pero presionó más el agarre que tenía en mi cintura. Colocó su otra mano en mi espalda y me acercó a él, haciendo realidad lo que tanto había deseado. Me besó como la noche que hicimos el amor por primera vez.

# Capítulo 28: Deja a mí mujer

---

—¿Me recuerdas? —pregunté en un susurro mientras me separaba con suavidad de sus labios. Me observó como si quisiera leer mi mente.

—¿Por qué me preguntas eso?

—¿Será por qué me acabas de besar? —La felicidad que acababa de sentir comenzó a convertirse en confusión.

«¿Cómo se le ocurría preguntar semejante bobada?».

—Llevo mucho tiempo en el hospital. No tengo recuerdo alguno de tener una novia y una chica linda se mete en mi cama y me besa. Si esperabas que te dijera que no o te sacara de la cama, solo tenías que decirlo.

—¿Me besaste por qué me metí en tu cama?

—¿Por qué otra cosa debía ser? No te recuerdo. Por si no te has dado cuenta estuve en coma. Mi familia y Vicky me dice que tú has estado cuidándome todo el tiempo, cosa que agradezco mucho. Una mujer loca se presenta aquí el día que despierto y comienza a hablar pestes de ti. Perdona si estoy algo paranoico, pero no estás siendo clara conmigo.

—¿Clara?!, ¿yo no estoy siendo clara? ¡¿Qué quieres que te diga?! Podría decir muchas cosas, darte explicaciones sin sentido.

—¿Por qué serían sin sentido? Quizás si comenzaras a decir lo que piensas o sientes, podrían volver a tener significado, ¿no crees? Puede que necesite tus explicaciones para recordar.

Bruno no apartaba su mirada de la mía, provocando que no dejara de temblar y ponerme nerviosa. Era como si detrás de sus palabras hubiese más de lo que se escuchaba. ¿Qué debía decir? ¿Qué había sido una idiota?, ¿qué me dejé llevar por los celos? Desaparecí de su vida provocando que todo fuera un caos y cuando me quiso dar la oportunidad de arreglarlo, incité que acabara metido en un hospital al borde de la muerte. Si le daba mi explicación, se quedaría a mi lado justo el tiempo que le llevara saltar de la cama y salir corriendo.

—Sería mejor que lo que piensas, lo dijeras en voz alta. —Acarició con su mano una de mis mejillas—. Quisiera leer mentes, pero por desgracia el volver del coma no me dio ese súper poder.

—A veces es mejor no hablar a menos que las palabras puedan mejorar el silencio, creo que cualquier cosa que pudiese decir no haría más que empeorarlo todo. —Salí de la cama—. Mañana te darán el alta. Sabes que tu casa te está esperando y si te incomoda que esté allí, puedo encontrar otro lugar donde vivir.

Busqué el bolso y me dispuse a salir de la habitación. Todo el tiempo me había mantenido a su

lado buscando que él me recordara, retomar lo que habíamos dejado antes de pasar aquella desgracia, pero solo estuve pensando en mí. Yo lo había estropeado, había provocado cosas con mi comportamiento de niña malcriada que por suerte no le habían terminado por costar su vida. Si quería más señales, su propia amnesia me lo estaba gritando.

No es que él hubiese olvidado su vida, me había olvidado a mí. Como si fuera un jodido trauma. Y el trauma, se empeñaba en aparecer cada día una y otra vez, intentando que recordara cuando quizá lo mejor para él, es que saliera de su vida.

—Creo que es mejor que me marche, ¿quieres qué avise a alguien para que venga a pasar lo que queda de la noche contigo?

—¿Dónde vas a estas horas? La primera vez que te pregunto desde que desperté, espero que me aclares algo y sales huyendo —la voz de Bruno comenzó a tomar un tono molesto y su expresión a tornarse enfadada.

—A veces hasta las cobardes algún día tienen que tomar una decisión valiente, ¿no?

—¿Es valiente que te marches sin dar explicaciones? —se burló.

—Cuando amas a una persona tanto como para decidir marcharte, porque tu presencia le acaba haciendo mal y provoca que quien amas sufra, me entenderás. A pesar que deseo quedarme, obligarte a recordarme y que me perdones por todo. Me estaría comportando como hasta ahora, pensando solo en mí. No puedo seguir con esto Bruno, la situación me supera. —Retuve las lágrimas y tragué el aire—. Por mucho que me duela, estás mejor sin recordarme.

Caminé hacia la puerta y la abrí, cuando salía escuché su voz.

—Contéstame una última pregunta. —Retrocedí sobre mis pasos y lo miré —¿Me amas?

—No te imaginas cuánto. —Apreté los puños, cerré los ojos mientras un par de lágrimas caían por mis mejillas.

No esperé una respuesta. Tampoco estudié su expresión. Corrí al exterior lo más rápido que dieron mis piernas, no quería arrepentirme. Tuve la tentación de volver a rogarle que olvidara lo que había dicho, pero él merecía alguien mejor que yo. Tenía la oportunidad de seguir con su vida, sin mí. Bruno se marcharía con su familia hasta recuperarse y yo intentaría alejarme. A la salida del hospital tomé un taxi para dirigirme a mi hogar, cuando por fin estuve en la puerta entré y me tiré en el sofá.

—¡Joder!

Había olvidado las agujas y me las clavé en la espalda. Quejándome me levanté para adentrarme en el baño, necesitaba relajarme y que mejor que una larga ducha.





Unos golpes me sacaron de mi sueño, me había quedado dormida en la bañera. El agua estaba fría, mi cuerpo arrugado y dolorido. El timbre de la puerta no dejaba de sonar. Salí casi como una anciana de noventa años. Me cubrí con una toalla y salí para atender la puerta.

—¡Ya voy! —Abrí ocultándome detrás—. ¡Hola! —dije sorprendida al encontrarme con los padres de Bruno y a él esperando—. ¿Qué hacen aquí?

—Es mi casa, ¿no Diana? —Bruno hizo brillar la estancia con su sonrisa.

—Lo es, acabo de salir del baño. Pasen, solo esperen que voy a cubrirme.

—¡No te preocupes! —espetó su padre ganándose un pellizco en el brazo por parte de su esposa—. ¡Ah! No lo decía por eso mujer, no seas mal pensada.

—Solo hemos venido a dejar a nuestro hijo, decidió quedarse aquí y tenemos que regresar.

Bruno se despidió de sus padres que prometieron volver en cuanto el trabajo se los permitiera. Mentiría si dijera que una sonrisa de idiota no estaba por todo mi rostro. Aunque eso no cambiaba mi decisión. Debía marcharme de esa casa si quería aferrarme al sentido común. El que fue mi amigo caminó con lentitud hacia el interior, cerrando la puerta tras él.

—¡No te sientes en el sofá!

—¿Quieres que me siente sobre ti? —Estaba siendo provocador y eso era un peligro—. Aunque si dejas caer la toalla lo mismo dejo que te sientes tú sobre mí. —Guiñó un ojo.

Comencé a reír y el calor recorrió partes que no me permitiría despertar.

—Si no fuera porque pasé la mitad de la noche metida en la bañera y me duele todo, puede que aceptara.

—Supongo que luego me explicarás porque no puedo sentarme un rato en el sofá, pero ahora iré a tumbarme a mi habitación. Así te dejo que te vistas tranquila. No pondré seguro a la puerta, por si quieres volver a meterte en mi cama.

—Está bien, tendré en cuenta tu proposición. —Su actitud me estaba desarmando.

Sujeté la toalla en un intento de mantenerme firme. No despegué mi vista de él hasta verlo adentrarse en el pasillo. Me debatí entre salir corriendo hacia donde él estaba o hacer lo correcto. Cuando por fin creí tomar la decisión acertada, el timbre de la puerta volvió a sonar.

—¿Y ahora quién es?! Es que no me van a dejar vestirme esta mañana. «Seguro será Vicky que regresa del trabajo» ¡Voy! ¿Te dejaste las llaves o estás borracha? —pregunté al abrir la puerta y sorprenderme por quien se encontraba detrás—. ¿Qué haces aquí?

—Pensé que me recibirías más contenta, ¿no me invitas a pasar?

—¿Contenta?, ¿qué quieres?

—¿No es obvio? —Me miró de arriba abajo—. A ti, ¿estás sola? Quisiera hablar de tu regreso al trabajo.

—Estoy sola —mentí—, pero no pienso regresar.

Con un movimiento rápido empujó la puerta, me agarró mientras tapaba mi boca y nos empujaba al interior.

—Vamos Diana, ¿no pensarías que te ibas a librar tan fácilmente de mí?, ya esperé demasiado y no pienso esperar más. —Tiró de mí hacia la habitación.

Su mano tapando mi boca ocasionaba que me costara respirar. Intenté soltarme, pero lo único que conseguí, fue que me apretara con más fuerza.

—Suéltame —emití un sollozo.

—Estás solita y nadie va escucharte, así que seamos rápidos.

No quería que Bruno saliera y que me encontrara con aquel salvaje y más en su estado. Me llevó a rastras hacia la habitación, me empujó provocando que cayera al suelo chocando con la mesita de noche. Con el golpe el mueble se tambaleó lanzando sobre el suelo todo su contenido. Vi el bote de gas pimienta que nunca llevaba encima porque no creía tener la necesidad de usarlo. Lo agarré, Adán me arrebató la toalla dejándome desnuda.

—¡Suéltame cerdo! —Levanté el spray y pulsé el botón—. ¡Ah!, ¡mis ojos!

En un solo instante entendí porque esas cosas podían inmovilizar a tu atacante. Pero nunca me habían dicho que hacer, en caso de ser tan torpe de soltarlo en sentido contrario y esparcirlo sobre tus propios ojos. Me los tapé sufriendo un horrible escozor.

—Mira que eres estúpida.

Lo que me faltaba era quedarme ciega. Con fuerza me tiró sobre la cama, se carcajeaba por mi situación. A mis oídos llegó una voz que no era la de mi atacante.

—¡Deja a mi mujer! —al grito le siguió un golpe seco y el sonido de algo chocando contra el piso.

—¡Ah! Mi cabeza —gruñó Adán.

Intenté aclarar mi vista para poder ver que ocurría, pero lo único que pude distinguir es como Bruno y mi acosador se estaban agarrando a golpes.

—¿Qué coño está pasando aquí?! —resonó la voz de Vicky.

—¡Vicky llama a la policía! —grité aterrorizada.

Pero en vez de hacerlo se lanzó sobre Adán como una gata salvaje, entre Bruno y ella lo dejaron jadeando en el suelo.

—Ahora sí llamaré a la policía. —Antes de ir por el teléfono le regaló un nuevo golpe.

Mi amigo se acercó, me dio la toalla y me tapó con ella. El acosador aprovechó el despiste y se levantó del suelo, escapando.

—¡Maldito! Mira como corre el muy cerdo. Brunito estás hecho una nena, tengo que venir a salvarte. Te estaba partiendo la cara.

—No jodas Vicky, ¿no ves que aún estoy echo mierda? —Le tiró uno de mis peluches.

—Gracias chicos. —Estaba llorando, no sabía si de alegría por tenerlos a ellos o de susto.

—Vamos ven, hay que poner agua en esos ojos. Necesitas clases de defensa personal. —Bruno me ayudó a levantarme y comenzamos a caminar hacia el baño.

—Si supieras lo bien que puedo llegar a defenderme con un bastón y borracha, no te estarías riendo de mí.

Me dejé cuidar, aunque debía ser yo la que estuviera cuidando de él y no al contrario. Lavó mi cara varias veces hasta que el efecto del spray fue pasando.

—¡Guau! Vaya como te dejaste los ojos. ¿Qué hacía ese tipo aquí?

—Ya lo viste, ¿no? Supongo que el que renunciara para no acostarme con él, no le dejó claro que mi respuesta era no. —Apartó unos mechones de cabello que tapaban mi rostro, lo puso detrás de la oreja sin dejar de sonreír.

—Este enfrentamiento me pilló bajo de forma, pero no voy a dejar que se vuelva a acercar, lo sabes, ¿no?

—¿Así?, ¿por qué? —Necesitaba oírse lo decir—. ¿Por qué soy tu mujer? O eso me pareció escuchar antes que comenzaras a pegarle o él a ti. No lo tengo claro estaba algo ciega, ¿desde cuándo soy tuya? —Colocó su dedo índice en mi boca callándome.

—No paras de hablar cuando te pones nerviosa, siempre has sido así. —Acortó la distancia entre nosotros.

—¿Cómo sabes, si no me recuerdas?

—Tenemos que trabajar seriamente en quitar esa inocencia tuya. Ni siete años de coma me harían olvidarme de ti, solo estaba fingiendo mi amor. —Nuestras mejillas comenzaron a rozarse y sus labios acariciaban la comisura de los míos.

—¿Fingiendo?! ¿Cómo qué fingiendo?!, todo este tiempo me has... —Su mano interrumpió mi boca sin dejarme terminar.

—Calla un poco, estaba molesto. Tu madre se apareció cuando acababa de despertar. Aún estaba intentando saber dónde me encontraba cuando comenzó a decirme cosas de ti. Ya sé, soy idiota, pero me hubiera gustado que estuvieras tú y no ella.

La promesa que me había hecho a mí misma sobre alejarme de él, la imaginé sobre un papel y lo destrocé en mi mente. Enredé mis manos alrededor de su cuello y comencé a besarlo como lo que era, mi príncipe. La toalla volvió a caer al suelo dejándome como Dios me trajo al mundo.

—¡Mis ojos! Puercos, irse a un hotel —gritó Vicky desde la puerta—. No puede ser Bruno ¿eso es una erección? Me alegro que el coma no te la dejara inútil.

—¡Calla hiena! —Le cerró la puerta en el rostro—. Creo que con todo lo que ha pasado te has vuelto a ensuciar, mejor será que tú y yo nos demos una ducha.

—Creo que es la mejor idea que has tenido. Solo no te rompas la cadera, pareces ancianito.

—Anciano te voy a dar.

# Epílogo

---

*Un año después...*

—¿Quieres salir del baño de una vez?! —los gritos de Bruno resonaban a lo largo de toda la vivienda.

—¡No me metas prisa, necesito mi tiempo! —Abrí la puerta arreglada.

Lo vi dirigir su mirada hacia donde me encontraba, recorriendo mi figura, deteniéndose en cada lugar.

—No, no y no. Ahora vuelve a entrar y arréglate cómo te pedí, como toda una princesa.

—¡Eh! Que seas mi novio no significa que vayas a cambiarme. No me gustan los vestidos, no me gusta maquillarme, no me gusta llevar tacones, ¡me hacen heridas! Y, sobre todo, ¡odio peinarme! Me gusta mi ropa cómoda y mis bragas de abuela. Quiéreme así o vete con Vicky o mejor con tu Sam. —Me había enfurecido la insistencia que tenía por verme bien vestida.

Era la primera vez a lo largo de un año de relación, que insistía en hacerme parecer alguien que no era.

—Mi amor no quiero cambiarte. Sabes que tus bragas de abuela me ponen como loco. Además, ellas son demasiado pervertidas para mi gusto. No te cambiaría por ellas, pero es un día especial. ¿No podrías solo hacerme caso por una vez y ponerte más guapa de lo que ya eres? Créeme, me lo agradecerás.

—Si me dijeras porque tanto empeño en que me arregle, quizás te haría caso; pero si no me dices, así como estoy voy cómoda. Si lo prefieres me quito la ropa, desnuda es aún mejor. —Intenté hacer una mueca seductora.

—No vas a tentarme con lo de ponerte desnuda. No porque no quiera, sino porque terminarías detenida por exhibicionismo y me fastidiaría lo que pretendo hacer. —Caminé hacia la sala y me senté haciendo berrinches en el sofá.

—No me importa, no pienso moverme de aquí hasta que no me digas cual es la sorpresa.

—Vamos cariño no seas terca, ¿no confías en mí?

—No confió ni un poquito —mentí con descaro, si algo había cierto es que a aquel hombre le confiaría mi propia vida.

—Está bien, si así lo quieres así será. —su tono de voz era molesto. Se dirigió hacia su chaqueta y la agarró.

—¡Espera!, ¿te piensas ir sin mí?

—No me pienso ir sin ti, pero ya que no me permites tener un detalle contigo sin tener que decirte paso a paso lo que quiero hacer, me tendré que conformar con hacerlo aquí.

—¿Hacerlo?, ¿qué vamos hacer? ¿Tengo que ir sin ropa interior? ¡Venga dime! Ya sé, vamos a tener sexo en los baños de un bar o en un callejón oscuro, en mitad de una plaza donde todo el mundo nos vea y tengamos que disimular, ¡dime!

—¡He creado un monstruo! No Diana, bueno si quieres hacerlo, ve bajándote el pantalón.

Si lo dijo a modo de burla, lo omití. Porque cuando se trataba de unir su piel a la mía, perdía el sentido común. No es que fuera una perversa. Que aprovechara cada minuto del día y cada oportunidad que se me presentara, para echarme encima de mi novio no me hacía obsesa sexual. Aun después de un año, llamarlo así me seguía haciendo sentir que en cualquier instante despertaría de un sueño. No podía quejarme de los cambios que había dado mi vida. A veces las cosas tenían que comenzar mal para mejorar.

Después de renunciar a mi trabajo, logré sacar valor y dedicarme a lo que había estudiado. Era redactora freelance y estaba feliz con lo que hacía. Adán, mi ex jefe acosador cesó en su cometido y regresó a su vida. De hecho, lo hizo tan pronto como Virginia se le insinuó, para después amarrarlo a su cama y amenazar sus partes con un cuchillo si se atrevía a molestarme. Lo maquilló, ridiculizó y le tomó fotos para asegurarse que comprendía. Si de algo estaba orgullosa, era de tener a Vicky como amiga y no en mi contra.

Bruno pasó un largo tiempo de terapias tras el accidente, del que ya se encontraba recuperado y haciendo una vida normal, conmigo. ¿Acaso lo dudaban?

No culparía a nadie por pensar que volví a estropearlo, pero hice mi mayor esfuerzo o quizás él tenía demasiada paciencia. Vicky acabó por sentar cabeza, logrando tener una sola pareja y no muchas de una noche. Cuando me lo contó no pude evitar sorprenderme, aunque Bruno esbozó esa sonrisa de: ya lo sabía. Después de su intensa vida sexual con el género masculino, fue una mujer la que acabó por enamorarla. Aquella rubia a la que casi llevé a la muerte por deshidratación gracias a mis celos. La Barbie silicona a la que juzgué tan mal y, aunque me seguía llamando violadora de seres inertes, terminó por unirse a nuestra pequeña familia.

Mi querida madre regresó con mi padre, ya saben eso que dicen: Dios los cría y ellos se juntan. Viven un infeliz matrimonio de apariencias donde mi padre sigue liado con la vecina y ya no le costea sus caras visitas al cirujano, cosa que para ella fue el peor de los castigos. Yo por mi parte, acababa de terminar mi condena de servicios comunitarios por agredir al doctor que atendió a Bruno, una tenía un momento malo y acababa con una demanda.

Justo por ese motivo, Bruno decidió qué, para celebrar mi nueva libertad debíamos salir. No era que no me gustaran las sorpresas, pero desde que mi madre decidió montar una cita a ciegas y hacerme tener pesadillas durante meses soñando con Saturnino, no llevaba bien que dirigieran mi vida a mi espalda.

—¡Diana, lo decía de broma! —lo escuché detrás de mí.

—¿Por qué juegas con mis sentimientos?, ¡ya me los bajé! Ahora hay que aprovecharlo.

—Vuélvelo a subir y mírame.

—¿Y si mejor lo dejo así y me quito la camiseta? —Antes de terminar la frase lo estaba haciendo, quedándome en ropa interior en mitad de la sala. Me di la vuelta para enfrentar la mirada de Bruno—. No crees que estas bragas están un poco... —no logré terminar la frase.

Mi mirada bajó hasta su mano que sostenía una pequeña cajita.

—Como no me dejas hacerlo de otro modo y ahora has decidido desnudarte para ponerme aún más nervioso —susurró poniendo una rodilla en el suelo frente a mí y el pantalón bajado.

Me quedé rígida. Lo tenía arrodillado, nervioso, abriendo la caja que mostraba una hermosa joya. Cuando mis ojos se posaron en él, dejé de escuchar. Bruno movía los labios, pero mis oídos no se ponían de acuerdo con mi cerebro para darme la información correcta. Así que solo escuchaba: *bla, bla, bla, tesoro, ¡es mío! Precioso, bla, bla, bla smeagol cuida del precioso.*

«¡Un anillo para gobernarlos a todos!».

Después de tomarlo entre mis manos y convertirme en Gollum, haciendo que mi mente se transportara a una tierra de ficción y me viera a mí misma, gobernando a todos los orcos. Escuché la voz de Bruno.

—Diana, lo ideal sería que ahora dijeras que sí. —«*Mi tesoro, ¡precioso!*»—. ¡Diana!

—¿Me podrías repetir la pregunta?

Debía comenzar a controlar mi imaginación, pero no había sido posible a mi edad, dudaba que algún día lograra hacerlo.

—¿Me vas hacer que repita todo?

—Por favor.

—Está bien, dije que pretendía llevarte a cenar. Dar un paseo romántico. Quería que estuvieses vestida para cuando nuestros hijos preguntaran como me declaré a su madre, poder contarles la historia, pero contigo nada puede ser de manera tradicional. Así que, Diana, llevo media vida enamorado de tu locura. Este último año contigo ha sido con diferencia el más feliz. Quiero pasar el resto de mi existencia viéndote dormir en esos pijamas horrorosos, amando tus bragas de abuela por sobre todas las cosas, adorándote más aun cuando seamos ancianos y nuestros hijos nos abandonen en algún asilo. Quiero pasar hoy, mañana y toda la vida junto a ti, ¿te quieres casar conmigo?

—Desde la parte de los pijamas horrorosos ya tenías el sí. Todo lo demás es un extra, ¡sí quiero! —dije a la vez que me tropezaba con mi propio pantalón y caía sobre él.

—Te amo preciosa.

—Yo te amo más. —Me acomodé sobre su cuerpo y comencé a besarlo.

—¡Pervertidos! En medio de la sala. Diana te estoy viendo el culo, ¡joder! Esas bragas están tan gastadas que se transparentan, ¡jarrancarme los ojos, me queman! —gritó Vicky apareciendo como siempre, inoportuna.

—Reconoce que te gustan mis bragas y que tienes sueños conmigo, pero lo siento, ya no me tendrás. Soy una mujer comprometida. —Presumí mi anillo desde la cómoda posición.

—¡Ah! No lo puedo creer —gritó saltando sobre nosotros.



Desde el día que Bruno se declaró, el tiempo comenzó a pasar demasiado rápido. Algunos días después de su propuesta me di cuenta que tenía dos semanas de retraso en mi periodo y tras hacerme una prueba... bueno, me hice diez solo para estar segura. Fui a dos doctores para comprobar que era cierto, nos hicimos a la idea que íbamos a ser padres. Una vez que tuve claro qué dentro de mí estaba comenzando a crecer una pequeña vida, pasé por una fase de terror. Si no sabía cuidar de mí, ¿cómo cuidaría de un niño? Intenté embriagarme para aclarar las ideas, pero como estaba embarazada no pude recurrir al alcohol. Acabé bebiendo agua de la llave, agua de botella, agua con gas, agua de los floreros, pero nada de eso me hacía perder la conciencia.

Bruno intentaba tranquilizarme demostrándome lo feliz que era él con aquella noticia. Si tuvo miedo, lo supo ocultar tanto que acabé por aceptarlo, quizás era la señal para que me hiciera responsable. Tener un hijo del hombre que amaba me hacía muy feliz, pero no dejaba de pensar si acabaría siendo igual que mi madre.

La boda se aceleró debido a mi estado. No es que me diera vergüenza casarme embarazada, solo no quería parecer una pelota embutida en un traje blanco. Y ya sé que odiaba arreglarme y todas esas cosas que te hacen parecer más femeninas, pero era el día de mi boda; quería que cuando el novio me viera llegar al altar se sintiera orgulloso de la que iba a ser su esposa. No que quisiera salir corriendo por verme entrar a la iglesia rodando en lugar de caminando.

Conseguimos arreglar todo en un mes y medio, apenas faltaba un día para la boda y ya estaba trepando por las paredes por tener tantos nervios.

—¿Crees qué me tenga que ir a dormir a otra parte? —preguntó mientras nos abrazábamos viendo televisión la tarde antes de nuestro enlace.

—¿Por qué?, ¿ya quieres escaparte de mí?

—Claro que no, pero dicen que la noche antes a la boda los novios deben dormir separados. Que no hay que ver a la novia antes. Ya sabes, que es de mala suerte.

—¿Ahora eres supersticioso? No puedes dejarme sola con ese vestido de novia. Ya me



conoces, me acabaré tropezando por la escalera. Con suerte solo me romperé una pierna o el cuello, pero ¿te imaginas si rompo vestido?, o ¡si lo mancho!

—Serás la novia con el cuello roto más hermosa que ha existido. Está bien me quedaré contigo, no quiero partes rota de mi futura mujer en la luna de miel.

Su teléfono comenzó a sonar interrumpiendo nuestro momento.

—¿Diga? Sí, habla con él, ¿qué desea?

Intenté afinar el oído, intentando captar algo de la conversación. No quería escuchar, no era una novia celosa y entrometida. Una que busca por internet si es posible que el ser humano sobreviva en la luna, para comprar un departamento allí donde no tenga que compartir su novio con nadie. Celosa no era, solo me gustaba cuidar de mis cosas. Y las hormonas del embarazo me tenían un poco más posesiva de lo normal.

—¡No puede ser! —lo escuché gritar.

«Que no esté hablando con una rubia, ni morena, ¡ni pelirroja!».

—Está bien, de acuerdo. —Vi como tomaba un papel y apuntó una dirección—. Gracias, buenas noches.

—¿Pasa algo? —Intenté desarrollar el poder de rayos laser en mis ojos para poder ver que había escrito.

—Creo que no pasaré la noche aquí.

—¡¿Qué guarra te llamó?! —grité—. Quise decir, ¿por qué amor?

Quería arreglar lo que mis celos justificados dijeron, como me enterara que era una mujer, «¡lo mato!».

Estaba tan nerviosa por la boda, por él bebe que crecía en mí y por el hombre tan maravilloso con el que iba a casarme, que a veces pensaba que en cualquier momento todo terminaría.

—Diana cariño, hay una mala noticia. El sacerdote que nos iba a casar se enfermó.

—¡¿Tenemos que suspender la boda?!

—No con exactitud, nos casaremos en otra parroquia. Siento que no sea en la que tú querías, ¿ves cómo es de mala suerte qué quiera pasar la noche aquí?

—Mientras me case contigo no me importa donde sea. Si quieres pasar tu última noche de soltero fuera de aquí intentaré entenderlo.

También sabía ser comprensiva. Me mordí la lengua varias veces mientras lo decía, pero logré entender. Pasar parte de la noche llamando a los invitados para cambiar el lugar del evento, no era lo que tenía planeado, pero lo acepté.

Al llegar la mañana, todos los nervios y los miedos cayeron sobre mí de golpe.

—¡Es el gran día! —Vicky entró en mi habitación—. Tu padre acaba de llegar.

—Dime que no trae a mi madre. Porque si la trae necesito que la amordaces y la amarres debajo de tu cama, no creo poder soportarla.

—Tu madre no viene, vino él solo, tranquila.

Me levanté de la cama y comprobé que decía la verdad, mi padre estaba solo y feliz de venir a entregarme el día de mi boda.

La mañana transcurrió entre arreglos, maquillaje, lágrimas de nervios, de nuevo arreglar maquillaje, lágrimas de emoción, de nuevo arreglar maquillaje, lágrimas de rabia porque Bruno no me había llamado o mandado un mensaje. De nuevo arreglar el maquillaje, lágrimas de alegría cuando me mandó un mensaje diciendo que me amaba. De nuevo arreglar el maquillaje, lágrimas de horror por las amenazas de la estilista que, ya había perdido la paciencia por tenerme que maquillar tantas veces. Una vez que estuve lista me miré al espejo.

Aunque no quisiera —al verme—, el recuerdo de mi madre llegó a mí. Que mujer no desearía una mamá amorosa a su lado arreglándola, aunque la dejara peor. Todo me recordaba a los cambios que siempre quería hacer en mí. Quise dejar escapar unas lágrimas traicioneras, pero tal como intentaron salir se secaron a ver la mirada asesina de la estilista detrás de mí.

Me encontraba vestida de novia esperando por mi gran día, salí a la sala y dejé que mi padre me observara orgulloso. Para su suerte se pudo dar el lujo de llorar.

—Te ves hermosa hija —Se acercó a mí y me abrazó—. Aun no me creo que no seas lesbiana. «Ya estaba tardando mucho en soltarlo».

—¡Ay papá! Vamos o llegaremos tarde.

Vicky, Sam, mi padre y yo salimos de casa. El auto adornado estaba esperándome en la puerta para que me llevara junto a Bruno. Durante todo el trayecto me sentía feliz, me iba a casar con el hombre de mis sueños. Al mirarme al espejo vi una novia hermosa. Tanto que decidí no llevar velo, estaba orgullosa de todas las capas de maquillaje que habían puesto una y otra vez en mi cara, quería lucirlo.

«Nada podría estropearme este maravilloso día».

El coche paró junto a la iglesia haciendo que saliera de mis pensamientos. Miré el edificio que estaba frente a mis ojos, intenté recordarme a mí misma lo que estaba pensando hacía unos momentos. Nada iba estropearme este día, me lo repetí varias veces sin éxito.

—¿Qué ocurre Diana? Estás temblando. —preguntó Vicky.

—¡No! No puedo casarme aquí.

La imagen de la iglesia a la que entré hace un tiempo atrás vino a mi mente y ahora la tenía frente a mí. En la puerta se encontraban los invitados y Bruno. Se veía elegante, guapísimo, hablando con el sacerdote que me echó de la iglesia. «No vuelvas jamás».

Las palabras resonaban en mi memoria.

Si tan solo hubiera decidido ponerme el velo, podría entrar con el rostro tapado, pero no, tenía que dejarlo en casa.

—Por favor papá no pares. —Siguió manejando el coche, deteniéndose en unas calles más adelante.

—¿Qué ocurre hija? Es normal estar nerviosa, pero tu novio es un gran hombre no debes tener miedo.

—No es eso papá.

—¿Entonces? —preguntó Vicky

Aguantando las lágrimas comencé a contarle el porqué, ella comenzó a reírse.

—¡No es gracioso! Voy a dejar plantado al hombre que amo por culpa de una borrachera. — Vicky comenzó a mirar a su alrededor, en algún momento de la búsqueda una idea cruzó por su mente.

—Esperarme, voy a solucionar esto. —Agarró su bolso y salió corriendo del auto. Mi teléfono comenzó a sonar, era Bruno.

—*Nena que ocurre, ¿por qué no llegas? Acabo de ver el auto pasar frente a la iglesia y marcharse.* —Antes que lograra responder vi a mi amiga corriendo, regresaba con aire triunfal trayendo una bolsa en su mano.

«¿Acaso quiere que entre con una bolsa puesta es la cabeza?».

No importaba. No pensaba dejar esperando a mi hombre y más con el trabajo que me costó conseguirme uno.

—En unos minutos llegamos cariño.

—*Gracias, pensé que me ibas a dejar sin novia. Ya hasta me estaba planteando casarme con el cura.*

—¡No te cases con mi padre!

—¿Cómo?

—Nada, nada. Es una larga historia, te espero en el altar, seré la de blanco. —Una risa se

escuchó al otro lado.

—*Y la más hermosa.* —Tras eso se cortó la llamada.

—Vamos dame esa bolsa me la pondré en la cabeza.

—Es más que eso, toma. —Me quedé mirando lo que me ofrecía, saqué aquello que salvaría el día más importante de mi vida.

—No pretenderás que me case con esto puesto, ¿no?

—Esto o que el sacerdote no quiera casarte, tú eliges.

—¡Joder! ¡Necesito una copa!

—No puedes, tienes a mi sobrino en la barriga.

—¡Estás embarazada! —gritó mi padre.

—¡Papá! Vamos a la iglesia, ya hablaremos.

El momento de la verdad había llegado. Salí del auto ante todos los invitados. Mi día soñado estaba frente a mis ojos, pero al darme la vuelta y ponerme frente a ellos sus miradas se tornaron acusadoras. Todos comenzaron a entrar y se acomodaron en los asientos. En mi interior quería imaginar que miraban mi hermoso vestido, mi peinado, mi cara con un maquillaje impecable. Claro, un rostro hermoso escondido detrás de una máscara de Hulk.

«¡Joder! ¿Tenía que ser Hulk? ¿No podía ser una de Thor? ¿Tengo que entrar a casarme con la cara verde?».

Mi padre me agarró del brazo. Me miraba sin entender porque estaba arruinando mi propia boda. Caminamos hacia el altar con lentitud. Dejando que todos me observaran y me juzgaran. Quería salir corriendo, pero aún no decidía en qué dirección, si al altar o hacia la calle. Dirigí mi mirada a Bruno que me esperaba con una expresión de no entender que estaba pasando. Yo quería que me viera y su pecho se llenara de orgullo por quien era su novia, pero en ese momento su rostro no es lo que hubiese deseado de mi futuro marido. Pero como juzgarlo, estaba caminando hacia él con una máscara de un súper héroe verde.

—Te la entrego —dijo mi padre mientras me dejaba junto a Bruno.

El asintió. Su rostro mostraba preocupación, pero poco a poco se fue transformando en una sonrisa burlona.

—No sé si quiero preguntar —susurró para que solo yo lo escuchara.

—¿Quieres casarte?

—Claro que quiero mi amor.

—Entonces no preguntes y solo aparenta que esto es normal, por favor. «Ruega, porque de esta no te va salvar nadie».

—¿Podemos comenzar? —preguntó el padre sexorcista con cara de pocos amigos—. Quizás... debería quitarse lo que lleva en la cara, ¿no?

—¡No! —Los nervios me traicionaron e intenté tomar el cáliz para beberme el vino.

Cuando lo intenté agarrar el sacerdote lo apartó con urgencia y me miró con gesto acusador. «¡Este sacerdote tiene muy mal humor!».

—Cariño por favor, solo tienes que aguantar tranquila hasta que estemos casados. Los invitados no dejaban de murmurar y solo conseguían ponerme aún más nerviosa.

—Queridos amigos, ustedes han venido a este lugar santo para que el Señor selle y fortalezca su amor en presencia del ministro de la Iglesia y de esta comunidad.... —comenzó el sacerdote—. ¿Prometes serle fiel en lo próspero y en lo adverso, en la salud y en la enfermedad, amarla y respetarla todos los días de tu vida?

—Sí, acepto.

Al escuchar a Bruno aceptar casarse conmigo con aquella mascara puesta, con una loca borracha que la había liado tanto en su vida como para estropear el día de su boda. Y, aun así, dijera aquellas palabras aceptando pasar el resto de su vida junto a mí, me hizo quedarme embobada mirándolo.

—¿Prometes serle fiel en lo próspero y en lo adverso, en la salud y en la enfermedad, amarlo y respetarlo todos los días de tu vida? —se dirigió a mí.

La sala quedó en absoluto silencio. No era capaz de salir del trance, observar al que iba ser mi marido ocupaba cada una de mis neuronas.

—¿Prometes serle fiel en lo próspero y en lo adverso, en la salud y en la enfermedad, amarlo y respetarlo todos los días de tu vida? —repitió.

Bruno me agarró la mano para hacerme reaccionar.

—Solo tienes que decir que sí, amor —me hablaba, pero solo podía verlo tan guapo, tan imponente en ese traje. Aquel hombre era la lujuria personificada para mí, «¿Es pecado tener estos pensamientos en la iglesia?».

—¿Será qué te podría quitar ese traje en el confesionario? Quiero un sexorsismo. «¡Joder! ¿Lo dije o lo pensé?».

—¡Diana! —gritó Bruno ante la mirada de furia del sacerdote.

«¡Señor llévame contigo! No, mejor no me lleves. No me debes de amarme mucho ahora mismo, piensa que soy tu hija y la del siervo de Dios».

—¡Señorita! ¿Le tengo que volver a repetir la pregunta? —El cura se mostraba iracundo.

—Se ve molesto, ¿quiere que le preste la máscara para su transformación en Hulk?

«¡Ahora no Diana!, ¡tú humor ahora no!

Me lo puso en bandeja». Discutí conmigo misma y mi subconsciente.

—Disculparme, estoy muy nerviosa. —Jugué la carta de los nervios—. ¡Sí quiero! ¡mil veces sí!

Con mi contestación desapareció la tensión del rostro de Bruno dejando ver una hermosa sonrisa.

—Ustedes han declarado su consentimiento ante la Iglesia. Que el Señor en su bondad fortalezca su unión para llenarlos a ambos de bendiciones. Lo que Dios ha unido, el hombre no debe separarlo. —El sacerdote hizo señas para que nos pusiéramos los anillos—Los declaro marido y mujer, puede besar a la novia.

«Eso llevo esperando toda la ceremonia que me dejen besar a este hermoso hombre».

—¿Te puedo quitar la máscara? —preguntó Bruno.

—¡No!

—Vamos esposa mía —Reía mientras acercaba su cuerpo al mío.

Me tomó de la cintura haciendo que todos los nervios se fueran, que me olvidara del lugar en el que estaba, del sacerdote, de los invitados, del mundo a mi alrededor. Si buscaban paciencia en el diccionario aparecía su foto. Si ojeaban desequilibrada aparecía la mía. Sin apartar su mirada de mí, quitó la máscara con suavidad, me perdí en sus ojos azules.

—Mi esposo —ronroneé sobre sus labios.

—Mi esposa —hizo lo mismo sobre los míos, besándome con aquella pasión que siempre lo había acompañado desde que nos dimos el primer beso.

Se escucharon aplausos. Era el primer momento desde que entré en la iglesia que me había olvidado del porqué debía llevar la máscara. En mi felicidad miré al sacerdote para agradecerle por casarnos y nuestros ojos se encontraron.

—¡Tú!

—¡Ay! Padre.

—¡Te dije que no volvieras pecadora!

—Pero... pero... —comencé a tartamudear—. ¿Está molesto por qué no me lavé con el agua de la entrada de la iglesia? Es que ya vine bañada de casa.

El rostro del sacerdote comenzó a tornarse rojo furia. O quizás rojo infarto, no lo sabía con exactitud. Pero presentía que escondía una escopeta cargada detrás de él y me iba comenzar a disparar en cualquier momento.

—¡Mi amor!, ¡te amo! —grité a Bruno mientras salía corriendo por el pasillo—. ¡Te espero comiéndome el pastel!

Y con toda la rapidez que me daban los tacones y el traje de novia, hui de aquel lugar antes de ser asesinada por un hombre de Dios.

«¡Mierda! no tengo las llaves del coche, ¡y no se conducir!».

—¡Espera! —Bruno me perseguía.

—¡Si quieres el divorcio ni lo sueñes! —grité cuando estaba a punto de alcanzarme.

—¿Divorcio?, ¿y perderme todas las locuras que harás el resto de mi vida? No lo creo, tú sí que no sueñes librarte de mí. —Me abrazó por la espalda y lo sentí besarme el cuello.

—Sabes que hemos dejado a todos los invitados solos, ¿no?

—Sí lo sé, pero rescaté la máscara de Hulk. Pensé que podríamos adelantar la noche de boda y que te la volvieras a poner. —Había pervertido a un hombre que era casi un santo por soportarme.

—¡Me casé con un depravado!

—Amas que lo sea. —Guiñó un ojo.

—Y te amaré para siempre. —Entrelacé sus dedos con los míos colocando sus manos sobre nuestro hijo no nato.

—Siempre mi amor, toda la vida.

Cada persona en el mundo debe encontrar la horma de su zapato, el complemento perfecto que diese sentido a la existencia. Después de muchos sufrimientos llegué a la conclusión que la vida era un corto periodo de tiempo, en el que podemos ser infelices o afortunados. Para mi suerte, Bruno era esa parte perdida que no todos encontramos, la felicidad mostrándose en el cuerpo de un hombre. Y era, por completo, mío.